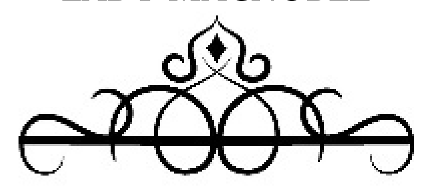

LADY MACNOBLE
La maldición de la isla de Skye
Viajeras del tiempo III

LA MALDICIÓN
DE LA ISLA
DE SKYE

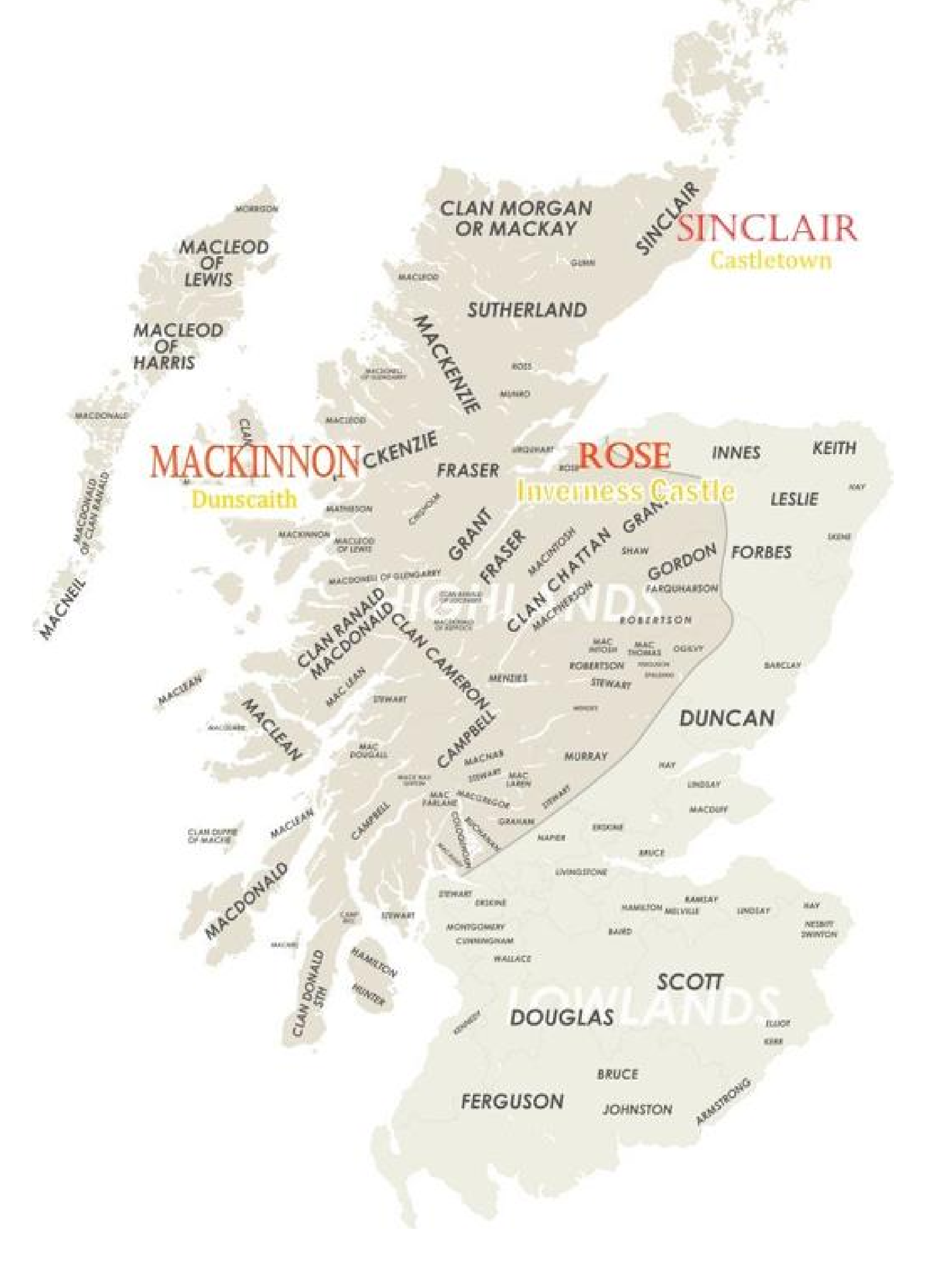
LADY MACNOBLE



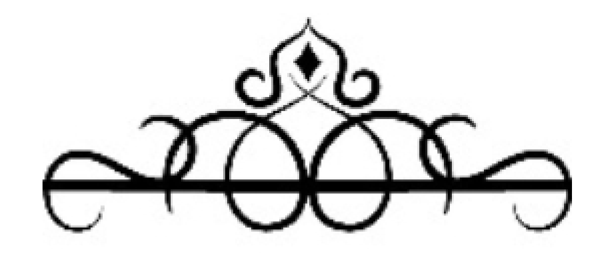
El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes. Los personajes son ficticios, aunque haya usado nombres de antiguos clanes de Escocia y localizaciones de estos. Esta novela está escrita con el propósito de entretener y divertir al lector.

Para mi querido lector,
espero poder hacer que traspases las barreras
del tiempo y disfrutes de este viaje…

Mapa de los clanes de Escocia


CLAN MORGAN OR MACKAY
SINCLAIR
SINCLAIR
Castletown
MACLEOD OF LEWIS
MACLEOD OF HARRIS
SUTHERLAND
MACKENZIE
MACKINNON
Dunscaith
ROSE
Inverness Castle
INNES
KEITH
FRASER
LESLIE
GRANT
FRASER
CLAN CHATTAN
GORDON
FORBES
MACNEIL
CLAN RANALD MACDONALD
CLAN CAMERON
MENZIES
MACLEAN
CAMPBELL
MURRAY
DUNCAN
MACDONALD
SCOTT
DOUGLAS
BRUCE
FERGUSON
JOHNSTON
ARMSTRONG

PRÓLOGO



Isla de Skye, Escocia año 1612

Cuando desperté en medio de aquel bosque no me imaginaba lo que estaba por llegar. Me incorporé lentamente con todos los huesos molidos y la cabeza todavía dando vueltas. La sensación era exactamente tal y como la describió mi avoa. Recogí mi arco y mi carcaj del suelo, y cargué mi arma con una de las flechas. Con sigilo caminé por el lugar buscando a Amara y Zeltia, ¿dónde demonios estaban? Algo no había salido bien.

Aquella parte del viaje no estaba muy clara, mi *avoa* no sabía que pasaría si viajábamos juntas, la viajera no se lo había contado, aunque se esperaba que las tres apareciésemos juntas allí.

El crujir de unas ramas secas me puso en alerta, y automáticamente me escondí entre la maleza. En aquella época los enfrentamientos entre el clan MacKinnon y los MacLeod eran continuos, y si nuestros cálculos fueron correctos apareceríamos en medio de una guerra entre clanes.

Un hombre muy corpulento que llevaba los colores de los MacKinnon apareció de la nada. Tenía el rostro lleno de sangre, y la mano que sujetaba su *claymore* colgaba mientras arrastraba su arma por el piso. Un reguero de sangre se deslizaba de su brazo pasando por el codo hasta la muñeca. Estaba gravemente herido, y parecía que huía de alguien.

Sus ojos miel se cruzaron con los míos y supe que se percató de mi presencia.

—*¡Seiche!*—me dijo señalando con su brazo bueno una zona frondosa del bosque.

Yo levanté los hombros en respuesta dándole a entender que no comprendía sus palabras.

—¡Vamos muchacha, escóndete o te mataran! —habló en inglés.

De la nada aparecieron tres hombres armados, sus tartanes me

hicieron saber que eran un clan enemigo; los MacLeod.

Uno de ellos atacó al hombre herido, pero este lejos de amedrentarse luchó con fiereza sacando fuerzas de donde no las tenía, consiguiendo así hundir su espada en el estómago de aquel tipo que cayó laxo ante su fiera mirada.

Me quedé completamente bloqueada por la situación, era la primera vez que veía morir a alguien ante mis ojos y de una forma tan horrible. Los otros dos hombres atacaron al mismo tiempo, mermando las fuerzas del MacKinnon que luchaba por su vida. Con el corazón a mil por hora me vi tensando la cuerda de mi arco, y cuando tuve a uno de los MacLeod a tiro respiré profundo para afianzar el apoyo, y disparé acertando de pleno en su pecho.

El otro MacLeod al verlo caer, miró en todas direcciones buscando al arquero. Rápidamente agarré otra de mis flechas y cargué el arco de nuevo, caminé unos pasos y me dejé ver.

—Será mejor que te marches si no quieres acabar como tu amigo —dije en inglés mientras lo apuntaba con mi arco.

—Te prometo que si fallas te violaré y después te mataré mujer.

—No fallaré, puedes estar seguro.

El hombre sonrió mostrándome sus negros dientes, y de forma inesperada comenzó a correr hacia mí con su *claymore* levantada para atacar.

Mi flecha voló ligera incrustándose de una forma limpia en su frente, de tal forma que salió por la parte de atrás y se clavó en un árbol. El sonido que causó su cuerpo al caer hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo por completo, dejándome inmóvil ante aquel cadáver que se mostraba a pocos metros de mis pies.

El MacKinnon caminó con dificultad hasta mí con la respiración entre cortada.

—¿Estás bien, muchacha?

—Creo que sí —dije mientras sentía que mis lágrimas mojaban mi rostro.

—Vamos, es peligroso quedarse aquí. —Agarró mi mano, y su calor me reconfortó—. Gracias, has salvado mi vida y siempre estaré en deuda contigo.

Negué con la cabeza mientras me dejé guiar por él, que andaba con pasos cada vez más débiles.

—Soy Mérida de Esgos —dije con voz temblorosa.

—Yo soy Alexander MacKinnon, sobrino del *laird* del castillo de Dunscaith. —Se presentó con dificultad, parecía que le faltase el aire.

¿Alexander MacKinnon? Aquella mole de músculos malherida era mi familiar, probablemente un primo, o incluso un hermano.

Después de más de diez minutos andando con dificultad por aquel terreno pedregoso, Alexander se desmayó ante mí sin que yo pudiese

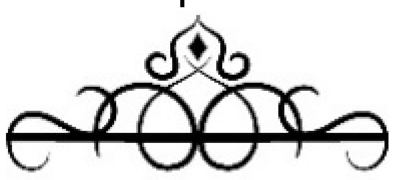
hacer nada. Había perdido mucha sangre y supuse que por eso perdió la consciencia.

Sopesé mis opciones, no podía dejarlo allí, así que lo arrastré como pude hacia una zona frondosa y lo tapé con la hojarasca que encontré por el suelo. Miré a mi alrededor y divisé unas flores moradas, arranqué unas cuantas y las puse colgadas en un árbol cerca del terreno donde había escondido el cuerpo. Aquella me resultó una buena forma de identificar la zona ya que el bosque era grande y era fácil equivocarse de lugar.

Merodeé por la zona buscando un lugar seguro, y mis pasos me llevaron a lo alto de un acantilado. Desde allí podía divisar el mar, el viento salado chocaba contra mi rostro e inundé mis pulmones de vida. Y entonces sentí que aquel era mi hogar, mi tierra. Unas lágrimas furtivas resbalaron por mi rostro debido a la emoción, me sentía tan pequeñita en medio de aquella hermosa inmensidad.

Divisé una pequeña cueva, pero para acceder a ella tendríamos que bajar un desnivel pedregoso y escarpado, sería complicado con el MacKinnon inconsciente, pero lo intentaría. Pues yo estaba allí por un motivo; salvar a los míos de una muerte segura, y lucharía hasta mi último aliento.

Capítulo 1



Galicia, Esgos, 13 de mayo del 2023

—Herea, despierta mi niña. —Mi *avoa* me zarandeó.

Abrí los ojos y ella estaba inclinada sobre mi cama mientras se llevaba su dedo índice a los labios indicándome que guardara silencio. Me incorporé lentamente, y miré a las dos camas contiguas donde Amara y Zeltia dormían plácidamente. Hice lo que me pidió, traté de ser silenciosa, me puse mis zapatillas y una bata, y la seguí hacia el salón.

—¿Qué hora es *avoa*? —Ella me sonrió y después avivó el fuego de la chimenea.

—Son las tres de la mañana, pero lo que te tengo que contar no puede esperar a mañana. —Su rostro era serio.

—Me estás asustando, dime ¿qué es lo que pasa?

—¿Recuerdas la leyenda de la viajera del tiempo?

—Por supuesto, recuerdo cada una de las leyendas que me cuentas *avoa,* he crecido con ellas. Tú me las relatabas cada noche.

—Exacto, y tenía una muy buena razón para hacerlo *nenita*, solo que esas historias ocultaban algo más detrás. —Se le derramaron un par de lágrimas—. Solo te pido perdón por contártelo ahora, si lo hubiese hecho antes… Pensé que jamás llegaría este día.

—*Avoa*, por favor, ¿qué día?

—Lo siento mi *nenita*, pero hay algo sobre tus padres que no te he contado, y espero que me perdones por no hacerlo, pero tu madre así me lo pidió. —La miré sorprendida y con el corazón a mil por hora—. Tus padres biológicos no fueron los que murieron en el accidente de coche, Herea.

—¡¿Qué?! Pero ¿qué estás diciendo?

—Deja que te explique y lo entenderás enseguida —ella alargó su mano para tocar mi rostro y yo me aparté evadiendo aquel contacto como si quemase—.

—¿Por qué presiento que lo que me tienes que contar me va a doler, y mucho, *avoa*?

—Seré rápida y no me andaré por las ramas ya que no disponemos de tiempo. La viajera del tiempo es tu madre.

—¿¡Qué?! Pero ¿qué locura es esta?

—Es cierto, ella llegó una noche sin luna, tal y como te conté, mi *nai* todavía vivía y ella misma fue quien curó sus heridas. Pero había algo más que no te dije, y es que la joven llegó embarazada de ti.

—No, no, pero eso es imposible *avoa*. Conocí a mis padres, ellos me querían.

—Por supuesto que te querían Herea, te amaban más que a nada en el mundo, pero ellos no eran tus padres biológicos. Se ocuparon de ti en cuanto la viajera tuvo que regresar a su tiempo. Mi pequeña Sabela no podía tener hijos, cuando tu llegaste a sus vidas la llenaste por completo de dicha y felicidad.

Me pasé la mano por la cara y traté de limpiarme las lágrimas que llevaban rato derramándose por mi rostro sin control.

—¿Cómo se llamaba esa viajera?

—Evelyn MacKinnon.

—Así que esa tal mujer abandonó a su bebé a siglos de distancia a sabiendas de que no lo volvería a ver, ¿qué clase de madre hace eso?

—No la juzgues tan duro Herea, ella no te abandonó, puesto que te dejó a nuestro cargo. Un mes antes de su partida comenzó a tener unas horribles pesadillas donde noche tras noche veía morir a su pueblo masacrado junto con su familia. Ella creyó que debía de regresar para ayudarlos.

—Yo también era su familia —escupí indignada.

—Le dolió mucho el tener que dejarte, pero no podía llevarse a un bebé. Aquí estabas a salvo.

—¡Dios! ¿Por qué me cuentas esto ahora? —Me llevé las manos a la cabeza—. No era necesario, tuve unos padres maravillosos, ¿por qué manchas su memoria?

—Ellos mismos te lo hubiesen contado Herea, solo que estaban esperando a que fueses lo bastante mayor como para comprenderlo. Por desgracia fallecieron, y yo oculté la verdad pensando en tu bien. No quería que sufrieras…

—¿Y qué ha cambiado?

—Sueño con ella, cada noche. Sé que está en peligro y que te necesita.

—¿Y qué puedo hacer yo al respecto?

—Tienes que ir a buscarla, por eso me dio la piedra, para que cuando llegase el momento te reunieses con ella.

—No lo haré, ella me abandonó.

—Pues no lo hagas por ella, hazlo por tus hermanos.

—¿Hermanos?

—Así es, Herea. Tienes un hermano tres años mayor que tú, y una menor.

—Pero ¿cómo puedes saber eso?

—Te lo estoy explicando, los sueños vienen a mí tan claros como

si yo estuviese allí.

—Pues no iré, no ayudaré a alguien que me dejó tirada siendo tan solo un bebé. Y mis hermanos…

Me di unos segundos para pensar, no podía sentir empatía por unas personas que no conocía, ¿o sí? Mi supuesto hermano era mayor que yo, un adulto, pero la pequeña… ¿Cómo de pequeña sería?

Me mordí el labio inferior tan fuerte que sentí un sabor metálico en la boca, miré fijamente a mi *avoa,* y de pronto comprendí muchas cosas… como su insistencia porque hablara inglés desde muy pequeña, que practicase artes marciales, aprendiese a montar a caballo, e incluso mi afición por el arco, aquello también había sido cosa suya. Recordé que cuando me compró el primero era tan pequeña que ni siquiera tenía fuerzas para sostenerlo.

—*Avoa,* no es justo. Todo este tiempo has estado formándome para esta ocasión.

—Lo siento. —Bajó la vista apenada.

En ese instante me sentí mal por ella, sabía que jamás haría algo para lastimarme y que seguramente fue muy duro guardar el secreto ella sola.

—Está bien, no te culpo mi querida *avoa.* —Sujeté sus manos entre las mías—. No quiero ni imaginar lo que habrá sido cargar con este peso tú sola.

—Yo solo quería que fueses feliz, pequeña. Pensé que este día jamás llegaría, pero me equivoqué, y no harás el viaje sola.

—¿De qué hablas? ¿Quién más vendrá conmigo?

—Amara y Zeltia.

—No entiendo, ¿qué tienen que ver ellas con la viajera?

—En el sueño ellas están contigo, y no me preguntes por qué, pero estoy segura de que el hecho de que ellas vayan asegurará que tu misión sea un éxito.

—No creo que accedan a esto.

—Sí lo harán porque tú no se lo vas a contar Herea, pasearéis hasta los arcos, y en cuanto estéis allí cruzaréis por ellos justo en el momento en el que el sol se esconda.

—Por eso me llamaste para que las hiciese venir, lo tenías todo planeado. *Avoa* no sé cómo sentirme al respecto. —Comencé a llorar.

—¡Escúchame! Estoy intentando salvar a tu familia de una muerte segura, Herea. Sé que ahora lo que te cuento no tiene ningún sentido, pero más adelante lo entenderás y me agradecerás esto.

—No voy a llevarlas engañadas, mañana se lo contaremos y ellas decidirán.

—Si se lo cuentas corres con el riesgo de que no viajen, y si no van, tu madre y tus hermanos morirán.

Aquella noche fue eterna, mi *avoa* se dedicó a explicarme todo lo

que sabía respecto a la viajera y la forma en que podría encontrarla.

Repasamos las costumbres de la época, desde religión, hasta la forma de hablar. Muchas de aquellas cosas ya las sabía pues mi *avoa* me las había estado contando camufladas en cuentos y leyendas sin que yo me percatase de ello.



Cuando subí los peldaños que me llevaron directamente a los pies de aquellos enormes y majestuosos arcos, las chicas me siguieron como hipnotizadas por el momento. Desde allí, se podía observar el atardecer a través de ellos.

—Se decía que si atravesabas los arcos justo cuando el sol desaparecía entre aquellas montañas, y en este mes del año, podías viajar a otras tierras lejanas. —dije mientras señalaba el horizonte.

—¿En serio? ¡Hagámoslo, será divertido! —Amara dio un par de palmadas emocionada.

—Tenemos que estar de acuerdo las tres, es un requisito indispensable —concreté con la voz temblorosa.

—Lo estoy —confirmó Zeltia con la mirada fija en el horizonte.

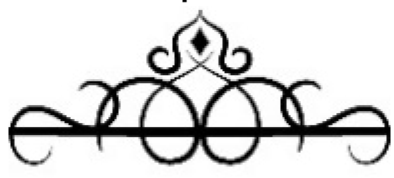
Después miré a Amara y esta sonrió en respuesta, ella asintió por fin dando su consentimiento. Las tres nos movimos al mismo tiempo, como si estuviésemos sincronizadas, mientras que mi mente suplicaba porqué aquello tan despreciable que estaba llevando a cabo tan solo fuese una locura transitoria de mi *avoa*, y no funcionara.

Cogidas por las manos atravesamos los arcos mientras mis labios apenas consiguieron emitir un «lo siento» sincero.

Todo se tornó oscuro a mi alrededor, el suelo desapareció bajo mis pies, y el sonido del viento se hizo tan molesto que se convirtió en un continuo pitido que atravesaba mi cabeza por completo. Traté de mantener el agarre de sus manos, ejercí toda la fuerza posible para ello, pero en la caída infinita de lo que parecía el mismísimo abismo las perdí, dejando que una sensación de angustia y desesperación me envolviera por completo.

¡Dios, ¿qué había hecho?!

Capítulo 2



Isla de Skye, Escocia año 1612

Miré fijamente al Mackinnon que todavía yacía inconsciente junto a lo hoguera que yo misma había prendido, y la cual había evitado que se congelara durante la noche. Suerte que había conseguido mantenerse despierto lo suficiente como para arrastrarse hasta aquella cueva junto con mi ayuda, o por el contrario me hubiese sido imposible llevarlo yo sola hasta allí.

Puse mi mano sobre su frente y una extraña sensación recorrió mi cuerpo de inmediato; la necesidad de cuidarlo, de mantenerlo a salvo.

Estaba caliente, eso indicaba que debía de tener unas décimas de fiebre. «Ojalá Amara estuviese aquí». Pensé, ella al menos sabría que hacer. Solo deseé que estuviesen bien. Me sentía realmente arrepentida por haberlas llevado hasta allí sin su conocimiento, no debí de hacer caso a mi *avoa*.

El MacKinnon se revolvió bajo mi tacto y de pronto abrió los ojos. Pestañeó un par de veces como centrando la vista y trató de incorporarse, pero yo se lo impedí.

—Quédate así, has perdido mucha sangre y debes descansar.

—¿Dónde estamos?

—Estás a salvo, no muy lejos de donde nos conocimos.

—¿Has borrado nuestras huellas?

—Esto es una zona muy rocosa, no creo que puedan seguir nuestro rastro tan fácilmente, y he tapado la entrada a la cueva con ramas y hojas que recogí cuando fui a buscar algo de caza y de agua.

—¿Has salido de aquí? ¡Podrían haberte matado!

—Tranquilo, he tenido cuidado —contesté mientras cogía un conejo que había dejado junto a la entrada.

Comencé a pelarlo y a prepararlo bajo la atenta mirada del *highlander*. Una vez listo lo atravesé con un palo el cual en su punta estaba afilado gracias a mi cuchillo, y lo puse sobre una gran piedra plana que había colocado sobre las brasas. En pocos minutos todo el ambiente comenzó a oler de una forma exquisita.

—Y ahora deja que te vea ese brazo.

—¿Has curado heridas antes?

—Alguna, aunque ninguna tan grave, de eso estoy segura.

Con mi cuchillo rasgué la manga de su camisa, y pude ver un profundo corte todavía sangrante. Aquello necesitaba sutura de urgencia.

—Por tu rostro mujer, pareciese que me voy a morir.

—No morirás, eso te lo aseguro, pero no tengo nada para coserlo, y solo se me ocurre cauterizar la herida con fuego, y para eso no nos vendría mal un poco de alcohol.

—Estoy de suerte entonces. —El hombre sacó una petaca de su limosnera, la abrió con los dientes y se dispuso a dar un buen trago.

—¡Trae aquí insensato! —solté al mismo tiempo que se la arrebataba de entre los labios—. La necesitamos para desinfectar.

—No sé a qué te refieres con desinfectar, pero yo sí que la necesito para el dolor.

Bajo su atenta mirada agarré la daga que llevaba ceñida al muslo y coloqué su hoja sobre el fuego, después eché un poco del líquido tostado que contenía el interior de la petaca sobre la herida de Alexander, mientras este apretaba los dientes sin emitir ningún sonido.

Cuando la daga estuvo lo suficientemente caliente, la agarré por el mango y le pasé la petaca al MacKinnon.

—Ahora ya puedes beber.

Él sonrió y se la llevó a los labios ingiriendo una buena cantidad del *whisky*.

—Vamos, hazlo de una vez Mérida de Esgos, ahora sí que estoy preparado.

Cuando la hoja tocó su carne, el sonido y el olor de esta al entrar en contacto con el acero caliente fue de lo más desagradable.

—¡Maldito hijo de Satanás! ¡Da gracias a que estás muerto o te volvería a matar! —gritó refiriéndose al que había sido el causante de su herida.

El joven respiraba con dificultad, pero no se desmayó, me pareció impresionante la forma en que aguantó el dolor a pesar de las palabritas tan sucias que soltó por su boca.

Rebusqué en mi mochila de cuero donde mi *avoa* había metido algunas cosas que pensó que podrían serme útiles, entre ellas un ungüento hecho por ella misma para las quemaduras. Lo puse con

mucho cuidado sobre la herida, y después vendé la zona con un trozo del forro de mi falda que corté con la misma daga que había empleado contra su herida.

—¿Eres curandera?

—No, soy arquera. La mejor de mi tierra.

El me miró sorprendido, como si aquello no pudiese ser posible, pero no era mentira, en España era una de las mejores, y en mi tiempo acababa de ganar el primer puesto en la modalidad de arco Longbow.

—Quizá podamos comprobarlo cuando recupere la movilidad de mi brazo.

Había algo en su sonrisa, y en la forma de sus ojos que me hacía sentir tranquila y a gusto con su presencia.

—Comamos, necesitas fuerzas para sacarnos de aquí Alexander, puesto que no tengo idea de donde estoy.

—Pero sí a dónde te diriges…

—Exacto —contesté mientras le ofrecía un trozo del conejo—. Necesito llegar en cuanto antes al castillo de Dunscaith.

—¿Y qué se te ha perdido por allí?

—Voy a reencontrarme con alguien, nada más, es lo único que necesitas saber por ahora.

—Te ayudaré, pero porque has salvado mi vida Mérida, además de que confío en ti. No entiendo el por qué, pero sé que tu camino y el mío se han unido por algo.

Respiré aliviada mientras degustaba la carne todavía humeante por el calor. Yo también tenía la certeza de que uno de los motivos de mi llegada era Alexander, estaba segura de que si no hubiese viajado, en aquel momento no estaría con vida.

Una vez que comimos y bebimos del agua que yo había llevado en mi viaje en una botella de hierro entre mis cosas, salí al exterior con mucho sigilo —y bajo las protestas de Alexander—, para recoger la leña que nos mantendría calientes aquella noche.

Cuando la oscuridad comenzó a acariciar el lugar, yo ya estaba de nuevo en la entrada de la cueva, desde donde traté de divisar mi entorno. El frío era muy húmedo y se calaba hasta los huesos, el sonido de las olas del mar que se estrellaban duramente contra las rocas del acantilado retumbaban entre aquella oscuridad como si se tratasen de relámpagos, el viento agitado rozaba mi rostro simulando el filo de una decena de cuchillos. Desde luego que aquel temporal nos lo hubiese hecho pasar canutas si no hubiésemos encontrado aquel refugio.

—Por fin regresas Mérida, me tenías muy preocupado —dijo Alexander nada más verme—. Todavía pueden quedar guerreros de los MacLeod por el lugar. ¿Quién sabe cómo acabó la contienda?

—¿Crees qué se hayan podido hacer con los dominios de tu

familia? —interpelé mientras avivaba el fuego.

—No, estábamos preparados para su ataque. Alguien nos informó, pero sé que nuestras fuerzas han mermado por culpa de esto, hace tan solo unas semanas desde que tuvimos la última contienda.

—¿Qué hacías tan lejos del castillo?

—Iba a casa de nuestra curandera, habían herido de gravedad a padre y la necesitábamos. Los MacLeod me sorprendieron por el camino.

—¿Y por qué ibas solo?

—Era más fácil que pudiese llegar hasta la casa de la curandera sin ser visto, además de más rápido.

—Entiendo.

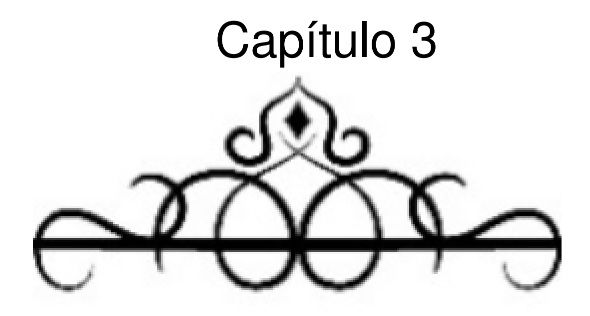
—Solo espero que padre esté bien ya que no he podido cumplir con mi misión. Mañana regresaremos al amanecer, no puedo demorarme más, mi gente me necesita.

—Pero tu herida…

—Estaré bien, ahora que ya no sangra podré hacer el camino de regreso —habló de una forma tajante.

Por el semblante del guerrero sabía que no lo haría cambiar de opinión, y tampoco era bueno contrariar la idea de un hombre en aquella época si quería tenerlo de mi parte, o al menos eso es lo que me explicó mi *avoa*.

Capítulo 3



Isla de Skye, Escocia año 1612

En cuanto desperté apenas quedaban unos rescoldos de lo que fue la gran hoguera de la noche anterior, y el frío ya se había apoderado por completo de mi cuerpo, pero por lo visto el cansancio había impedido que despertara y me percatara de aquello.

Alexander estaba de pie recolocándose la ropa mientras recalentaba en las escasas brasas el resto del conejo que sobró en nuestro último festín. En cuanto se percató de que estaba despierta me ofreció la carne con una gran sonrisa en el rostro.

Desde luego que tenía mucho mejor aspecto que el día anterior, y eso me tranquilizó, no sabía exactamente a cuantos kilómetros nos encontrábamos del castillo, y sabía que necesitaría sus fuerzas para realizar aquella travesía.

—Come, Mérida de Esgos, pronto estaremos en casa.

—¿Estamos cerca del castillo?

—Así es, llegaremos antes del mediodía. Es una pena que perdiese a mí caballo en medio de la lucha, porque de lo contrario ya hubiésemos regresado, aunque me tranquiliza saber que está en casa. Lo vi alejarse a galope en dirección al castillo, es un buen animal, y me hubiese cabreado mucho perderlo —me explicó.

Después de recoger nuestras escasas pertenencias y apagar lo poco que quedaba de la lumbre, iniciamos nuestra travesía. Alexander caminaba con pies ligeros ante mí, marcando el paso y la ruta. Era increíble ver como se había recuperado de aquella forma después de un corte tan profundo y por el cual había perdido mucha sangre. Aquel escocés era tan duro y fuerte como me había narrado mi *avoa*. Ella me había contado que los guerreros de aquella época eran auténticas moles musculosas entrenados para la guerra, y

definitivamente estaba ante uno.

Calculé que llevaríamos más de una hora de camino cuando llegamos a una zona frondosa que estaba cerca del río. Alexander de pronto me hizo señales para que guardara silencio, rápidamente nos escondimos en una zona de cañas y barro, tan espesa que apenas pudimos adentrarnos en ella.

De fondo se escucharon unos cascos de caballos seguidos por unas voces cada vez más cercanas. El corazón se me paralizó al instante debido a la adrenalina, traté de ralentizar mi respiración a la vez que me quedaba completamente inmóvil.

Entonces fue cuando divisé a un grupo de hombres que se acercaron hasta la orilla del río para dar de beber a sus animales. Estaba claro que eran del clan de los MacLeod, reconocí sus tartanes casi al instante, otra cosa que agradecí a mi *avoa*.

Uno de los hombres destacaba ante todos por su gran envergadura, y juraría que cuando desmontó a su animal el suelo tembló acogiendo su peso y su prominente musculatura. Sus cabellos castaños, remarcaban unas facciones duras y masculinas, y su tez morena, contrastaba con lo azul de su mirada. Sobre sus hombros llevaba unas pieles que lo hacían parecer distinguido, y el emblema que lucía en su hombro parecía muy caro y elaborado. Aquel hombre tan atractivo, y a la vez tan intimidante debía de ser alguien importante.

Su mirada penetrante paseó por la misma zona en la que me encontraba, y sentí que el miedo se apoderaba de mi cuerpo, aquel hombre podría ser de todo menos amigable, su pose corporal, y la forma en que apretaba la mandíbula así me lo hicieron saber.

Por suerte, una vez atendieron a sus animales reanudaron la marcha y pudimos respirar al fin. Si nos hubiesen descubierto la posibilidad de escapar de allí podría haberse complicado, puesto que nos superaban con creces en mayoría.

—¿Quién era ese hombre Alexander? —pregunté todavía con el corazón a galope.

—Es Ian MacLeod, el hijo primogénito del *laird* Fletcher MacLeod. Es un auténtico sanguinario Mérida, y cuanto más lejos te mantengas de él mejor para ti—. Asentí en respuesta, puesto que no tenía la mínima intención de volver a cruzarme con aquel hombre.

El castillo de Dunscaith se alzaba ante nosotros majestuoso e imponente, y no pude evitar que de mi boca saliese una exclamación al contemplarlo. Alexander pareció divertido por mi reacción.

Rodeamos la construcción y entramos por una puerta lateral custodiada por tres guerreros, estos saludaron a Alexander, y tras intercambiar unas palabras, cruzamos hacia el patio interior.

Dentro, nada tenía que ver con la magnitud que reflejaba su

exterior, pues el horror de la guerra habitaba cada centímetro de aquella explanada. Hombres muy mal heridos y repartidos por el lugar de cualquier forma esperaban a ser atendidos. Había varias hogueras encendidas donde las mujeres calentaban sopas para los enfermos. Se escuchaban gritos de personas buscando a sus familiares, y en un lateral se amontonaban los cadáveres de aquellos que seguramente habían luchado con valentía y no habían salido victoriosos.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos, junto con la impotencia de sentirme inútil ante aquella situación que me desbordó por completo. Caminaba como una zombi entre la gente tras Alexander que trataba de dar animo a su pueblo con palabras de aliento, cuando pasé por al lado de un adolescente que estaba tumbado en el suelo con una herida en el muslo.

Me agaché junto a el joven y sostuve su mano, estaba helada y todo él temblaba. Tan solo era un crío, ¿cómo podrían haberle hecho algo así?

—¡Una manta por favor, tiene frío! —grité a una mujer que pasaba por allí cargada con telas en un gran barreño de madera.

La mujer asintió, y tras darle todas las cosas que llevaba entre los brazos a otra muchacha desapareció.

Alexander al darse cuenta de mi preocupación, se situó junto a mí.

—¿Lo conoces?—preguntó.

—No, pero es solo un niño asustado. —El joven me miró fijamente y frunció el ceño mientras se revolvía por el dolor.

—Es un guerrero Mérida, un hombre que ha blandido su *claymore* para defender a su pueblo —Entonces se dirigió a él—. Y deberías de estar muy orgulloso por ello Samuel.

—Se lo agradezco, señor—contestó.

Entonces comprendí que debía de medir mis palabras, que en el 1612 las cosas eran muy diferentes y que con aquellas palabras probablemente había ofendido al muchacho.

—Es cierto Samuel, discúlpame, todo esto me ha sobrepasado. Me alegro de que estés bien y de que haya hombres como tú de valientes luchando por los suyos. —El muchacho me sonrió a duras penas agradecido por mis palabras.

La mujer a la que minutos antes le había exigido una manta regresó con ella, y entre las dos se la colocamos con cuidado al joven para que entrara en calor.

—Mérida, tenemos que irnos. —Alexander me ofreció su mano para que me incorporara del suelo.

Miré al joven y después a la mujer, sintiéndome culpable por no poder hacer nada más.

—Tranquila muchacha, yo me ocuparé de él. —Me tranquilizó la

señora.

—De acuerdo.

Seguí de nuevo a Alexander, pero esta vez al interior del castillo donde atravesamos la entrada rápidamente y subimos por unas escaleras de piedra que nos condujeron a un largo pasillo. En las paredes se podía observar hermosos tapices y lienzos donde se podían apreciar retratos de en su gran mayoría de hombres distinguidos, e imaginé que debían de ser miembros de la familia.

Tras unos minutos llegamos junto a una puerta que Alexander abrió y atravesó directamente sin llamar. Dentro, una mujer rubia acompañada por una preciosa niña al igual de rubia que ella se sorprendió al divisar al guerrero.

—¡Hijo mío, gracias a Dios que estás a salvo! —Ella se abalanzó a sus brazos mientras sus lágrimas se derramaban.

—¡Hermano! —La pequeña se unió al abrazo.

En cuanto las vi sabía quiénes eran, no había duda, y mi corazón de pronto se sintió algo reconfortado.

—Estoy bien madre, pero he fracasado, no he traído a la curandera.

—No te preocupes Alei, tu padre está bien. —Lo miró con dulzura—. Ahora mismo se encuentra reposando en sus aposentos.

—Me alegra saberlo —Respiró profundamente como quitándose un gran peso de encima.

—Hermano, ¿quién es ella? —preguntó la niña mientras se acercaba a mí.

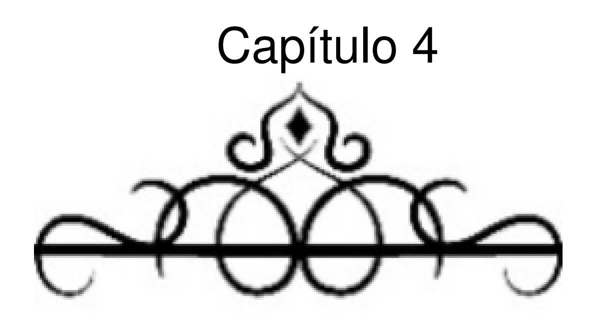
No pude evitar que las lágrimas se agolparan en mis ojos por la emoción, aquella niña era idéntica a mí cuando tenía su edad.

—Ella es Mérida de Esgos, hermana. La gran arquera que salvó mi vida de los MacLeod. —La niña me miró impresionada por las palabras de su hermano.

—¿Has dicho de Esgos? —preguntó la mujer mientras se llevaba las manos al pecho.

—Así es mamá, estaba deseando conocerte…

Capítulo 4



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunscaith, año 1612

El reconfortante calor que me inundó por completo cuando su abrazo me envolvió fue la sensación más maravillosa del mundo. Creí que lo primero que haría tras reunirme de nuevo con ella sería pedirle explicaciones, que habría reproches, y que le lanzaría mi frustración sin miramientos, pero eso no fue lo que pasó. Lo que ocurrió fue hermoso, y lo más natural que había experimentado hasta entonces.

Nuestros cuerpos se reconocieron casi al instante, y nuestras almas se acariciaron e inundaron de amor sin la necesidad de palabras. De pronto todo mi universo se estabilizó, y el amor que sentí fue tan grande que pensé que no podría contenerlo en el pecho.

—¿Estás aquí de verdad, mi pequeña viajera? —preguntó sin soltarme en ningún momento.

—Aquí estoy mamá —dije entre lágrimas.

—He soñado tanto con esto que no puedo creer que por fin se haya cumplido. —Ella sujetó mi rostro entre sus manos—. Mi dulce y preciosa Herea, sabía que vendrías.

—¡¿Herea?! —exclamó la pequeña que se coló entre el cuerpo de su madre y el mío para agarrarse a mi cintura—. Hermanita, he esperado mucho para conocerte.

—¿Les has hablado de mí? —pregunté.

—Por supuesto, cada día ¿cómo no podría hacerlo, pequeña?

—¿Y tú lo sabías? —me dirigí a Alexander.

—Tenía mis dudas, aunque ahora que te observo junto a madre y a Shophie no entiendo el por qué, sois como tres gotas de agua. —Su comentario me hizo sonreír—. Ven aquí Herea Kirsteen MacKinnon.

Él abrió sus enormes brazos y yo automáticamente me colé

dentro.

—¿Ese es mi nombre completo?

—Así es hermana, y mataré a cualquiera que lo ponga en duda, a partir de ahora yo cuidaré de ti.

—¡Espera un momento! Cuando nos conocimos me dijiste que eras el sobrino del *laird.* —Me aparté de él para poder mirarlo a los ojos.

—No te conocía Herea, no sabía si podía confiar en ti. Tú también mentiste con tu nombre, o de lo contrario te hubiese reconocido de inmediato. Pero eso ya no importa, lo importante es que estás aquí con nosotros y que eres una MacKinnon, y que desde ahora te protegeré con mi vida si fuese necesario.

No supe que responder a aquello, de pronto me sentí arropada y querida a la vez que culpable por querer a aquellos extraños. Era como si estuviesen robándole el sitio a los padres que tanto amé y que me criaron.

—Tranquila Herea, tenemos mucho tiempo para hablar de todo esto —dijo Evelyn como intuyendo mis pensamientos—. Ahora me gustaría que conocieses a tu padre.

—Ven conmigo hermana, yo te acompañaré. —Shophie agarró mi mano y tiró de mí.

Caminé con ella por el pasillo mientras Alexander y Evelyn nos seguían de cerca, hasta que llegamos frente a una gran puerta que Shophie tocó con sutileza, después la empujó, y nos adentramos en la enorme e iluminada habitación.

La chimenea estaba encendida y allí el calor era realmente agradable. En una gran cama con dosel estaba sentado y apoyado sobre la cabecera de esta en unos almohadones, un hombre muy corpulento con los ojos más bonitos que había visto jamás. Eran del color intenso que lucen los tréboles después de unas largas lluvias otoñales. Cuando divisó a la pequeña Shophie, sus ojos se iluminaron tornándose todavía más hermosos si eso era posible, le sonrió con ternura, y después reparó en mí.

Pude leer el desconcierto en su mirada, y segundos después; la curiosidad.

—Hola —apenas pude susurrar.

Él ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, como si con aquel gesto pudiese ver en mi interior.

En un movimiento involuntario me llevé la mano al cuello y acaricié el collar que me había llevado hasta allí, acto que no pasó por desapercibido para el hombre que abrió de forma desmesurada los ojos.

—¿A qué estás esperando para abrazar a tu viejo padre, Herea?

Escuchar aquello realmente me sorprendió, y no pude evitar

mirar a Alexander que asintió confirmando una pregunta que no había formulado.

Me acerqué a él con cautela, y puse mi mano sobre la suya, pero él me la agarró de improviso y acercó mi cuerpo al suyo para abrazarme con sus grandes y fuertes brazos.

—*Bha fios agam gun tigeadh tu, mo nighean*. —Lo miré sin entender—. Sabía que vendrías, hija mía. Lo sabía. He soñado tantas veces contigo.

—Yo… no sabía de vuestra existencia hasta hace un par de días. —Lloré desconsolada.

—No te preocupes, ya estás aquí, en tu tierra, de donde jamás tuviste que haberte marchado.

—He venido por una misión, no sé exactamente qué, pero que yo este aquí tiene que ver con vuestra seguridad. Mi *avoa* —me corregí para que me entendiera—, la mujer que me crío me dijo que si no viajaba vuestra vida estaría en peligro.

—Estamos bien, y ahora que has regresado, estaremos mejor.

—Necesito vuestra ayuda —me dirigí a todos—, no viajé sola, dos mujeres más me acompañaron, pero cuando desperté ellas no estaban. Puede que estén perdidas y que necesiten de mi ayuda. Este siglo es muy diferente al nuestro, es peligroso.

—¡Lo es, y más estando en guerra! —dijo Evelyn—. Debemos encontrarlas enseguida, Alexander.

—Prepararé una partida y saldremos de inmediato, si esas mujeres están en nuestras tierras daré con ellas antes de que caiga la noche.

Quise decirle que todavía estaba herido y que necesitaba reposar, que mandase a sus hombres sin él, pero sabía que aquellas palabras no debía de pronunciarlas o lo haría parecer débil ante los presentes.

—Ten mucho cuidado, por favor.

—Tranquila hermana, estaré de vuelta antes de que te des cuenta, quiero que me narres todo sobre el futuro. —Me sonrió, y se puso en marcha desapareciendo por la puerta.

—No tienes de que preocuparte Herea, conoce nuestras tierras. Además, nos han informado que los MacLeod han regresado a sus dominios, ambos bandos hemos quedado muy debilitados, y me imagino que querrán recuperarse antes de volver a la carga, y cuando lo hagan estaremos esperándolos—. Fletcher MacLeod frunció el ceño y apretó el puño con rabia.

—¿Esto es siempre así? ¿Por qué? —Quise saber.

—Nuestras disputas son igual de viejas que nuestros padres, ellos quieren algo que nosotros tenemos —comentó el *laird*—. Quieren utilizar nuestro puerto para comercializar, en él pueden atracar embarcaciones mucho más grandes.

—¿Y por qué no se lo alquilas, o le cobras una tasa para poder llegar a un acuerdo con ellos?

—¡¿Qué?! ¡Jamás llegaré a un acuerdo con el enemigo, jovencita!

—Tranquilo querido, ella acaba de llegar y no sabe de tus reyertas con los MacLeod, pero pronto entenderá que entre ambos clanes es imposible un alto al fuego. Yo le contaré nuestra historia si me lo permites.

Él hombre asintió y se recostó sobre los almohadones, parecía cansado.

—Será mejor que descanses mi amor, mientras llevaré a Herea a sus aposentos para que se asee y pueda cambiarse.

La mujer agarró mi brazo y tiró de mí en dirección al pasillo, mientras la pequeña Shophie que había permanecido en silencio caminaba tras nosotras.

—Yo la acompañaré a sus aposentos, quiero hacerle miles de preguntas.

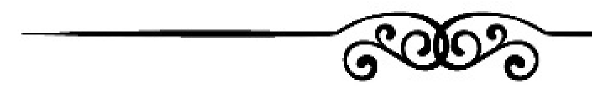
—¡Shophie! —la reprendió su madre—. Vas a tener mucho tiempo para hablar con ella, pero ahora acudirás a tus clases de piano, estoy segura de que la institutriz lleva largo rato esperándote. Y recuerda lo que hablamos, tu hermana acaba de llegar de París, de la escuela para señoritas de *La Manoir aux Fleurs Dorées.* Nadie puede saber lo de los viajes. ¿Entendido?

—Lo sé mamá, ya soy casi una mujercita.

—¡No! No lo eres, además no quiero que crezcas tan pronto. —La besó en la mejilla—. Vamos, date prisa.

—Está bien —La niña cruzó los brazos molesta—, nos vemos luego hermanita.

—Estaré esperando ese encuentro con ansias. —Le sonreí, y ella pareció complacida por mi respuesta.



Las doncellas iban de un lado para el otro de la habitación preparando mis ropas, y extendiéndolas sobre la cama mientras yo me relajaba dentro de una tina que habían hecho llevar hasta allí entre tres hombres y colocado junto al fuego de la chimenea. Me pareció excesivo, pero no estaba allí para juzgar sus costumbres que distaban mucho de las mías. Trataría de adaptarme lo antes posible al entorno para no ocasionar problemas innecesarios.

Una de las mujeres no dejaba de observar mi sujetador, le daba vueltas mientras toqueteaba los corchetes de hierro.

—En la capital es la última moda, toda mujer de buena familia

tiene uno como este —dijo Evelyn tratando de desviar la atención de las jóvenes de dicha prenda.

—Es tan sofisticado —comentó una de ellas mientras agarraba los pantalones con los que había viajado y los miraba de forma extraña—. Lavaré todas estas prendas, y mañana las colocaré en su baúl por si las necesita de nuevo, aunque no creo que sea el caso. —Esto último lo soltó por lo bajini, mientras la otra empleada reía discretamente por su comentario.

—Gracias. —Alcancé a decir mientras la mujer desaparecía por la puerta de la habitación.

Vestirme fue algo de lo más laborioso, la cantidad de prendas que llevaba encima era del todo indecente, además de ser muy incómodas.

Traté de estirar las cintas de mi corpiño para aflojarlas mientras me miraba al espejo de cuerpo entero contemplando mi nuevo aspecto.

—Dejadnos a solas Margaret. —Evelyn se dirigió a la muchacha. Ella sonrió e hizo lo que le pidió. —Deja de tirar de las cintas Herea, pronto te acostumbrarás.

—Esto es horrible, apenas puedo respirar, y no digamos usar mi arma con soltura. Estiré los brazos como si tuviera un arco imaginario entre mis manos, y las costuras de la sisa apenas me dejaron movilidad.

—Cuando te apetezca practicar con el arco, te cambiarás y buscaremos algo más cómodo, pero dime Herea —su rostro se tornó serio—, ¿cómo esta Aldara?

—Ella está bien, su salud es perfecta a pesar de que tiene más años que la casona en donde vive. —Evelyn sonrió por mi comentario—. Me dio algo para ti, pero te lo quería dar en privado.

Me levanté, y busqué la bolsa que había viajado conmigo. Dentro había una carta escrita del puño y letra de mi *avoa* para Evelyn. Se la entregué, y ella automáticamente la cogió y se la llevó al pecho como si fuese un tesoro, mientras por su rostro se derramaba una lágrima. Respiró profundamente mientras desplegó la hoja, y comenzó a leerla para sí misma. De pronto comenzó a llorar con más intensidad, y yo solo pude darle la mano para consolarla.

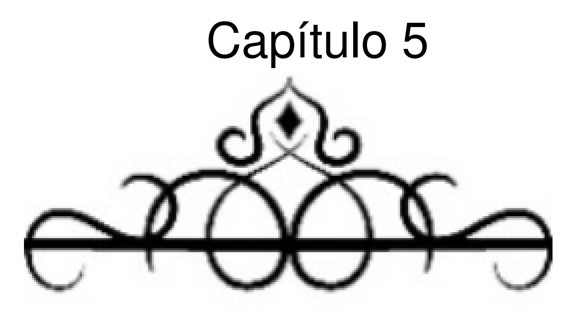
—Mi pequeña Herea, cuanto debes de haber sufrido. ¿Tus padres murieron? —Mi cara se convirtió en un poema tras la pregunta—. Lo dice aquí tu *avoa*.

—Así es, ellos me quisieron mucho, ¿sabes?

—Lo sé, Sabela y Oscar eran muy buenas personas. Ella fue un apoyo muy grande para mí durante mi estancia en Esgos. —Evelyn no pudo aguantar el llanto—. Lo siento, no quiero que estes triste por mí culpa, pero esto no me lo esperaba, será mejor que me retire a mis aposentos, necesito llorar a mi amiga.

—No te preocupes, lo entiendo, tómate el tiempo que necesites. Ella asintió, y tras darme un beso en la frente, se retiró dejándome allí sola.

Capítulo 5



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunscaith, año 1612

—Herea, por fin te encuentro. —Evelyn se acercó a mí con cara de preocupación.

—Solo he salido a tomar el aire, esta situación es abrumadora, el estar aquí en este siglo es del todo irreal.

—Lo sé, pequeña, pero necesito enseñarte algo que puede que salve tu vida. Ven conmigo.

Evelyn agarró mi mano y me condujo desde el jardín hasta la puerta principal del castillo. Allí nos esperaba una carreta para partir de inmediato.

La miré sorprendida, ¿a dónde se supone que íbamos?

Una vez arriba, me explicó que debía memorizar el camino y que era muy importante que lo hiciera. Tras una media hora de travesía, Evelyn detuvo el carro cerca de una pequeña cala en la que había un embarcadero. Allí, en una pequeña barca, nos esperaba un hombre corpulento el cual nos llevaría a remo hasta la playa de las focas tal y como le indicó mi madre.

—Espérenos aquí —le dijo Evelyn al hombre que solo se dedicó a asentir con la cabeza.

—No es muy hablador —comenté una vez que nos habíamos alejado.

—Es mudo Herea, y tampoco sabe escribir. Le pedí a él que nos trajese para que le fuese más complicado explicarle a nadie que nos acompañó hasta aquí.

—¿Por qué?

—Tengo que explicarte muchas cosas, pero cuando lleguemos al sitio que quiero que veas.

Caminamos por la orilla hasta que llegamos a unos riscos que

cortaban nuestro paso. Evelyn sonrió, y comenzó a descalzarse.

—Quítate todo lo que sea demasiado pesado como para hundirte. ¿Sabrás nadar?

—Sí sé nadar.

—Estupendo, porque nos daremos un baño. —Evelyn se deshizo del vestido, y se quedó tan solo con una camisola interior.

Yo, por el contrario, tuve que quitarme la falda que cubría mis pantalones, las botas, y el ceñido corsé, dejando solo la camisa. Evelyn se introdujo en el agua, y yo la imité. Caminamos hasta que nuestros pies dejaron de tocar el fondo. El mar estaba algo agitado y el agua realmente fría.

Rodeamos a nado la zona rocosa hasta que llegamos a lo que parecía la entrada de una cueva, en la que se adentraba el agua.

Evelyn se encaramó a la entrada de la cueva gracias a una roca que hacía de saliente, desde mi posición en el mar pude observar en como el agua tan solo le cubría hasta las rodillas. Me tendió la mano, y tras tirar de mí me situé junto a ella.

—Cuando la marea sube, esta entrada queda completamente sumergida en el agua, y es imposible salir de esta cueva hasta que vuelva a bajar. Así que démonos prisa si no quieres pasar la noche ahí dentro. —Señaló hacia el interior que se veía completamente oscuro.

Nos adentramos y poco a poco la luz fue escaseando, no me gustó nada la idea de tener que andar por allí con los pies sumergidos en el agua y a tientas. En un tramo de la ruta, Evelyn cogió una antorcha que estaba sobre un saliente de una de las paredes y la prendió con…

—Un mechero, ¿en serió? —me carcajee.

—Me pareció un invento muy útil, no pude evitar traerme un par del futuro.

—¿Y si te lo llega a ver alguien? Podrían acusarte de brujería.

—Por eso lo guardo aquí. —Me guiñó el ojo.

—¿Y cómo es qué esta parte está seca y tan solo hay un poco de humedad en el suelo?

—No te has percatado, pero la cueva va en ascendente, el agua ya no llega hasta aquí. Vamos, ya estamos cerca. —Tiró de mi brazo.

Tras unos minutos llegamos a una zona espaciosa y perfectamente iluminada gracias a que en el techo se abría una enorme claraboya natural por la que se colaba la luz del exterior. Justo debajo de esta, en el suelo, se podía observar una espiral que estaba formada por pequeñas piedras planas. Aquel enigmático círculo debía de medir unos dos metros de diámetro en total.

—¿Qué es este sitio, Evelyn?

—Es por donde regresarás a casa, solo tienes que colocarte en el centro portando la piedra que llevas al cuello.

—¿Nada más?

—Nada más, eso fue lo que hice yo.

Casa, recordar aquella palabra me hizo pensar en mi *avoa*, y en lo sola que debía de estar. Ella no tenía a nadie más, hacía mucho tiempo que solo éramos ella y yo, y la había dejado. La había dejado para ayudar a unas personas que apenas conocía.

Como sumergida en un trance caminé sobre aquellas piedras mientras tocaba mi colgante y bajo la mirada de asombro de Evelyn. Una vez en el centro, y sobre la roca plana que hacía de punto central, sentí un viento fuerte que recorrió todo mi cuerpo, junto con la fuerza de la gravedad que me atraía hacia el mismísimo centro de la tierra. Escuché al viento silbar, y esa vibración instalándose de nuevo en mi cerebro, me sentí desvanecer y todo a mi alrededor se tornó negro…



—Herea, despierta. —Los pequeños golpes que Evelyn me propinaba en el rostro me hicieron regresar de la inconsciencia.

—¿Qué ha pasado? —Me llevé una mano a la cabeza, tenía un dolor casi insoportable.

—Que has intentado marcharte y no ha funcionado, eso es lo que ha pasado. —Escupió molesta mientras se levantaba de mi lado.

—No sé qué me ha pasado, he pensado en mi *avoa* y no he podido soportarlo.

—Sé que estás preocupada por ella, pero regresarás, te lo prometo, aunque primero debes cumplir tu sino.

—¿Y cual es mi sino? ¿Qué debo hacer? —pregunté con lágrimas en los ojos.

—No lo sé, pero si estás aquí es por algo, además ¿pensabas dejarlas aquí?

Era cierto, si hubiese funcionado Amara y Zeltia se hubiesen

quedado atrás ¿pero que clase de amiga era? Primero las había llevado engañadas y después las abandonaba. No las merecía…

—¿Por qué me abandonaste?—pregunté de pronto, necesitaba quitarme aquella espinita.

—Yo no quería dejarte allí Herea, eres mi hija y te quiero. Me dolió muchísimo en tener que partir sin ti, pero este tiempo era peligroso para ti, y tus hermanos estaban aquí.

—Tendrías que haberme llevado, no es justo que de pronto toda mi vida sea una mentira.

—Lo siento, pero aquí estaba amenazada. Lo cierto es que no hui de una guerra entre clanes, si no de algo peor. Eso era lo que necesitaba contarte.

—Pues aquí estoy, te escucho.

—Cuando me casé con tu padre no estaba enamorada de él, si no de un guerrero del clan de mi padre. Vivimos nuestro amor en secreto durante años hasta que Braden nos descubrió y fruto de la cólera acabó con su vida. —Evelyn no pudo contener las lágrimas.

—¿Soy hija de ese hombre?

—No, eres hija de Braden. Cuando yací con él ya estaba embarazada de ti, pero tu padre tenía sus dudas. Un día fui en su busca a su despacho para hablar con él y por casualidad escuché una conversación privada con uno de sus hombres. Quería esperar a que nacieses para dejarte en un convento, te llamó bastarda. Me asusté mucho, tanto que temí por tu vida. Así que fui a hablar con mi hermana…

—No sabía que tenías una hermana.

—No lo sabe nadie, Herea. Ella es una bastarda de mi padre, y se crio lejos del clan y de la familia, pero mi madre siempre hizo lo imposible por que pasáramos algo de tiempo juntas a escondidas de mi padre. Ella es algo mayor que yo, y es una *bana-bhuidseach*.

—¿Qué significa eso?

—Que es una bruja, Herea. Ella fue la que me dijo que tenía que viajar y dejarte allí, se supone que yo debía de regresar enseguida, pero no pude hacerlo y me quedé un tiempo a tu lado. También me explicó que tu regresarías y que cambiarías el destino de la isla de Skye y sus clanes, que traerías la paz.

—¿Y cómo se supone que lograré eso? Apenas sé nada de estas tierras.

—No lo sé Herea, yo lo único que sé es que estás aquí conmigo y que no quiero que te marches.

—¿Y Braden? Parecía contento con mi regreso.

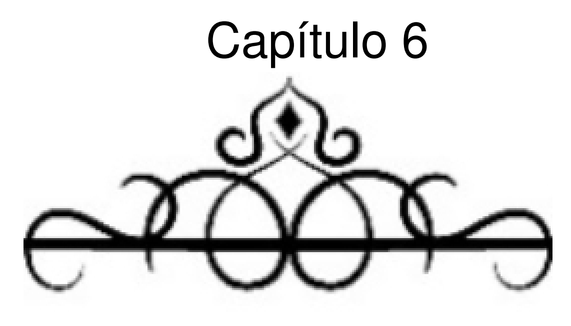
—Él con los años comprendió que lo que le decía era cierto, y se mostró muy arrepentido porque te hubiese abandonado en el futuro por su culpa.

—¿Y mis amigas? ¿Por qué están aquí?

Evelyn miró al cielo a través del hueco en el techo.

—Te contaré lo que me dijo mi hermana, pero ahora debemos irnos o no podremos salir de aquí.

Capítulo 6



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunscaith, año 1612

Estaba deambulando por la enorme fortaleza, y recapacitando en la historia que Evelyn me había contado cuando el sonido de una bonita melodía llamó mi atención. Seguí aquel sonido como si fuera un pequeño ratoncito del Flautista de Hamelín por los enrevesados y largos pasillos imaginando que me llevaría hasta Shophie. Y así fue.

La pequeña tocaba con soltura cada tecla sobre el piano, mientras su profesora pasaba las hojas de la partitura y le daba instrucciones. Me quedé unos segundos apoyada sobre el resquicio de la puerta observándola, era tan bonita, tan delicada e inocente, y lo mejor de todo; mi hermana. No la conocía, pero sabría que no me resultaría nada complicado el quererla, de hecho, ya sentía que la quería y apenas había compartido con ella unos minutos.

La melodía acabó y no pude evitar aplaudir. Shophie volteó para ver de quien se trataba, y en cuanto me vio, se levantó y se acercó hasta a mí.

—¡Shophie! —La regañó su institutriz—. Todavía no puedes marcharte, tienes que repasar al menos un par de partituras más.

—Oh, discúlpeme, no deseaba interrumpir su clase. Soy Herea Kirsteen MacKinnon. —Utilicé el nombre por el que se supone que se me conocía allí.

—Señorita MacKinnon, es un placer conocerla al fin. —Ella hizo una pequeña y formal reverencia—. Yo soy Melinda Warton, la institutriz de Shophie.

—¿Es usted Inglesa? A sí es, pero ya llevo muchos años en Escocia, mi familia se trasladó hasta aquí cuando yo todavía era muy pequeña.

—Espero que no le importe que le robe a mi hermanita, como

sabrá llevo muchos meses sin disfrutar de su compañía y tengo muchas cosas que contarle.

—Pero su madre…

—Mi madre está al tanto, y le parece bien que continúen con sus tareas mañana.

—Bueno si es de ese modo…

—Lo es. —zanjé—. Vamos Shophie, estoy deseando pasear por los alrededores contigo.

La pequeña sonrió ampliamente y agarró mi mano mientras tiraba de mí entre risas.

—Espero que Evelyn no se enfade —dije apurada arrepintiéndome por mi impulsividad.

—Valdrá la pena aguantar la reprimenda hermanita, lo pasaremos bien.

Corrimos por toda la fortaleza atravesando pasillos y grandes salas decoradas con mucho gusto, y muebles de madera maciza que parecían muy caros y lujosos, se notaba que los MacKinnon eran un clan fuerte y con una gran fortuna.

En las cocinas había como una veintena de mujeres trabajando a destajo. Grandes ollas de hierro fundido hervían sobre los fuegos y desprendían todo tipo de olores muy apetecibles.

Llegamos a una sala pequeñita que estaba pegada a la cocina, donde sobre una gran mesa había todo tipo de panes y dulces.

—Esta es mi parte favorita —dijo Shophie con una pícara sonrisa en el rostro.

Ella cogió uno de los bollos, y tras darle un buen bocado, me ofreció uno a mí. Yo la imité entre miradas y sonrisas cómplices.

Cuando el panecillo todavía caliente acarició mis papilas gustativas, una explosión de sabores invadió mi boca: mantequilla, azúcar, vainilla, e incluso unas suaves notas cítricas que quizás fuesen cáscara de limón.

—¡Dios, esto esta exquisito Shophie!

—Sabía que te gustarían, son mis favoritos. ¿Ves? Ya tenemos cosas en común. —Se carcajeó divertida—. Cojamos un par más para después.

Ella agarró uno de los paños limpios que había sobre la mesa, y envolvió con él un par más de los dulces que allí había. De pronto el chillido de una de las sirvientas nos sorprendió.

—¡Corre hermana, nos ha pillado la bruja! —exclamó lo suficientemente alto como para que la muchacha que venía hacia nosotras con cara de pocos amigos la escuchase.

—¡Señorita Shophie, ya sabe que no puede estar aquí! ¡Y mucho menos para atiborrarse a dulces, si la vuelvo a pillar le daré un buen par de azotes!

—¡Exacto Margaret, eso será si me pilla! —dijo mofándose mientras rodeaba la mesa, y salía a toda prisa por la puerta.

Yo opté por seguirla a la vez que levantaba los hombros en señal de disculpa a la joven, y trataba de ocultar mi risa por la situación tan divertida en la que acababa de participar. Definitivamente, Shophie era una rebelde, y parecía que sí que teníamos varias cosas en común.

Salimos por una puerta de las cocinas que daba a un pequeño pero precioso jardín, y por allí caminamos hasta dar con un estrecho sendero de piedra que llevaba a las caballerizas. Una vez allí, Shophie me mostró los caballos y el pony que ella solía montar, también me contó lo que le gustaba hacer en su día a día y lo bien que lo pasaba cuando sus primas Rosette y Meghan llegaban desde Inverness para pasar el verano con ella. Por lo visto en el castillo no había muchas niñas de su edad con las que Evelyn le permitiese jugar.

Mientras la pequeña narraba, y yo me identificaba en sus gestos faciales, hasta incluso en la forma que tenía de pellizcarse la ropa, escuchamos un gran alboroto que nos sobresaltó y que provenía del patio principal.

Rápidamente nos dirigimos hacia allí, donde un gran revuelo de guerreros corría de un lado para el otro armándose con sus espadas. Otros tantos se situaron en alerta en la parte alta de los muros con sus arcos y flechas en posición de ataque.

Justo en aquel momento un guerrero pasó por mi lado y aproveché la ocasión para preguntarle:

—¿Qué es lo que está pasando?

—Los MacLeod están en las inmediaciones del castillo.

—¿Nos atacan?

—De momento parece que no, pero han enviado a un emisario, quieren hablar con el *laird.*

¿El *laird?*, hasta donde yo sabía estaba herido, y Alexander todavía no había regresado.

Agarré con fuerza a Shophie por el brazo, y tras agradecerle al hombre sus aclaraciones, me dirigí al interior del castillo para buscar a Evelyn. No tardé en encontrarla, puesto que ella también venía a mi encuentro junto con un par de empleadas.

—¿Se puede saber dónde estabais?

—Quería enseñarle a Herea mi pony, madre —se disculpó.

—Perdóname Evelyn, fue culpa mía.

—Ahora eso no importa. Margaret, lleva a Shophie a su estancia y tranca la puerta, que no entre nadie a menos que seamos algún miembro de la familia. —Le ordenó a una de las muchachas—. Vamos junto al *laird*, Herea. Tenemos problemas.

Cuando llegamos a la estancia de Braden MacKinnon, el hombre estaba en pie, y uno de sus guerreros lo estaba ayudando a colocarse

el cinturón donde iría su *claymore*.

—Querido, cuéntame ¿qué sucede?

—Tienen a nuestro hijo, Evelyn, y quieren negociar. El mismo Fletcher MacLeod, junto con su hijo Ian MacLeod se encuentran ahora mismo en las puertas de la fortaleza con nuestro vástago.

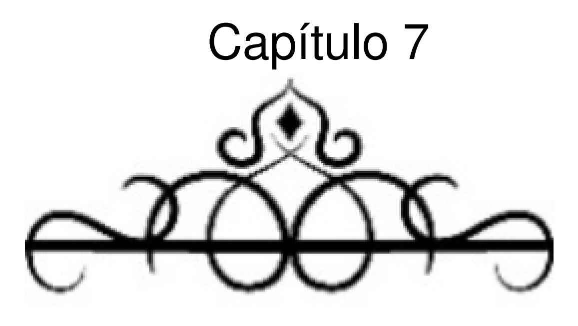
—¡¿Con Alexander?! —pregunté incrédula—. ¡Dios mío, es por mi culpa!

—No es tu culpa niña, estamos en guerra ¿todavía no te has dado cuenta? —escupió Evelyn visiblemente cabreada.

—Hazles pasar al gran salón con tan solo cinco hombres, los esperaré allí. —Le ordenó Braden al guerrero que lo acompañaba. —Vamos, os necesito a mí lado, quiero que vean un mandato fuerte y estable.

El *laird* caminaba con dificultad y apenas se podía mantener erguido, pero era admirable como estaba dispuesto a dar la cara por los suyos hasta en sus peores momentos. Un sentimiento de orgullo me invadió por completo al darme cuenta de que Braden, mi padre, parecía un hombre entregado y que cuidaba de su familia, a pesar de sus errores en el pasado.

Capítulo 7



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunscaith, año 1612

En la gran sala se podía cortar el ambiente con un cuchillo ya que el silencio era absoluto, más bien helado. El laird Braden MacKinnon permanecía sentado en su gran silla de cuero con una pose por fin erguida y confiada, estaba segura de que estaba usando todas sus fuerzas para mantener el tipo ante los que estaban a punto de irrumpir en la sala.

A su izquierda, vestida con su traje de guerra, estaba Evelyn, tan imponente como el mismo *laird*. Y a la derecha del señor del castillo estaba yo. También me habían hecho cambiar de atuendo para la ocasión, aunque respetando el corsé y las faldas ahora presentaba un aspecto más serio y agresivo con un vestido color vino que resaltaba mi figura. Me habían hecho un semi recogido con trenzas pegadas a mi cuero cabelludo que me recordaba al de las guerreras celtas.

Cuando el enemigo entró al salón tan solo me hizo falta un par de segundos para reconocer a Ian MacLeod, aquella mirada helada que traspasaba a cualquiera no se me había olvidado desde la última vez que lo vi cerca del río desde mi escondite entre la maleza.

Junto a él; su padre, algo más bajo pero igual de desafiante y fiero. Su pelo ya lucia blanco, pero su rostro algo arrugado y con una cicatriz que cruzaba su ojo derecho daba un aspecto que rozaba lo aterrador. Tras ellos, tres fieros guerreros que custodiaban a sus señores.

Ian MacLeod posó su mirada en mí con dureza, noté como apretaba la mandíbula y fruncía el ceño desafiante. Lejos de acobardarme le sostuve la mirada mientras levantaba el mentón, no le mostraría miedo a aquel cavernícola arrogante.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó nuestro *laird* cortando el

silencio de una forma abrupta.

—¿Dónde están tus modales Braden, es que acaso ya no vas a saludar a un viejo amigo? —contestó Fletcher con chulería.

—¡Déjate de estupideces! —Se levantó de golpe—. Secuestras a mi primogénito, ¿y tienes la cara de venir a amenazarme a mi casa? Ahora mismo lo único que quiero es atravesarte con mi *claymore*, y olvidar los formalismos.

—Vamos MacKinnon, tu hijo está bien. Solo quiero que lleguemos a un acuerdo, estoy harto de luchar, ¿tú no?

—¡No! Eso es lo que me hace sentirme joven, y rejuveneceré por completo el día en que mueras.

—Está bien, he tratado de ser amable. Te diré lo que quiero. Quiero usar libremente el puerto de Ord, es más, quiero el control absoluto, o por el contrario tu hijo morirá esta noche ante la puerta de tu fortaleza. Mi hijo Ian lo degollará ante tus ojos, y después atacaremos de nuevo, de una forma u otra conseguiré lo que quiero.

Escuchar aquello me llenó de una ira incontenible, quise asesinar yo misma a aquel hombre que amenazaba con matar a mi hermano.

—¡Maldito hijo de Satanás! —escupió Braden.

Ian MacLeod sonrió altanero, como disfrutando por ver lo que le afectaba a nuestro *laird* las amenazas en contra de su hijo. Fue tanta la rabia que me invadió, que rápidamente me llevé la mano a mi escote donde había escondido una pequeña daga y se la lancé sin pensar movida por la ira.

Ian reaccionó rápidamente cubriendo su rostro con el brazo, y la daga se le clavó profundamente en el antebrazo.

Como si aquel acto se tratase de la orden que daba comienzo a la batalla, todos los guerreros que allí estaban presentes sacaron sus armas y se pusieron a la defensiva, mientras que Ian MacLeod se arrancaba mi daga de su brazo, y la miraba con detenimiento, para después sonreírme abiertamente.

—Has fallado pequeña fierecilla, aunque debo de reconocer que me has sorprendido —dijo mientras mostraba la daga ensangrentada—. Tu debes de ser Herea Kirsteen MacKinnon, la hija que hasta ahora nadie había visto. Ya me puedo imaginar el por qué.

—No te atrevas a pronunciar mi nombre maldito MacLeod, y suelta a mi hermano o yo misma me las ingeniaré para acabar con tu vida. No creas que he fallado, simplemente era una advertencia.

—Vaya Braden, ya veo cual es el motivo de que escondieras a tu hija, y no es por falta de belleza, eso es innegable, sino porque es una salvaje. Quizá mi hijo pueda domarla y te quite un problema de encima.

—¡Eso no pasará jamás! ¿Una MacKinnon y un MacLeod? Nunca escuché semejante locura.

Evelyn me miró con cara de horror, mientras los hombres hablaban, ¿qué demonios estaban insinuando?

—Piénsalo bien, una boda arreglaría por fin nuestras diferencias. Compartiríamos el puerto, te devolveríamos a tu hijo, y sembraríamos la paz en la isla por fin.

—¡Ha dicho que no! —gritó Evelyn al fin.

—Veo que esto es cosa de familia. —Se mofó Fletcher. —¿Qué dices hijo, podrás con semejante potra?

—Ya sabe que me gustan los retos, padre. —Me sonrió provocador.

—Pues que así sea entonces. Tienes hasta esta noche para tomar una decisión MacKinnon, ¡será una boda o un funeral!

Eso último lo dijo entre carcajadas mientras abandonaba su puesto junto con los suyos.

—¡Maldita insensata! —me gritó Evelyn—. Si te hubieses mantenido callada hubiera recuperado a mi hijo.

—Lo siento mucho no era mi intención.

—¡Me parece que no lo entiendes, hagamos lo que hagamos pierdo a un hijo! —exclamó encolerizada.

—Tranquilízate querida, pensaremos en algo —intervino el *laird*.

—¡Ya los has oído! Matarán a Alexander si no accedemos a sus peticiones, antes podíamos haber perdido el puerto y con el tiempo tendríamos opción a recuperarlo, pero ahora la quieren a ella —me señaló—, y la acabo de recuperar, no quiero perderla Braden.

Evelyn comenzó a llorar sin consuelo. ¿Qué había hecho? Con mi imprudencia había conseguido enredar todavía más las cosas. Solo podía hacer algo para enmendarlo.

—Me casaré con él.

—¡Eso es impensable! —Braden se negó.

—Es lo que haré, me casaré con él y mi hermano regresará. Les haremos creer que estamos de acuerdo con esta tregua y cuando tenga la oportunidad mataré a mi esposo, y a su *laird*. Os desharéis de una vez por todas de las amenazas de los MacLeod.

—¡Eso es una locura, no estas preparada para algo así! —Evelyn mostró su descontento.

—Sí lo estoy, y lo haré. Creo que este es mi cometido, y que es para esto por lo que estoy hoy aquí, estoy segura. Pero mientras se desarrolla todo necesito que busquéis a las chicas. Debo devolverlas al futuro.

—Por eso no te preocupes, las encontraré. Lo que si que me inquieta es que estés en terreno enemigo. ¡Serás una MacKinnon en los dominios de los MacLeod! La gente te detestará solo por tu apellido —me aseguró Evelyn.

—No, estás equivocada, seré una MacLeod y haré que me teman.

Haré lo que sea necesario para traer a mi hermano con vida.

—No estoy de acuerdo, todo esto es una locura. —Evelyn negó con la cabeza mientras andaba de un lado para otro nerviosa.

—Querida, no hay otra solución. Esta es la más sensata por increíble que parezca —aseguró Braden—. No dejaremos que le ocurra nada, y en cuanto las cosas se calmen la sacaremos de allí. No debes hacer nada Herea, simplemente compórtate como una futura esposa hasta que hallemos la forma de rescatarte, tenemos un contacto dentro que nos mantendrá informados.

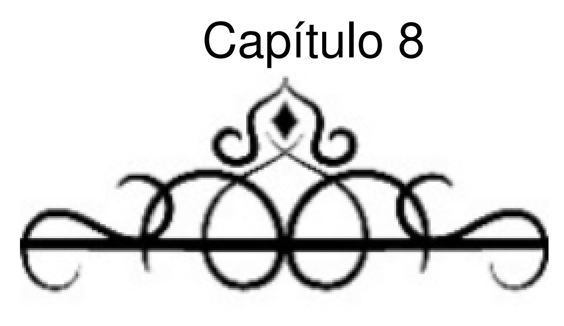
—De acuerdo, así lo haré.

Evelyn se acercó a mí temblorosa y me sujetó por los hombros.

—Por favor, Herea, sé que este siglo dista mucho del tuyo, pero el tiempo que estés allí no cometas ninguna tontería. No sabemos lo que tardaremos en liberarte de los dominios de los MacLeod, y necesito que regreses sana y salva. —Se acercó a mi oído para susurrarme—: que el sacrificio que hice hace veintiún años para salvar tu vida no sea en vano —me imploró.

—No lo haré —la abracé con fuerza—. Regresaré de nuevo contigo, mamá.

Capítulo 8



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunscaith, año 1612

Ian MacLeod

El sol ya estaba rozando las montañas heladas del norte cuando nos plantamos frente a la entrada principal de la fortaleza de los MacKinnon con nuestro prisionero. Lo habíamos atado de manos, y una capucha cubría su rostro impidiendo su visión, después lo obligamos a ponerse de rodillas frente al castillo para que sus familiares pudiesen observarlo desde la torre y cedieran ante nuestras peticiones.

Alexander demostró valentía, puesto que de su boca no salió ni una mínima súplica que rogase por su puesta en libertad, sino que aceptó su situación con una valentía admirable.

Las puertas se abrieron y la familia MacKinnon apareció ante nosotros, pero solo uno de ellos me tenía completamente fascinado. Cuando la mujer de cabellos dorados posó su fiera mirada en mí, una sensación placentera recorrió mi cuerpo al completo. Su pose corporal era amenazante, algo bastante ridículo en comparación con su pequeño cuerpo femenino. No pude evitar sonreír burlón, sabía que aquello la desquiciaría, y no tardó en apretar los puños y morderse el labio inferior como aguantándose las ganas que tendría de insultarme.

Su reacción despertó mi parte más traviesa, si aquella mujer se unía a mí en matrimonio lo iba a pasar en grande tan solo con sacarla de quicio.

Mi padre caminó unos pasos hasta ponerse frente a Braden que lo miraba con odio y tensión.

—¿Entonces qué será —inquirió arrogante—, una boda o un funeral?

—Una boda, por supuesto. Y como es de esperar firmaremos las cláusulas en mi despacho —zanjó el MacKinnon con visible desagrado.

—¡Fantástico! Pues vayamos entonces, pero hasta que todo esté aclarado mi hijo se quedará aquí afuera junto al tuyo —afirmó padre.

—Me parece bien. ¡¿Alexander, estás bien? —interpeló con voz fuerte mientras miraba a su hijo todavía postrado ante ellos.

—¡Así es padre!

El *laird* asintió con aprobación y se encaminó hacia el interior junto a padre dejando al resto de presentes en aquella posición a la espera de nuevas.

Crucé mis brazos visualizando a la mujer que se erguía altanera a escasos pasos de mí, me resultó del todo atrayente contemplar como en sus ojos no había ni un atisbo de miedo, es más, resultaba retadora, quizá algo rebelde. Cosa poco inusual en la mayoría de las mujeres con las que había tratado hasta entonces.

Ella dio un par de pasos hacia su hermano y, dirigió su mirada hacia mí con cautela, al ver que no me inmuté, continuó andando hasta situarse a su lado. Quitó la capucha de este y se arrodilló ante él para abrazarlo.

—Tranquila hermana, estoy bien. —Herea acunó su rostro entre sus manos mientras no podía contener las lágrimas.

Cuando esta reparó en los cardenales que lucía el MacKinnon, no tardó en demostrarme su descontento.

Con paso decidido anduvo hacia mí hasta que se colocó tan cerca que el perfume a flores que emanaba de su cuerpo me envolvió por completo.

—Acabaré siendo tu esposa, pero haré que cada día de tu vida sea un auténtico infierno por lo que le has hecho a mi hermano —susurró mientras apretaba los dientes y miraba hacia mi brazo vendado—. Veo que estás bien, puede que la próxima vez no sea así.

Una carcajada involuntaria salió de lo más hondo de mi ser. Aquella mujer carecía del más mínimo decoro, y era algo que me divertía y me atraía a partes iguales.

—Estoy deseando que llegue ese momento, pequeña fierecilla.

Herea gruñó exasperada, y se volteó con tanta fuerza que su larga melena golpeó mi rostro intencionadamente. Pagaría por aquella insolencia, de eso estaba seguro.

—Amigo te compadezco —me dijo John, uno de mis guerreros más fieles mientras se situaba junto a mí.

—No me compadezcas, ya sabes lo mucho que me gustan las cosas difíciles.

—Una cosa es difícil, y otra imposible. —Se carcajeó.

—¿Cuándo se me ha resistido a mí una hembra?

—Eso es cierto Ian, pero te olvidas de algo. —Me giré para

mirarlo intrigado—. Eleonor, en cuanto vea que regresas comprometido pondrá el grito en el cielo.

—Ella no pinta nada en todo esto.

—¿Y tu madre?

—Tampoco —zanjé.



Padre apareció por fin acompañado del señor de Dunscaith. En sus rostros se reflejaba la alegría, algo que me desconcertó y a la vez destensó mis músculos ya que parecía que las negociaciones habían llegado a buen término.

Braden llamó a su hija y se apartó para hablar en privado con ella, mientras que padre se dirigió hacia nuestro bando.

—Todo arreglado hijo —dijo mientras colocaba su mano sobre mi hombro—. Regresarás a casa con tu prometida y con total disposición del puerto de Ord. La guerra ha acabado por fin.

—¿Confías es su palabra?

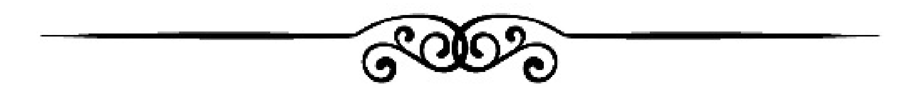
—Esta firmado y sellado Ian, no hay vuelta atrás. Vuestras nupcias serán en tres semanas, y le he prometido a su padre que no yacerás con ella hasta que vuestra unión sea del todo legal.

—Pero ¿quién se ha creído que somos ese MacKinnon? ¿Unos bárbaros?

—Tranquilo hijo, sé cómo eres, pero debemos comprender que está entregando a su hija al enemigo.

—Bien, olvidaré sus palabras por el momento.

—Está bien. Prepara a los hombres para partir, nos pondremos en marcha al amanecer.



Herea se despidió de sus padres, de su hermano, y caminó junto a su montura la cual llevaba del ramal hasta que llegó junto a nuestro clan.

Iba vestida de negro y con un corsé muy ceñido que resaltaban sus exuberantes pechos. A su cintura se amarraba una falda que era completamente abierta por la parte de delante hasta los pies, y la misma dejaba ver a la perfección unos pantalones tan pegados a su cuerpo que podía distinguir el contorno de sus muslos. Aquellos

ropajes eran de todo menos decentes. «¿Pero qué clase de mujer de alta cuna vestiría de aquella forma? ¡Era una provocación en toda regla!», pensé.

A la espalda llevaba un carcaj lleno de flechas, y en su mano: el arco. «¿Se había atrevido a ir armada ante mi ejército?».

Algunos de mis hombres pasearon la mirada por su esbelto cuerpo sin reparo haciendo que mi humor se ennegreciese al igual que lo estaba el cielo.

Me acerqué a ella de una forma brusca ante la mirada de padre y de mi clan.

—¿Cómo te atreves a dar semejante espectáculo, mujer? En cuanto lleguemos al castillo te vestirás con ropa decente.

—No sabía que había un protocolo, quise ir cómoda para la travesía —soltó con indiferencia, mientras volteaba para montar a su caballo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

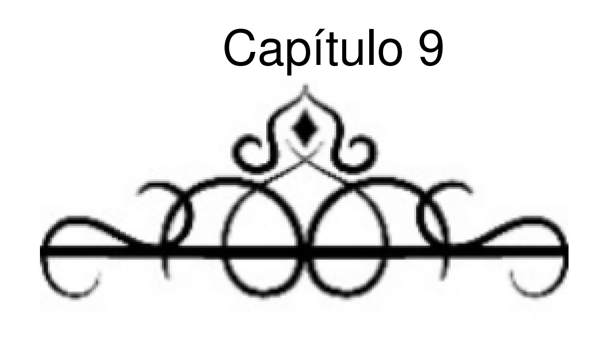
—¿Montar? No pretenderás que vaya caminando, tengo entendido que los dominios de los MacLeod están a unas cuantas millas a caballo.

—De eso nada, lo harás conmigo a partir de ahora. Eres de mi propiedad, y haré que todo el mundo lo sepa.

Herea fue a rechistar, pero antes de que pudiera hacerlo la agarré con fuerza del brazo y tiré de ella hasta mi montura bajo la mirada divertida de mis guerreros. Apenas sin ningún esfuerzo la cargué y la subí al equino para después montarme yo. Pasé mis manos por su estrecha cintura y me hice con las riendas, mientras clavaba las espuelas en los costados del animal y este salía a galope.

Aquella mujer olía a flores, a sensualidad, a noches sudorosas en lechos calientes, olía a problemas, pero lo que ella no sabía es que a mí me encantaban los problemas y sobre todo si se presentaban en forma curvea y sensual.

Capítulo 9



Isla de Skye, Escocia. Año 1612

Aquel bruto guio al animal de la peor forma posible, estaba segura de que su propósito era el de hacer de mi viaje un infierno, y aunque lo estaba consiguiendo —y mi trasero me lo confirmaba a cada rato—, no se lo haría saber. Aguantaría el tipo haciéndome la indiferente.

A cada paso que daba el equino mi cuerpo de forma involuntaria se topaba contra la dureza de su pecho, parecía que una gran roca era la que se encontraba tras de mí, y si no hubiese sido por la calidez de su torso estaba segura de que la diferencia hubiese sido mínima. Me resultaba extremadamente difícil mantener el equilibrio sentada de lado tal y como él me había obligado a colocarme, así que me recosté sobre su pecho, pasé mi mano alrededor de su cintura, cerré los ojos, y fingí que me quedaba dormida con toda mi mala intención.

Sabía que aquello lo provocaría, e incluso que lo haría sentir incómodo, y reí para mis adentros por mi rebeldía. Aquel no era el comportamiento idóneo por mujeres de la época, mi intención era molestarlo, incluso intimidarlo. Noté que se irguió bajo mi agarre, y que resopló contenido.

De pronto una brisa húmeda seguida de una fina lluvia que se iba engrosando por momentos, chocó contra mi rostro y no pude evitar estremecerme. Conforme los minutos iban pasando, el agua calaba cada centímetro de mi ropa y el frío atravesaba mi ser para instalarse en los huesos. Los dientes me castañeaban de forma involuntaria y, apenas sentía los dedos.

Llegó un punto en el que el frío se tornó tan insoportable que decidí pegar todavía más mi cuerpo al suyo, con la diferencia de que esta vez no buscaba su incomodidad, sino mi bien estar.

Ian alertado por mis movimientos temblorosos envolvió mi

cuerpo junto al suyo con su tartán, cosa que agradecí.

—Pronto llegaremos a la fortaleza y podrás entrar en calor —susurró con voz ronca.

La cercanía de aquel hombre, y el calor que emanaba todo su ser despertaron todo tipo de sensaciones en mí. Sensaciones que traté de borrar de mi mente, puesto que ya había decidido que odiaría a Ian MacLeod, y que cuando tuviese la más mínima oportunidad acabaría con su vida.



El agua caliente me hizo revivir, jamás había pasado tanto frío como en aquella larga travesía desde el castillo de Dunscaith hasta la fortaleza de Dunvengan. Realmente hubo momentos en los que pensé que iba a morir.

En mi apremio por entrar en calor apenas había podido reparar en lo que iba a ser mi nuevo hogar, ya que Ian MacLeod me hizo subir a mi habitación rápidamente para que pudiese quitarme las ropas mojadas y que no enfermara. Supuse que, si moría, el acuerdo con mi familia también lo haría, de ahí su preocupación.

—Aquí traigo su ropa, señorita —me dijo la muchacha del servicio que me habían asignado para mis necesidades diarias.

—Llámame Mérida de Esgos, por favor.

—Creí que su nombre era Herea —respondió confusa.

—Y así es, pero a partir de ahora quiero que todo el mundo me conozca por ese nombre. Y tú ¿cómo te llamas? —La tuteé.

Era más probable que si la gente comenzaba a llamarme así y las chicas escuchaban mi nombre en algún lugar, me reconocieran al instante.

—Mi nombre es Loraine —dijo a la vez que se sonrosó.

—Pues Loraine, me gustaría que informaras al *laird* y a su hijo, de que esta noche no bajaré a cenar porque estoy indispuesta.

—El señor Ian dijo que diría eso, y también dijo que si no se presentaba esta noche la dejaría encerrada bajo llave en esta misma estancia hasta el día de su boda, y a mí con usted.

¡Maldito MacLeod! ¿Cómo sabía de mis intenciones? ¿Y cómo sabía que involucrando a la pobre de Loraine accedería a sus peticiones? ¿De verdad era tan predecible?

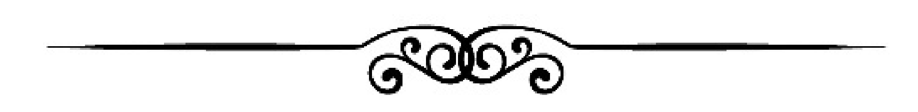
—También me ha dicho que me deshaga de todo esto, a ser posible que lo queme en la hoguera porque no quiere volverlo a ver —dijo mientras recogía toda mi ropa del suelo.

—¡Eso sí qué no! —exclamé mientras me levantaba de aquella

tina completamente desnuda ante la atónita mirada de Loraine. —¡Ahora mismo voy a decirle cuatro cosas, nadie me dice que me puedo poner y que no!

—Señorita cúbrase, podría enfermar. —Loraine dejó las cosas que tenía entre las manos y fue en busca de una bata que segundos más tarde me ayudó a colocar. —Está bien, guardaré su ropa, pero será nuestro secreto.

—Muchas gracias, pero aún así le mostraré mi descontento.



Bajé las escaleras tras Loraine con sumo cuidado para no tropezar con aquel abullonado y estúpido vestido que sería un problema a la hora de moverme, o incluso de huir, aunque debía de reconocer que el azul resaltaba con creces mis ojos claros y le sentaba muy bien a mi tono de piel.

El pelo lo llevaba completamente suelto, y eso que Loraine fue muy insistente en que lo adecuado para cenar era un recogido que resaltara las facciones de mi rostro, pero no podía ser complaciente en todo, ese no era mi estilo

El comedor estaba bien iluminado gracias a un buen montón de velas, y su decoración —en mi opinión—, era demasiado ostentosa. Las paredes estaban decoradas con recargados tapices, y en el centro de la estancia una gran mesa de madera tallada ocupaba gran parte del lugar. Toda ella estaba cubierta por una preciosa vajilla blanca con los bordes en oro, y junto a ella una cubertería digna de los mejores hoteles. Por lo visto a aquel clan los enfrentamientos con los MacKinnon no les había vaciado las arcas.

Sentados a la mesa pude ver al *laird* Fletcher —que se levantó de su asiento nada más verme para recibirme—, y a dos mujeres que me miraban con curiosidad.

—Siéntese aquí señorita MacKinnon —me dijo el *laird* señalando un asiento contiguo al suyo.

—Gracias. —Tomé asiento y esperé a las presentaciones.

—Ella es mi mujer, la señora Judith MacLeod. —Me señaló a una morena de piel canela con los ojos más grandes y expresivos que jamás había visto.

—Encantada de conocerla, sea bienvenida a nuestra casa. —Sus palabras fueron cordiales, pero su rostro no decía lo mismo.

—Y esta señorita de aquí es mi sobrina, Eleonor —continuó el *laird*.

La joven de cabellos rojizos asintió a modo de saludo.

—Encantada de conocerlas —respondí sin saber que más decir

puesto que sentí el ambiente algo incómodo.

Por suerte Ian hizo su aparición estelar en la estancia disolviendo con su presencia el clima algo tenso que se acababa de formar. Sus botas resonaban duramente contra el pavimento mientras que su porte era distinguido e intimidante. Se había cambiado de ropa, y su tartán junto con su *kilt* se veían impolutos. La camisa que se ceñía a su cuerpo me dejó imaginar un torso varonil y marcado. El pelo lo llevaba ligeramente mojado y peinado hacia atrás, dejando que en su rostro resaltasen sus preciosos ojos cargados de peligro. Sin darme cuenta atrapé mi labio inferior con los dientes imaginando lo que sería tener a ese hombre desnudo entre las sábanas.

¡¿Dios, tan desesperada estaba?! «¡Herea, reacciona, recuerda que él es el enemigo!». Me dije a mí misma.

—Disculpen la tardanza señoras, tenía que revisar que todo estuviese en orden antes de sentarme a la mesa.

—No te preocupes Ian, sabemos que tu labor es muy dura. —La pelirroja le sonrió dulcemente.

La tensión durante la cena fue palpable, supuse que no todos los días se sentaba a la mesa «un MacKinnon». La conversación se limitó: al clima, y a lo fabulosa y maravillosa que era Eleonor en todos los sentidos. Ya estaba comenzando a aburrirme de escuchar tanta tontería, y no pude evitar dar mi más sincera opinión.

—Así que… Eleonor, por lo que he entendido y perdóname que te tutee, pero como muy pronto seremos familia creo que será lo adecuado. —Ella me miró con una mueca que no supe descifrar, era una mezcla de sonrisa falsa y asco—. Bordas de maravilla, cantas como los ángeles y, tocas el piano forte como una verdadera maestra, pero todo eso son actividades que se realizan dentro del hogar, ¿es que acaso no sales de aquí?

—Bueno, ¿y que haría una mujer en el exterior? ¿Cuidar del ganado? —Ella se carcajeó, y Judith la acompañó—. Como mucho paseo por los alrededores para que me de el aire, nada más.

—Dios, pues me temo que nuestras aficiones poco tienen que ver, porque a diferencia de vosotras, me gusta salir a cazar con mi arco, montar a caballo, y empuñar alguna que otra arma. Ah, y me encanta cuidar del ganado, mi abuela me enseñó a hacer un queso riquísimo con la leche de las cabras.

—Sabía que eras una vulgar —saltó la mosquita muerta de Eleonor quedando en evidencia.

—¡Eleonor! —la reprendió el *laird*—. Eso está fuera de lugar jovencita.

—Disculpa tío —contestó melosa—, pero es que esta MacKinnon me saca de quicio. Mírala, acaba de llegar y ya cree que puede seguir comportándose como la salvaje que es.

—Ten cuidado pelirroja, porque esta salvaje puede arruinar tu preciosa melena. —Me levanté con ímpetu y mi silla cayó al suelo.

Cogí uno de los cuchillos que estaba sobre la mesa y lo clavé en una manzana que había en un frutero, después me la llevé a la boca y le di un suculento mordisco bajo la atenta mirada de horror de Eleonor.

—Creo que terminaré de cenar en mi estancia. —Me di la vuelta sin dar opciones para la réplica y salí con paso ligero del comedor.

Qué me obligasen a casarme con Ian no significaba que tuviese que ser un corderito obediente.

Caminé sin un rumbo en concreto buscando una salida a aquellas paredes de piedra demasiado emperifolladas hasta que llegué a una puerta que llamó mi atención, la empujé, y ante mis ojos apareció una enorme biblioteca llena de libros.

Aquello me dejó sin palabras. Grandes estanterías cubrían por completo las paredes, y una enorme ventana de madera dejaba que entrara el reflejo de la luna llena. Junto a ella había una gran mesa repleta de documentos y un tintero.

La estancia estaba muy bien iluminada gracias a unos candelabros que estaban distribuidos por la zona, y el fuego de la chimenea ardía con intensidad haciendo que el ambiente se sintiese agradable

Paseé mientras deslizaba uno de mis dedos sobre las cubiertas de cuero de los libros cuando unos pasos a mi espalda me hicieron poner en alerta.

—Esta va a ser la primera vez y la última que te comportes así ante el *laird* del castillo —me dijo una voz masculina autoritaria.

—¿Ah sí? ¿Y quién va a impedírmelo? —Al darme la vuelta me encontré con la mirada llena de ira de Ian MacLeod.

—¿Es qué acaso no te han enseñado modales en esa escuela para señoritas en la que has estado internada media vida? —Me sujetó por los brazos y sentí como se clavaban sus dedos en mi piel con intensidad.

—Tengo modales, pero no los usaré con alguien qué ha amenazado con matar a mi hermano, y lo ha utilizado para chantajear a mí familia.

—¡Harás lo que yo te diga, Herea! —El dolor de mis brazos se tornó insoportable.

—¡Eso ya lo veremos, maldito MacLeod! —En un movimiento rápido e inesperado para el guerrero, me solté de su amarre y saqué la daga de mi escote para ponerla en su cuello.

Inesperadamente él comenzó a reír mientras mantenía la posición.

—Tienes que estar loca para amenazar a un MacLeod entre las paredes de su hogar.

—Loca o no acabaré contigo —lo amenacé a escasos centímetros

de su rostro.

La cercanía de su cuerpo y el roce de su respiración sobre mis labios hicieron despertar mi bajo vientre, aquel odioso MacLeod sacaba lo peor de mí a la vez que me excitaba. «Si aquello no era locura, ¿qué era?

Ian desvió su mirada hacia mis labios como si quisiera atraparlos entre los suyos, y sentí que la presión que ejercía mi daga contra su piel disminuía de forma involuntaria por momentos.

—Pagarás por esto pequeña y odiosa rebelde. —Nada más decir aquello, el guerrero atrapó mis labios con rudeza y necesidad.

Mi cuerpo respondió por unos segundos a aquella oleada de pasión que me envolvió por completo. De pronto, la sensación al verme vencida por el MacLeod me devolvió la cordura, y haciendo gala de toda mi fuerza de voluntad me separé de él para darle una fuerte cachetada a la vez que mis pezones se endurecían y se sentían prisioneros dentro de aquella ropa tan prieta.

Por unos instantes nos miramos con la respiración entre cortada, y pude ver como un pequeño hilo de sangre emanaba por donde segundos antes había estado mi daga.

Cuando fui a golpearlo de nuevo, Ian en un ágil movimiento agarró mi mano inmovilizándome, momento en el que abordó mi boca nuevamente. El beso fue tan ardiente y pasional, que todo mi ser se dejó envolver por la lujuria. Mis pequeñas manos se enredaron en su cuello, y un jadeo se escapó de lo más hondo de mi ser. Podía sentir la dureza de entre sus piernas presionando contra mi cuerpo, y anhelé el poder poseer su grandeza entre mis manos.

Ian me levantó con rudeza y caminó conmigo unos pasos hasta que me sentó con brusquedad sobre la mesa. Debido al movimiento incontrolado e impulsivo de nuestros cuerpos cayeron varios documentos al suelo armando un buen revuelo.

Tiré de las faldas de mi vestido para liberar mis piernas que se enredaron en su cintura. Miles de besos tan ardientes como el mismo fuego del infierno se deslizaron por mi cuello para derramarse hasta el inicio de mi escote.

El guerrero desató con maestría los lazos de mi corsé e introdujo una de sus fuertes manos por él, hasta que atrapó uno de mis pezones para masajearlo con deleite. Podría haber tocado el cielo tan solo con aquello…

—Tienes suerte de que mi padre le prometió al tuyo que yo no yacería contigo hasta nuestro enlace, o mañana te ibas a levantar tan adolorida que apenas podrías ponerte en pie. —Su voz sonó varonil y profunda consiguiendo que todos los vellos de mi cuerpo se erizaran en respuesta.

Me besó de nuevo con intensidad, y después se separó unos

centímetros para poder mirarme a los ojos mientras nuestras respiraciones agitadas inundaban el silencio de la biblioteca.

—Buenas noches, Herea —dijo con una sonrisa pícara en el rostro a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

Levantó su mano ante el rostro para mostrarme mi propia daga. ¿En qué momento me la había arrebatado?

Sentí un calor horrible en la cara, ese mismo que te consume por dentro cuando la ira atraviesa tu interior.

—A partir de ahora yo guardaré esto, no quiero que te lastimes. —Me guiñó el ojo y guardó el objeto punzante en su cinturón.

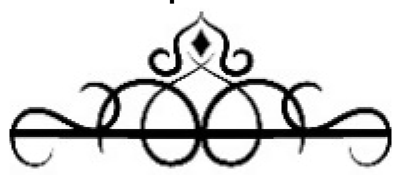
—¡Te odio, maldito MacLeod! —le grité encolerizada.

¿Como había sido tan estúpida? Me había dejado llevar por la pasión, o mejor dicho por un calentón. Y es que Ian MacLeod era tan absolutamente arrebatador como gilipollas.

Volteé a ver a mi alrededor para ver que podía llevarme a la mano. Opté por el tintero que estaba tirado en el suelo y se lo lancé con todas mis fuerzas, pero el muy tirano cerró la puerta justo a tiempo para evitar el proyectil.

Aproveché la soledad de la habitación para gritar y aliviar mi frustración, aquello iba a ser más complicado de lo que parecía. Le había prometido a Evelyn que no cometería ninguna tontería y que me mantendría a salvo, pero es que cada vez tenía más ganas de asesinar a Ian MacLeod.

Capítulo 10



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

Desperté de mi plácido sueño con el sonido insoportable de algo que parecía la bocina de un enorme barco de vapor. Apenas abrí los ojos pude vislumbrar a Ian MacLeod con algo que parecía un cuerno y que lo hacía sonar con su boca.

—Vamos dormilona, es hora de trabajar.

—¿Trabajar?

—Me dijiste que te gustaba atender al ganado, que a ti no te gustaban las actividades que se realizan en el interior, así que he decidido complacerte. —Volvió a hacer sonar ese estúpido artilugio.

—Pero ¿qué hora es? ¿Y por qué no paras de tocar ese cuerno? ¡Conseguirás que me quede sorda, maldito patán!

Él rio por mis comentarios, y su sonrisa me pareció de lo más hermosa y cautivadora aún a sabiendas de lo mal que me caía aquel tipo.

—Vamos, ya esta amaneciendo. Te quiero lista en el comedor antes de que el gallo comience a cantar o de lo contrario mandaré a alguno de mis hombres a por ti, y créeme que más de uno está deseando ponerte las manos encima.

—¡Serás cretino! —Ian ignorando mis palabras, desapareció con aquel cuerno infernal.

A los pocos minutos llegó Loraine, la pobre muchacha tenía las mismas pintas que yo de haber salido de la cama con urgencia.

—¿Esto va a ser así siempre? —le pregunté.

—Esperemos que no, señora.

Tras dar un largo suspiro que me permitió centrarme en mis pensamientos decidí cual sería mi actitud ante aquella invasión sin sentido. Si Ian MacLeod pensaba que me iba a acobardar con su comportamiento, estaba claro que no me conocía.

—Loraine, ¿dónde está la ropa con la que vine?

—Señora no se la puedo dar, el señor fue muy explícito con aquello.

—Solo necesito el pantalón, no pienso meterme en el campo con ninguno de esos vestidos con los que se me congelará el culo, ¿pero no has visto el frío que hace?

—Le sacaré las medias de lana, con ellas estará perfectamente.

—¡O me traes el pantalón o me bajo desnuda! —comencé a desvestirme para que viera que hablaba completamente enserio—. Y de paso que vas a por ellos tráeme una camisa del señor, ah, y que sea bonita.

—¡Ay, Dios santísimo! Entre usted y mi señor acabarán con mis nervios

A la pobre Loraine no le quedó más remedio que aceptar e ir a buscar mi ropa, y cuando regresó me ayudó a vestirme mientras me miraba con desaprobación.

Al observarme frente al espejo admiré mi obra de arte. Los pantalones de cuero se ceñían a mí como una segunda piel, y la camisa blanca del «señor» me la metí por dentro de la cinturilla. Le dejé tres botones sin abrochar para enseñar algo de canalillo, también se veía a la perfección el collar con la piedra de labradorita. Lo toqué con cariño, y recé porque mis amigas estuviesen bien, sabía que mi familia las estaría buscando y que sería cuestión de tiempo el que las encontraran.

Solo debía de esperar, y bien sabía yo que la paciencia no era lo mío.

Cuando bajé al comedor, divisé a Ian que estaba sentado desayunando junto a dos de sus hombres. En cuanto se percató de mi presencia a punto estuvo de escupir lo que tenía en la boca. Se levantó con ímpetu y con la cara más roja que un tomate, parecía un perro rabioso.

—¡Espero que esto sea una broma! ¡Ve a cambiarte ahora mismo!

—No lo haré, así es como cuido yo del ganado.

Pasé por su lado y me senté a la mesa, pero lo más alejada que pude de él.

—¡Herea! —me gritó.

—Por favor, si no te importa llámame, Mérida de Esgos, así era como se dirigían a mí en el colegio para señoritas y así es como quiero que me llaméis todos a partir de ahora.

Uno de los guerreros que contemplaba la escena con asombro no pudo evitar que se le escapara una carcajada, e Ian de inmediato lo miró de una forma intimidante fulminando así su risa.

—Tienes suerte de que todavía no estemos casados mujer, y de que haya un acuerdo por medio muy serio e irrompible, porque de lo contrario te azotaría hasta que suplicaras por tu perdón.

—Pues que suerte que tengo entonces —le sonreí con sarcasmo mientras me llevaba un panecillo a la boca.

Su mirada helada y llena de resentimiento me atravesó por completo, debía tener cuidado, aquel hombre era peligroso, y puede que su paciencia no fuese infinita.

Después de desayunar, lo primero que hicimos fue dar de comer a los equinos y limpiar sus cuadras. Si aquel MacLeod pensaba que un poco de mierda de caballo me iba a intimidar lo llevaba claro.

Arremangué mi camisa y me hice con el tenedor. Poco a poco fui poniendo toda la suciedad que había en la cuadra en una carretilla de madera. Una vez que la llené, la empujé hasta el exterior y la tiré en un lateral donde apilaban el abono que después se utilizaría en los campos.

Ian no me quitaba la vista de encima, no tenía claro si era porque estaba deseando que tirara la toalla, o más bien porque estaba sufriendo porque me ensuciara su camisa. Decidí comprobarlo. Con disimulo me agaché y toqué el barro del camino para después estampar mi mano en todo el pecho. De inmediato un buen manchurrón se hizo protagonista en el blanco impoluto del atuendo.

En cuanto el guerrero se percató del desastre no tardó demasiado en hacérmelo saber.

—¡Mujer, podrías ser más cuidadosa, me encantaba esa camisa!

Conforme su reprimenda emanó de entre sus labios, los demás empleados dejaron de trabajar para prestar atención.

—Vaya, lo siento mucho —dije a la vez que me terminaba de limpiar las manos en la prenda y la dejaba inservible.

—¡Maldita seas, no quiero que vuelvas a tocar mis cosas!

—Perdóneme señor, lo mejor es que se la devuelva enseguida. —Comencé a desabotonarla hasta que se vio mi ropa interior.

—¡Hasta aquí he aguantado, mujer!

Cuando aquella mole se abalanzó hacia mí y me cargó sin ningún miramiento y esfuerzo sobre su hombro, juro que el miedo se instaló por completo en cada rincón de mi cuerpo.

—¡Fuera de aquí todo el mundo! —vociferó a sus guerreros y empleados—. ¡Fuera he dicho! No quiero ver a nadie en las cuadras ni por las inmediaciones del río.

Comenzó a andar conmigo a grandes pasos mientras yo gritaba y pataleaba sin parar, rodeó las instalaciones hasta que llegó a un llano y lo atravesó sin demora. Cuando me quise dar cuenta ya estábamos cerca de la orilla del río.

Ian se introdujo en las cristalinas pero heladas aguas del cauce, y cuando el agua le llegó a los muslos me soltó de muy malas formas haciendo que me sumergiera bajo el agua por unos segundos. El roce de aquel líquido congelado abarcando mi piel, me quemó al igual que

lo hubiesen hecho las llamas de una buena hoguera.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamé nada más salir del fondo.

—Veo que el agua fría todavía no ha aplacado tu rebeldía Herea, quizás tenga que sumergirte de nuevo —dijo mientras trataba de agarrarme.

—¡No te atrevas a tocarme, mal nacido! —Comencé a salpicarlo para que él también se empapara y probara de su propia medicina.

Entonces en un ágil movimiento me sujetó por los brazos y se sumergió conmigo.

—¡Dios, esto es horrible Ian! —Alcancé a decir nada más sacar la cabeza del agua—. ¡Para ya, en serio!

—No pararé hasta que te disculpes Herea, tu comportamiento ha sido infantil y desmedido.

—¡No me disculparé, nunca!

—¡Serás cabezota! —Apenas lo escuché, pues me sumergió de nuevo.

—Está bien, me rindo. Vamos a la orilla y me disculparé. —Conseguí decir entre zambullida y zambullida.

Él asintió y me sacó del agua. Cuando mis pies tocaron suelo firme, me di unos segundos para recomponerme, tenía la respiración agitada y el corazón me iba a doscientos. Ian se plantó frente a mí con los brazos cruzados y las piernas ligeramente abiertas esperando mi disculpa, pero es que a veces soy una cabrona, y no lo puedo evitar. Mi pie despegó del suelo tan rápido que ni yo misma me lo esperaba, y por supuesto hizo pleno entre sus piernas. El MacLeod se encogió mientras sus manos se dirigieron a la zona y una mueca de dolor apareció en su rostro.

Aquel fue el momento idóneo para correr, porque sabía que si me atrapaba estaba muerta, lo había visto en sus ojos.

Corrí como una posesa por el valle hasta que llegué a las cuadras, las rodeé y seguí corriendo hacia el castillo. Jamás en mi vida había corrido de aquella manera, pero la ocasión lo merecía con creces.

Cuando ya solo faltaban unos metros para alcanzar la entrada de Dunvengan, un tren me arrolló de tal forma que rodé por el suelo varios metros. Ian se revolcó conmigo hasta que consiguió ponerse sobre mí e inmovilizarme con su cuerpo.

Me sorprendió ver que en sus ojos no había enfado, sino más bien diversión, y creo que eso fue lo que me asustó todavía más, quién sabe lo que estaría pensando en hacerme.

—Me rindo Ian MacLeod —solté lo más calmada que pude.

—¿En serio? ¿ahora es cuando nos íbamos a divertir?

—Te pido perdón. —Y se lo pedí porque estaba atrapada y llena de barro.

Él me miró unos segundos que se me hicieron eternos, y después

desvió la vista a mis pechos, la camisa estaba completamente pegada a mi cuerpo, y mis duros pezones se marcaban exageradamente.

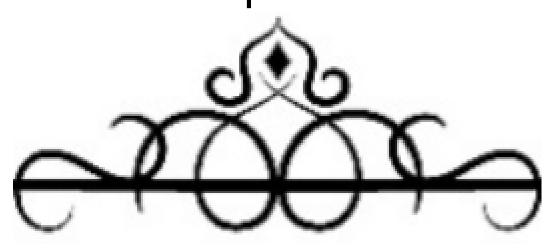
—Pensándolo bien, te sienta mejor a ti esta camisa que a mí. —Deslizó su mano por mis pechos y su tacto me hizo estremecer—. No sé qué voy a hacer contigo, pequeña salvaje. Por lo menos estoy seguro de que nuestros hijos serán auténticos guerreros.

—¿Hijos? —Lo empujé como pude para incorporarme—. ¡No tendremos hijos!

—Por supuesto que los tendremos, muchos hijos, muchísimos. Porque en cuanto seas mi esposa no saldremos del cuarto en meses. —Escuchar aquello me excitó al instante—. Y ahora entra en casa, no quiero que enfermes.

Aquello sonó como una orden, y desde luego que lo era, pero no me quedó más remedio que obedecerla, pues ya no me quedaban fuerzas para seguir discutiendo con aquel neandertal que me sacaba tres cabezas.

Capítulo 11



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

Ian MacLeod

Quizá aquella mujer estaba allí para torturarme. Cada vez estaba más seguro de que su padre había aceptado aquel trato de tan buen gusto porque a su preciosa hija —la cual había mantenido por años alejada de su morada—, no había quien la dominara.

Pero… debía de haber algo más. Braden llevaba varios años atacando nuestras tierras sin un motivo aparente, ¿por qué ahora querría una tregua? El *laird* de los MacKinnon con tal de vencernos hubiese sido capaz hasta de matar a su propio hijo, eso bien lo sabía yo, y todavía me costaba creer que hubiese aceptado el intercambio.

¿Entonces por qué entregar a su hija? Una hija cuyo comportamiento nada tenía que ver con las damas escocesas. Era algo que debía averiguar.

En cierto modo, Herea, con aquel espíritu guerrero e indomable despertaba en mí mis más íntimos deseos. La deseaba, deseaba tocar su cuerpo y poseer cada una de sus curvas bajo mi tacto. Hundirme en ella y esparcir mi semilla en su interior tantas veces como fuese necesario para saciar mis ansias, pero estaba aquel maldito contrato.

Aquellos pensamientos tan egoístas y calenturientos fueron los que me llevaron a visitar el despacho de padre.

—¿Ocurre algo, hijo mío? Pareces preocupado.

—Lo estoy, no me fio de los MacKinnon.

—¿Por qué? ¿A caso sabes algo que yo no sepa?

—Nunca han querido la paz y de pronto aceptan el matrimonio de su hija mayor conmigo, hay algo que no me convence.

—Ian, amenazamos con matar a su primogénito y heredero, ¿qué es lo que no te convence?

—Puede que solo estén ganando tiempo y que estén preparando un nuevo ataque con el que recuperar a su hija y a la vez destruirnos de una vez por todas.

—¿Y qué es lo que sugieres? —Se interesó.

—Adelantar la boda.

—Sabes hijo, me parece una muy buena idea. —Padre sacó papel y pluma de un cajón—. Les escribiré a los MacKinnon de inmediato para avisarles de que en dos días se celebrará el enlace, estén ellos presentes o no. El resto dependerá de ti, necesitamos herederos lo antes posible para afianzar la unión.

—De eso no te preocupes, tendrás tus herederos —aseguré convencido.



—¿En qué estás pensando amigo? —dijo John a la vez que me atacaba con su *claymore* y yo la esquivaba por poco—. Luchas como un niño con una espada de madera. ¿Es que acaso tu concentración se ve mermada por una fémina?

—Cállate, tanta palabrería me aburre. —Lo ataqué con fiereza y nuestras armas chocaron, momento que aproveché para darle un puñetazo en la cara con mi mano libre.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. —Se tocó el labio sangrante.

John se adelantó, y con maestría arremetió varios golpes que fui esquivando sin ningún problema hasta que la vi a ella: con aquellos pantalones ceñidos y su carcaj a la espalda. Estaba integrada entre los guerreros que contemplaban nuestro entrenamiento. Era como un rayo de sol en medio de una tormenta.

Dos golpes certeros: uno en el rostro, seguido de otro en el estómago me sacaron de mis pensamientos de forma abrupta. Me encogí por el dolor y a punto estuve de soltar mi arma, pero no podía mostrarme débil ante mis hombres. Apreté mi *claymore* con fuerza entre las manos y lancé un ataque directo. Cuando John levantó su espada para recibirlo giré sobre mí mismo, me incliné, y apoyé el filo contra su estómago dando por finalizada la pelea.

—*Touché*, amigo mío. Sigues estando en forma —John estrechó mi brazo con una gran sonrisa en el rostro, pero con la respiración entre cortada—, aunque sigo pensando que esa mujer embota tu cabeza por completo.

Giré el rostro y contemplé a Herea todavía allí plantada.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le vociferé ante mis

guerreros.

—He venido a entrenar con vosotros, ya os dije que yo no soy de las que se quedan en casa. —Herea levantó el mentón altiva.

—¿Crees siquiera que eres merecedora de entrenar junto con mis hombres? —Me acerqué a ella todavía con el arma entre mis manos mientras a mi alrededor se escuchaba alguna que otra carcajada.

Herea miró a su alrededor y su rostro se enrojeció por la ira.

—Soy mucho mejor que alguno de estos hombres. —Tuvo la osadía de señalarlos.

—¿De verdad lo crees? ¿Sabes usar una *claymore*, o una *tuagh?* —John se acercó hasta ella y le tendió su hacha para que viese de qué se trataba.

Herea la miró y la agarró entre sus manos al mismo tiempo que se vio vencida por el peso y no le quedó más remedio que apoyarla en el suelo.

—Mírate, ni siquiera puedes sujetarla. —La provoqué a consciencia.

—¡Maldito Ian MacLeod, soy mejor que nadie con el arco, y con armas pequeñas en distancias cortas! —Aquello causó las risas de mis guerreros.

—Demuéstramelo. —Hice un movimiento de cabeza a uno de mis hombres.

Rápidamente el guerrero colocó a una distancia considerable de nosotros dos balas de paja apiladas una sobre la otra, y encima de ellas tres botellas de vidrio en paralelo.

Herea frunció en ceño y se situó frente a su diana improvisada. Admiré su valentía y determinación al plantarse ante mis guerreros que la duplicaban en tamaño.

Ella levantó su arco, tiró de la cuerda y sus labios la rozaron, me pareció lo más sensual que había visto hasta entonces.

Me coloqué junto a ella y le susurré al oído:

—Puedes hacerlo, Herea. Si de verdad quieres que mis hombres te respeten esta es la forma de hacerlo, así que concéntrate.

Aquella mujer sería mi esposa, y sí ella quería formar parte del ejército no la detendría, dejaría que se ganara su sitio y el respeto de todos, pues antes o después yo seria *laird*, y ella la señora del castillo.

Herea me escuchó, pero no se volteó para mirarme, sino que respiró profundamente y siguió concentrada. La flecha salió tan rápido que apenas pude verla, solo el sonido del cristal roto me hizo saber que fue certera. Con un ágil movimiento colocó otra flecha en su arco, la cual liberó y, por último: la siguiente, haciendo pleno en todas las botellas.

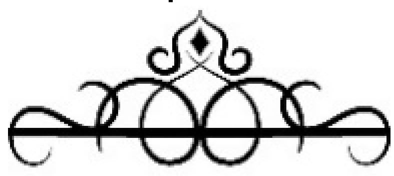
El silencio se apoderó del patio mientras mis hombres esperaban a mi reacción.

—Coge una espada a tu medida Mérida de Esgos —le señalé una tabla junto al establo donde había varias armas colocadas sobre ella. —Tu entrenamiento comienza hoy, Dougal se ocupará de ello.

Ella apenas sonrió, pero para mí fue lo suficiente como para que calentase mi interior.

—Y después de está pausa, ¿seguimos con lo nuestro John? —extendí mi *claymore* dispuesto a continuar con mi entrenamiento.

Capítulo 12



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

Dougal me sacaba por lo menos tres cabezas, era un hombre maduro, con los cabellos completamente blancos, pero un físico espectacular. Sus brazos parecían dos rocas que acompañaban un torso fuerte y de amplios hombros. Tenía los ojos verdes, y una dentadura bastante completa para su edad.

—¡Mueve los pies muchacha! Usa tu agilidad para derrotar al enemigo. Ser pequeña no te hace débil, te hace un blanco difícil y tienes que saber aprovecharlo.

—Lo intento, pero se me hace difícil esquivarte.

—¿Quién te ha dado permiso para hablarme con esa familiaridad?

—Perdone, como usted me habla…

—Yo te hablaré como vea conveniente, pero tú a mí me respetarás como a tu superior. —Conforme dijo aquello me golpeó con la parte ancha del filo de su espada en el muslo y supe que ahí pronto aparecería un moretón.

El entrene fue realmente duro y acabé muy magullada, ya me estaba arrepintiendo de haber tomado aquella decisión.

—Mañana te quiero aquí al alba, muchacha. Te enseñaré a manejar un arma pequeña y puntos clave donde insertarla y matar de forma automática a tu oponente.

Asentí, pues no tenía fuerza para más, y tras mirar de lejos a Ian que todavía seguía entrenando junto con John me dirigí hacia el castillo para darme un baño y poder descansar algo.

Mientras caminaba me pregunté a mí misma, ¿en qué momento me había convertido en una asesina? En cómo alguien podía pasar de vivir en el siglo XXI y viajar al XVII, parecía ficción, algo difícil de entender incluso para mí que lo estaba sufriendo en primera persona.

Estaba viviendo aquella aventura completamente sola, sin mis amigas, al igual que ellas también lo estarían haciendo. Se suponía

que me habían acompañado porque su presencia allí aseguraría el éxito de mi misión, pero entonces ya no estaba segura de aquello. Con ellas desaparecidas me pareció que las hice viajar para nada y me sentí ruin, un ser despreciable.

Unas lágrimas recorrieron mi rostro y las limpié rápidamente con la manga de mi camisa, no quería que nadie me viese flaquear.

—No sé por qué lloras MacKinnon, ya tienes todo lo que tus padres y tu queríais. —Frente a mí, una muy enfadada Eleonor me miraba con desagrado.

—Eleonor, no tengo tiempo para tus tonterías, estoy cansada y deseo asearme. —Pasé de largo por su lado.

—Pues tendrás que escucharme, es lo mínimo después de robarme al que iba a ser mi esposo. —Detuve el paso para mirarla a los ojos.

—¿Es que acaso estabais comprometidos?

—No, pero Ian me quiere, y yo lo quiero a él, así ha sido siempre y siempre lo va a ser.

—¿Pero no se supone que sois primos?

—¡Qué tonterías dices! Eso no importa, en las buenas familias siempre se casan entre ellos para conservar la estirpe y la pureza del linaje.

—Pues lo siento mucho, pero como sabrás esto es cosa de tu tío y de mi padre.

—Lo sé, pero de todas formas te odio. Eres una MacKinnon y eso es lo que serás siempre ante este clan, aunque te empeñes en jugar con espadas y a hacerte la valiente. Y te diré algo más, tú acabarás siendo su esposa, pero yo seré su amante, y cuando vea el momento idóneo me desharé de ti.

—¿Me estás amenazando? —Me acerqué a ella de forma intimidante.

—Eso es exactamente lo que estoy haciendo —respondió con rabia.

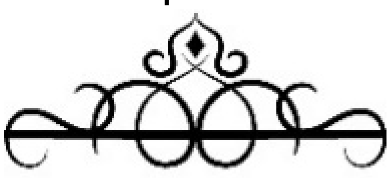
—Pues ya está todo dicho Eleonor, acabas de firmar nuestra guerra.

—Que así sea entonces. —Ella se dio la vuelta y se dirigió hacia los jardines con paso ligero y más tiesa que un palo.

¿Sería cierto que Ian y Eleonor estaban enamorados? Ciertamente no pegaban nada, ella tan estirada y refinada, y él tan peligroso como arrogante.

Lo que sí tuve claro es que debía de andarme con ojo con esa Eleonor y mantenerme en alerta, pues no sabía cuáles podrían ser sus planes para deshacerse de mí, y los conflictos en el futuro distaban mucho de los del siglo pasado, en mi tiempo como mucho podrías acabar en un juzgado, sin embargo, en este tiempo lo más probable es que acabase unos diez centímetros bajo tierra.

Capítulo 13



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

Repetí las palabras del sacerdote en gaélico lo mejor que pude mientras que Ian sonreía divertido. Sé que se estaba burlando de mí, y en nuestra propia boda, aquello solo significaba la poca seriedad que tenía aquel enlace. Desvié la vista hacia mi madre que estaba situada a pocos metros de mí junto a los demás miembros de mi familia, estaba muy seria y con los brazos cruzados sobre su pecho. Le sonreí tratando de tranquilizarla, pero ella lejos de devolverme el gesto, torció el morro en visible desagrado.

Que la boda se adelantara de aquella forma inesperada seguramente había desbaratado sus planes para poder sacarme de allí.

Solo fui consciente de que la unión había finalizado tras los aplausos y vítores de los presentes. Ian me agarró por los brazos, y tras arrastrar mi cuerpo hacia el suyo me besó para disfrute de los asistentes. Entre risas y felicitaciones al novio abandonamos la iglesia, todo el clan alababa a sus señores, pues supongo que convertir a una MacKinnon en una MacLeod era como ganar un combate, pero sin derramamientos de sangre.

El comedor estaba a reventar de invitados, las mesas adornadas con preciosos jarrones de flores naturales, y repletas de toda clase de platos tanto salados como dulces. El vino y la cerveza corrían a raudales, y ya se podía observar a más de un guerrero pasado de copas. La música sonaba sin parar, y las parejas jóvenes se animaban a bailar en la pista. Hubiese sido una gran boda y una magnífica celebración si no fuese porque todo aquello era una farsa.

Me situé en la mesa principal junto a Ian, en mi lado de la mesa estaba acomodada toda mi familia, y al otro, la familia de mi nuevo «esposo». Mi madre se sentó junto a mí y por primera vez desde que nos habíamos vuelto a ver me sonrió. Agarró mi mano bajo la mesa, y sentí que colocaba algo en ella. Desvié la vista hacia abajo con

disimulo y pude observar un pequeño tarro de cristal que contenía un líquido carmesí en su interior.

—Guárdalo —me susurró al oído—. Veneno.

Aquella última palabra que dijo me bastó para comprender lo que quería que hiciese con aquella pequeña botella de cristal; envenenar a mi esposo.

Rápidamente oculté la botella en uno de mis botines, pero con la clara idea que necesitaba pensar en un escondite mejor. Si Ian descubría que tenía aquello podría tener serios problemas, y mi familia también.

Alexander se levantó de su puesto y se acercó directamente a mí.

—¿Bailas hermanita? —preguntó extendiendo su mano, y después se dirigió a Ian—. Con el permiso de tu esposo, por supuesto.

—No necesito el permiso de mi esposo para eso. —Me levanté.

—Por supuesto que lo necesitas, mujer. —Ian me agarró del brazo con dureza.

—Suéltame MacLeod si no quieres que forme un espectáculo el día de nuestra boda. —Apreté los dientes.

—He dicho que no, o por lo menos no lo harás hasta que yo baile primero contigo.

Fui a contestar de muy malas formas, pero Alexander se adelantó:

—Herea, deberías de obedecer a tu esposo —su intensa mirada me hizo entender que era lo correcto—. Tendremos tiempo de bailar más tarde.

Asentí y me dejé llevar a la pista a regañadientes, utilicé esos escasos segundos para relajarme y no estrangular a Ian antes de tiempo. Él me rodeó con sus fuertes brazos y comenzó a moverse con soltura, la música era lenta, y no me costó demasiado seguir los pasos del guerrero que se movía con destreza.

—Herea, ahora soy tu marido, y como tal me debes respeto. Debes consultarme antes de hacer nada.

—Eres mi marido sí, y también un grandísimo idiota. —Lo pisé con toda mi mala intención clavándole el tacón duramente.

Él frunció el ceño y me apretó con más fuerza contra su duro torso, tanto que me obligó a ponerme de puntillas.

—Estás jugando con fuego Herea, y te prometo que mi paciencia no es infinita.

—La mía tampoco es infinita, y si así es como tratan a las mujeres los MacLeod, me temo señor que esto se va a poner muy feo porque no pienso dejarme mangonear.

—No sé lo que significa «mangonear», pero estoy seguro de que es un insulto, y ahora que eres de mi propiedad no creas que me temblará el pulso cuando tenga que reprenderte.

Lo miré duramente mientras trataba de tener el pico cerrado, ya

pagaría por sus amenazas, de eso estaba segura, pero no seria con veneno tal y como había sugerido mi madre. Lo mataría con mis propias manos. Una daga desgarraría su cuello y apagaría su vida a la vez que mis ojos se clavarían en los suyos mientras abandonaba este mundo.



Apenas me dejaron despedirme de mi familia, tampoco Ian me brindó de la privacidad de unas últimas palabras con mi madre a solas, fue muy cruel por su parte.

Subí las escaleras que me llevaron a mi habitación rápidamente mientras el rostro se me empapaba por las lágrimas. Cuando abrí la puerta, Loraine ya estaba en mi alcoba para ayudarme a desvestirme.

—¿Está bien señora? —me dijo nada más observar mi rostro.

—Sí, tranquila. Es solo que me hubiese gustado pasar algo más de tiempo con mi familia.

—Entiendo, pero estoy segura de que el señor permitirá que la visiten en breve cuando las cosas estén algo más calmadas.

—Loraine, agradezco tus palabras, pero me gustaría estar sola —dije recordando la pequeña botellita que todavía estaba en mi bota.

Necesitaba buscar un escondite adecuado donde nadie la encontrara.

—Señora, es que tengo órdenes de prepararla para su noche de bodas. —Ella agachó la mirada algo avergonzada.

En ese mismo instante la puerta de la habitación se abrió de forma brusca e Ian apareció ante nuestros ojos.

—Márchate Loraine, ya veo que no sabes hacer tu trabajo, yo mismo desvestiré a la señora MacLeod. —Las palabras salieron algo pastosas de la boca del guerrero.

Al escuchar aquello no pude evitar abrir de forma desmesurada los ojos, me esperaba una noche de ensueño con aquel borracho.

—Lo siento mucho señor, si necesita algo hágamelo saber. —Loraine salió disparada de la alcoba apenas sin mirarme.

Yo me quedé quieta junto a la cama con las manos entrelazadas sobre mi falda y sin saber muy bien qué hacer. Ian comenzó por desabrochar su cinturón, y lo dejó sobre la cómoda junto con su *claymore*, después desanudó el pañuelo que llevaba al cuello y siguió desabotonando su camisa lentamente mientras no me quitaba la mirada lasciva de encima. Cuando su pecho estuvo al descubierto, no pude evitar contener el aliento, aquel hombre era un pedazo de carne fibroso y bien definido que gustosamente me hubiese llevado a la boca. Su torso tenía que haber estado esculpido por ángeles, de otro

modo no podría haber sido tan perfecto.

Cuando fue a deshacerse de las botas, se tambaleó y perdió el equilibrio, hasta tal punto que por poco no cayó al suelo, haciéndolo perder el *glamour* que segundos antes me había cautivado. No pude evitar carcajearme a gusto.

—¿Qué te hace tanta gracia*, esposaaaaa*?

—Nada, creo que es mejor que yo te ayude a quitarte las botas.

—*Esooo* está mejor. Tienes que ser obediente.

Él se sentó a los pies de la cama y levantó la pierna, me acerqué hasta allí y tiré con fuerza de su bota hasta que salió, después hice lo mismo con la otra.

—Hoy es una noche de celebración, por fin nuestra boda es un hecho. —Comencé a deshacerme los nudos de mi corsé.

—Eso es, desnúdate para *mííí*, he deseado tanto este momento, tanto que hice *adelantarrrr* la boda.

—¿Ah, sí? —¡Maldito MacLeod, sabía que era un tramposo!

Me las iba a pagar de todas las formas posibles, lo tenía clarísimo. Caminé hacia un lado de la habitación donde había un bonito mueble licorero y saqué un par de copas y una botella de *whisky*. Serví el líquido ambarino en el fino cristal, y le ofrecí una copa bien llena.

—¿Cómo se brinda en gaélico Ian? Tantos años en Francia han hecho que pierda las costumbres de mi preciada Escocia.

—*¡Sláinte!*

—*¡Sláinte!* —repetí mientras me llevaba la copa a los labios y simulaba que bebía.

Ian tomó su *whisky* prácticamente de un trago, y sin apenas dejarlo pensar rellené su vaso de nuevo, después besé sus labios de una forma tierna y lo hice beber hasta que la acabó por completo por segunda vez.

—Por qué no te tumbas esposo, iré a quitarme toda esta ropa y enseguida estaré contigo. —Ian asintió, pero porque estaba segura de que aquellas alturas apenas podría hilar palabra.

Se acostó tal y como le dije y en cuanto su cabeza tocó la suavidad de aquellas abullonadas almohadas cayó en un profundo sueño. Cuando me cercioré de que no despertaría, rápidamente saqué la botellita que contenía el veneno de mi bota y busqué por la estancia donde esconderla. Después de mucho pensar la escondí bajo el asiento de la silla que tenía frente al tocador. Descosí la tela y la introduje junto a la espuma del interior. Era un buen escondite, estaba segura.

Divisé su *claymore* sobre la cómoda, y apenas sin pensar la cogí y la sostuve entre mis manos, era muchísimo más pesada que las que había usado en los entrenamientos junto a Dougal. El mango era de hierro y cuero y sobre la empuñadura se podía apreciar una piedra roja que seguramente sería de un gran valor. Con sigilo trepé a la

cama y me senté a horcajadas sobre el guerrero mientras que la espada la apoyé en un lateral junto a mi pierna. Era el momento idóneo para matarlo, lo tenía a mi merced, y a aquellas horas los guerreros estarían tan borrachos que estaba segura de que no habría una oportunidad mejor para escapar.

Empuñé la *claymore*, y la puse directamente sobre el centro de su pecho, para poderlo hacer tuve que ponerme de pie debido a lo larga que era la hoja. Solo tenía que dejar caer mi peso sobre el arma y gracias a lo afilada que estaba atravesaría el cuerpo de Ian con facilidad, sería fácil y rápido.

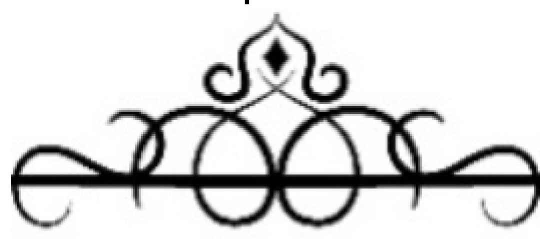
Su rostro se veía tranquilo, era bello, de facciones duras y varoniles, pero demasiado hermoso y atractivo. Entonces murmuró algo y me sobresaltó, eso me hizo apartar el arma y dejarla de nuevo sobre la cama. Me incliné sobre él para escuchar sus palabras y apenas entendí mi nombre entre ellas.

Como atraída por el aroma a madera y *whisky* que desprendía su ser no pude evitar besarlo, esta vez con ternura, y él en un momento de lucidez me devolvió el beso mientras atrapaba mi trasero entre sus manos y presionaba mi sexo contra su gran miembro erecto.

No podía matarlo, aquel sería mi castigo, permanecer junto aquel hombre odioso que trastornaba todo mi ser y sembraba la lujuria por donde sus dedos pasaban.

Poco a poco me levanté para no despertarlo, agarré una cobija del armario y me tumbé en un incómodo diván donde pensaba pasar la noche, lejos de aquel hombre al cual no soportaba, pero que a la vez despertaba en mí mis deseos más lascivos.

Capítulo 14



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

Ian MacLeod

Desperté con un horrible e intenso dolor de cabeza, estaba tumbado en mi lecho, y apenas recordaba cómo había llegado hasta allí. Me desperecé entre las sábanas y mi mano tocó algo frío y duro que me desconcertó. Al incorporarme me di cuente de que se trataba de mi claymore. ¿Qué hacía en el lecho? ¿Es que acaso Herea había intentado matarme con ella? Podía esperar cualquier cosa de aquella endiablada mujer.

Puede que tan solo pensase que si la dejaba allí yo entendería que ella podría haberme matado y que no lo había hecho. ¿Y dónde demonios estaba ella?

Mi gran noche de bodas desde luego no había sido lo que yo esperaba, y todo gracias a mí, no tendría que haber bebido tanto.

Me vestí con premura y bajé en busca de mi esposa. Tras buscarla en el comedor, me dirigí a la sala que usaban las mujeres para tomar el té. Allí encontré a madre y a Eleonor.

—Buenos días, señoras ¿han visto a Herea?

—¿A esa salvaje? Pues la verdad es que no, y tampoco la quiero ver —contestó Eleonor de muy malas formas.

—Eleonor, ella ahora es mi esposa y miembro de esta familia, así que te pido que la trates con respeto —la reprendí.

—La trataré como me venga en gana. La odio, y a ti también. Pensaba que me darías algún tipo de explicación, pero ya veo que no será así.

—No te debo explicación alguna, tú y yo nunca hemos sido nada más que primos, y ya estoy harto de tu comportamiento infantil —le

grité.

—Hijo por favor, no te alteres. —Madre trató de apaciguar las aguas y la miré duramente para que cesara en ello.

—Mañana saldrá uno de nuestros barcos hacia Inglaterra y tú iras en él —la señalé—, te escoltarán un grupo de hombres y te dejarán en el puerto de Ord, una vez allí cogerás una carreta y volverás a casa con tu madre. Ya llevas demasiado tiempo acomodada en este castillo, prima.

—Tranquilo, comenzaré hoy mismo a recoger mis cosas —gritó mientras lloraba y se abrazaba a madre.

—Perfecto, cuanto antes mejor —dicho esto abandoné la sala y me dirigí al exterior del castillo con un humor de perros que no me dejaba apenas pensar.

De lejos divisé a Herea, estaba entrenando junto a Dougal en el patio cerca de las caballerizas, aquello me enfureció todavía más.

—¡Espada! —grité a Dougal una vez que me situé frente a ellos.

Este me lanzó la suya bajo la mirada de sorpresa de Herea. Conforme la atrapé entre mis manos le lancé un ataque, ella lo esquivó lo mejor que pudo he izo que chocaran nuestras armas. Lejos de amedrentarse se defendió con un estacazo lleno de furia que yo aplaqué con mi *claymore.*

—¿Eso es todo mujer? Enséñame lo que has aprendido. Quiero pensar que no pierdes tu tiempo con Dougal

—¡Por su puesto que no lo pierdo!

Herea se movió con destreza y el contorno de su cuerpo con aquellos pantalones del demonio me hicieron desconcentrar. Momento que ella aprovechó para atacarme con su fina, pero ligera arma, y desgarrarme la camisa.

—Pagarás por esto, estas acabando con todas mis camisas, mujer.

Ella sonrió, y mi corazón se saltó un par de latidos, realmente me tenía idiotizado. Mientras estábamos enfrascados en lo nuestro, un jinete llegó a toda prisa hasta las inmediaciones, desmontó de un ágil salto y vino hasta mí con cara de preocupación.

—Señor, me temo que traigo malas noticias.

—Dígame, ¿de qué se trata?

—Han incendiado uno de sus barcos en el puerto de Ord.

—¡¿Qué?! ¿Cuál de ellos?

—El Victorian Crain.

—¡Maldición! ¿Sabemos quién ha sido?

—No señor, pero en el puerto se ha armado un gran revuelo, todavía no han conseguido apagar el incendio.

—Está bien, saldré de inmediato para allá. Dougal avisa a mi padre, mientras, reuniré a unos cuantos hombres, partiremos de inmediato.

—Por supuesto. —Dougal desapareció en busca del *laird* del castillo.

Herea me miraba en silencio.

—Deberías de entrar en casa Herea, ya continuaremos con lo nuestro más tarde.

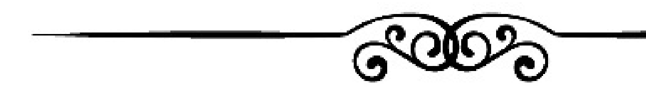
—Ni hablar, te acompañaré.

—No quiero discutir contigo mujer.

—Y no lo harás, como bien has dicho soy tu mujer e iré a donde quiera que vayas, no me quedaré en casa esperando noticias.

Me gustó escuchar de sus labios que era mi esposa y que me acompañaría, me pareció algo admirable y valiente.

—Está bien, prepara tu montura Mérida de Esgos, saldremos enseguida.



—Debería acompañarte, hijo.

—No padre, es mejor que te quedes, podría ser una trampa.

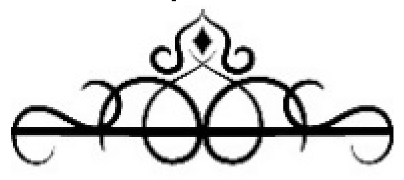
—¿Crees que han sido los MacKinnon? —Padre miró a Herea que estaba montada en su caballo.

—No lo sé, pero si han roto el tratado habrá represalias.

—Confío en ti, sé qué harás lo correcto. —El *laird* agarró mi mano por el antebrazo como despedida.

Monté a mi caballo y comencé la marcha seguido por: mi esposa, John, y más de una veintena de hombres. En otra ocasión no hubiese reunido una cantidad tan importante de guerreros dejando el castillo menos protegido, pero temía por mi esposa y no dejaría que le ocurriese nada, ni mucho menos que intentasen alejarla de mí sin plantear batalla.

Capítulo 15



Isla de Skye, Escocia.
Puerto de Ord, año 1612

La imagen de aquella gran embarcación ardiendo en medio del mar fue una escena digna de ver. Pese a que estábamos a unos cuantos metros de allí, el calor que desprendía las enormes llamas que devoraban lo que habría sido una gran y hermosa embarcación, llegaban hasta mi cuerpo calentándolo por completo.

Aquello era insalvable, por desgracia en aquel siglo no tenían los medios adecuados como para sofocar un incendio de tal magnitud. Ian se quedó mirando al horizonte con el ceño fruncido y la tensión instalada en su semblante, y no pude evitar sentir pesar por él.

—Lo siento mucho Ian, espero que no hayáis perdido mucha carga.

—Por suerte estaba vacío, pero la embarcación en sí supone un capital muy elevado, además de que mañana salía un cargamento de *whisky* muy importante hasta Inglaterra. Ahora tendremos que hacerlo en otro navío de menor envergadura, y eso nos hará perder semanas.

—Lo importante es que estáis todos bien, y que no ha habido heridos.

—Herea, diez de mis hombres estaban a bordo, y todavía no tenemos noticias de que haya sobrevivido ninguno.

—¡Señor! —vociferó John desde la orilla del muelle. Hemos encontrado a dos hombres con vida.

Rápidamente Ian se acercó hasta allí mientras yo lo observaba desde lo alto de mi montura. Un pequeño bote que iba a la deriva con dos hombres en su interior los cuales no identifiqué en aquel momento —ya que iban tapados con una capucha—, se acercaban hasta ellos mientras pedían auxilio a la vez que agitaban las manos de una forma exagerada.

Por un momento pensé que algo no andaba bien y rápidamente desanudé mi arco de la montura y cargué una de mis flechas en él.

De pronto, y de la nada, aparecieron varios guerreros armados que rodearon a Ian, a John y a otros dos hombres que se encontraban a la orilla. Sin pensarlo disparé al que más cerca se encontraba de mi esposo, y este cayó laxo al suelo. Ian me miró y tras asentir con agradecimiento sacó su *claymore* y comenzó la batalla. Los demás guerreros de nuestro clan se unieron a su señor, pero estaba claro que estábamos en desventaja frente al enemigo ya que nos superaban por unas cuantas cabezas en número. Desde mi caballo seguí disparando y derrotando a varios de los atacantes hasta que caí en la cuenta de que podrían formar parte del ejército de mi familia. ¿Y si todo aquello lo habían ideado para salvarme?

Bajé de mi montura y al acercarme no distinguí ninguno de los tartanes, pero eso también podría ser una estrategia de despiste. Entonces un hombre que me sacaba al menos tres cabezas trató de alcanzarme con su espada, de una forma automática —y fruto de los entrenamientos con Dougal—, me incliné hacia atrás evadiendo por poco la hoja de su arma, pasó tan cerca de mi barbilla que pude notar la brisa de esta en el rostro.

Saqué mi *claymore* del cinturón, y la sujeté firmemente con mis dos manos. Él hombre sonrió altanero —cosa que me agradó—, que menospreciara mi capacidad para luchar y se sintiera vencedor me daría la ventaja de la sorpresa. Adelanté una pierna y lancé el primer ataque. Él lo esquivó y trató de alcanzarme de nuevo, pero cuando mi arma y la suya chocaron, del impacto caí hacia atrás quedándome boca arriba en el suelo. Fue en ese momento en el que el hombre se inclinó hacia mí confiado para poner fin a mi vida, en el que aproveché para sacar un pequeño cuchillo que llevaba en la bota y tras un ágil movimiento que lo desconcertó, le rebané el cuello de un solo tajo.

El guerrero cayó sobre mis piernas y su peso me inmovilizó, noté como un líquido caliente traspasaba mi ropa dejándome en *shock*. Por unos segundos la batalla continuaba ante mí como a cámara lenta, los sonidos de las espadas y los gritos de los hombres se instalaron en mi cabeza tan profundo que sentía que de un momento a otro iba a desvanecer.

Entonces alguien dijo mi nombre mientras tiraba de mí. Sus brazos me rodearon y me sacaron de debajo de aquel cuerpo inerte que manchaba mi ropa con su sangre.

—Vamos pequeña, reacciona. —Sentí sus cálidas manos en mi barbilla. —Tenemos que escapar o estamos muertos.

Por fin reconocí la voz de Ian, y mi vista poco a poco fue centrándose. Estaba inclinado junto a mí, y su rostro demostraba verdadera preocupación. Un gruñido me puso en alerta, y antes de que pudiese emitir palabra alguien golpeó a Ian en la cabeza dejándolo

medio aturdido en el suelo.

Todos mis sentidos espabilaron casi al mismo tiempo, mi primer instinto fue correr en busca de mi arco que estaba a pocos metros de mí, me deslicé por el suelo, lo agarré y cargué una flecha, enfoqué y disparé al hombre que estaba a punto de atravesar a Ian con su *claymore*.

Mi caballo, por suerte estaba cerca así que en una pequeña carrera lo alcancé y lo conduje de las riendas hasta donde se encontraba Ian incorporándose. De su cabeza emanaba un hilo de sangre que le caía por un lateral del rostro.

—¿Estás bien? —pregunté mientras rozaba su mejilla.

—Perfectamente. — Ian subió al caballo y después me ofreció su mano para que yo también lo hiciera.

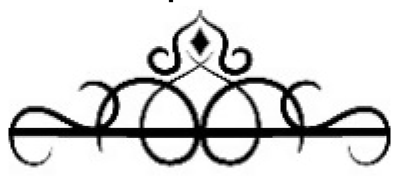
Me acomodé tras él, y pasé mis manos por su cintura

Ian miró a su alrededor y pudo comprobar como las fuerzas de sus hombres mermaban por momentos.

—¡Retirada! —gritó bien alto—. ¡Replegaos!

Conforme ordenó aquello, sus guerreros comenzaron a huir y a replegarse. Ian espoleó al caballo y en segundos nos comenzamos a alejar de aquel bullicio en dirección al castillo, entonces fue cuando sentí un dolor inmenso en el omóplato. Algo duro impactó contra mí de una forma brutal, y un latigazo traspasó todo mi cuerpo. Un grito escapó de entre mis labios, y sentí como mis brazos se aflojaban casi al instante…

Capítulo 16



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

Ian MacLeod

Cuando nuestro médico de confianza sacó la flecha de su espalda, Herea despertó al instante y sus gritos traspasaron mi alma. Me miró con lágrimas en los ojos y extendió su mano para que se la agarrara, pero antes de que pudiese hacerlo volvió a caer en la inconsciencia.

—Se recuperará ¿verdad?

—Puede estar tranquilo señor, es una mujer joven y fuerte —contestó mientras cosía sus heridas.

Di gracias porque Herea permaneciese inconsciente, o de otro modo no podría soportar su dolor, prefería con creces que la flecha hubiese atravesado mi cuerpo en vez del suyo.

Una vez que el médico terminó su trabajo me dejó a solas con mi esposa. Se la veía tan vulnerable. Su rostro había perdido el color sonrosado que la caracterizaba, y bajo sus ojos unas profundas ojeras amoratadas destacaban en demasía.

Rocé su mejilla y pronuncié su nombre:

—Herea… —pero no despertó.

Cogí un paño de algodón mojado con agua tibia que estaba dentro de una tina junto su cama y lo puse en su frente, después lo pasé por su cuello y su escote. Ella se revolvió y un quejido salió de su interior, pestañeó un par de veces y frunció el ceño en un gesto de dolor mientras suspiraba profundamente.

—Me duele todo, Ian.

—Lo sé preciosa, pero lo único que importa es que estás bien. Tus heridas mejorarán.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien te disparó una flecha mientras huíamos y te alcanzó por la espalda, la suerte es que te atravesó y pudimos sacarla sin

ocasionar mayor daño.

—Pues menos mal, me duele hasta al respirar. —Trató de incorporarse, pero yo se lo impedí.

—No debes moverte, te acaban de coser y la herida está muy reciente, debes reposar. Llamaré a Loraine para que te traiga un caldo caliente, te sentará bien.

—No te vayas Ian, no me dejes.

—No podría dejarte, aunque quisiera, mi pequeña rebelde. —Le sonreí tratando de transmitirle una calma que no tenía—. Me quedaré junto a ti hasta que tú me pidas que me marche.

La besé con cuidado en los labios y me recosté junto a ella, mientras sentía que una nueva sensación me invadía por completo; la necesidad de cuidarla y protegerla más allá de los deberes maritales. Aquello era algo puro y genuino, era real.

Y de pronto me sentí vulnerable, el pensar que pudiese haberla perdido me atormentó.



—¿Cómo se encuentra tu esposa?

—Está bien, padre, Loraine está con ella. Se recuperará.

—Me alegra oír eso. —Padre se levantó de su asiento y me abrazó. —Mataremos a los culpables.

—Fue su propio padre —aseguré.

—¿Estás seguro?

—Yo mismo vi a uno de sus secuaces entre los guerreros que nos atacaron. No llevaban los colores de los MacKinnon, pero sé que eran ellos.

—¡Maldito Braden! No respeta ni a su propia hija, prefiere verla muerta a convertida en una MacLeod. Se acabó, terminaremos con ellos de una vez por todas.

—Estoy de acuerdo padre, no podemos seguir en guerra constantemente.

—Mandaré una misiva al clan Harris, y aceptaré la propuesta de matrimonio con tu prima Eleonor a cambio de su apoyo contra los Mackinnon.

—¿Y qué dirá tu hermana?

—Ella me dejó a cargo de Eleonor cuando su padre murió hijo, es mi deber buscarle un buen futuro y un esposo adecuado. Barclay Harris es un buen hombre y un buen *laird.*

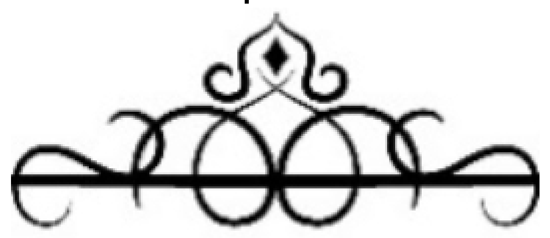
—Lo sé, lo conozco desde hace años.

—Además tiene dos niñas preciosas que necesitan de una madre

cariñosa, y a Eleonor le encantan los niños.

—Perfecto, mientras tanto iré a entrenar con los hombres, así cuando se nos unan los Harris estaremos listos.

Capítulo 17



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

No soportaba más el encierro y la convalecencia, necesitaba respirar aire puro, caminar, y sobre todas las cosas saber que se estaba tramando en el clan. Desde el ventanuco de mi habitación había podido observar durante aquellas tres semanas el movimiento sistemático de los miembros del clan por sus inmediaciones. Los guerreros hacían jornadas intensas de entrenamiento, y cargaban pesados baúles de un lado para el otro. Imaginé que podrían ser armas, y que estaban planeando una guerra.

Algo no me estaban contando, y pensaba averiguarlo. Ian apenas me había visitado, y estaba segura de que algo tenía que ver con aquello.

Loraine entró en la estancia sin avisar, y como cada día llevaba una bandeja cargada con mi desayuno.

—¿Qué hace levantada señora? Ya sabe que el señor, no quiere que haga ningún esfuerzo.

—Se acabó, voy a bajar. Si me quedo un día más aquí acabaré trastornada. Ayúdame a vestirme —ordené.

—Pero… —clavé mi mirada llena de rabia sobre ella. —De acuerdo, le buscaré un vestido que no pese demasiado.

Cuando estuve lista bajé a la terraza de interior donde toda la familia estaba desayunando al completo. Aquella zona parecía un invernadero, estaba llena de plantas, y por unas enormes cristaleras entraban los rayos de sol a raudales. Era como si el clima se hubiese puesto de acuerdo conmigo para que abandonase la estancia, durante las semanas de encierro estuvo lloviendo a mares.

En cuanto Ian me divisó, su rostro cambió por completo, no supe muy bien descifrar sus gestos, pues parecía el rostro de un niño al que

han pillado en una travesura. Al clan MacLeod se les había unido un rostro desconocido a la mesa, uno que no había visto antes.

Era un hombre pelirrojo, con una barba bien tupida que lo hacía atractivo, y unos ojos verdes muy expresivos. Llevaba el pelo recogido en una coleta, e iba vestido con una ropa tradicional muy elegante. Por su porte supuse que era alguien importante. El caballero me sonrió con sus dientes perfectos y se levantó a la vez que lo hacían los demás caballeros para saludarme.

—Señor Harris déjeme que le presente a mí esposa. —Ian alargó su mano hacia mí en un gesto que me indicó que debía aproximarme y así lo hice.

—Tenía muchas ganas de conocerla, señora MacLeod. —El hombre agarró mi mano y besó el dorso—. Pero, quizás debería de llamarla Mérida de Esgos, así es como la llaman los guerreros de su clan. Tengo entendido que es una gran arquera, ¿cierto?

Fui a contestar, pero Ian se adelantó.

—Así es Barclay, Mérida salvó mi vida y la de muchos de mis hombres en una emboscada.

—Encantada de conocerlo señor Harris, pero no es para tanto, como sabrá resulté herida y…

—No reduzcas tu mérito querida nuera —intervino el *laird*—, fuiste muy valiente, y es sorprendente ver como te has recuperado después de semejante herida.

—Sí, es sorprendente que te recuperaras realmente pensaba que morirías, suerte que no lo hicieras —comentó Eleonor con desprecio en su rostro.

—Pero siéntate querida, debes de tener hambre. —sugirió Judith intentando que las palabras de su sobrina pasaran por desapercibidas.

Una vez acomodados comencé a desayunar mientras escuchaba a los hombres conversar de cargamentos de *whisky* y futuras empresas que podrían llevar a cabo. Había algo que se me escapaba, pero ¿el qué? El señor Harris no estaba allí tan solo por el *whisky*. Permanecí en silencio tratando de hilar su conversación en mi mente y encontrar algún sentido hasta que escuché lo suficiente.

—Mañana llegarán gran parte de mis hombres, y en tres días se unirán el resto.

—¿Para qué? —pregunté como si nada—. ¿Es que acaso formamos un ejército?

Barclay Harrys sonrió y miró de soslayo a Braden y a Ian esperando a que ellos contestasen a mí pregunta.

—Eso no te incumbe, mujer. Tú solo debes pensar en recuperarte por completo, el resto déjanoslo a nosotros —contestó Ian de muy malas formas—. Señores, creo que es mejor que continuemos con esta conversación en el despacho del *laird*.

—Estoy de acuerdo, hijo. No estropeemos la tranquilidad del desayuno de estas mujeres. —Se levantó Braden.

Los tres hombres se despidieron con cortesía y se pusieron en marcha.

—¿Qué me ocultas Ian MacLeod? —Alcancé a preguntarle mientras salía por la puerta. Él me miró intenso y se largó sin responder mis dudas.

—Te oculta mi matrimonio con Barclay Harris.

—¡Eleonor! —la reprendió Judith.

—Qué importa, antes o después se tenía que enterar y prefiero ser yo la que se lo diga. Quiero disfrutar con ello.

—Habla de una vez. —Me levanté y apoyé las manos sobre la mesa de forma intimidante.

—No creas que me asustas «gran guerrera» —escupió con desprecio—. Me obligan a casarme con él para disponer de su ejército, que por lo visto es muy numeroso. Con Barclay Harrys de su parte exterminarán de una vez por todas a tu familia, pronto los MacKinnon solo serán un vago recuerdo en la isla de Skye.

—¡No puede ser! Han firmado un acuerdo de paz, por eso me casé con Ian.

—Tu familia rompió ese acuerdo cuando quemaron nuestro barco y casi matan a nuestros hombres incluyéndote a ti —habló Judith.

—Pero eso es imposible. No fueron ellos, no me harían daño.

—¿Estás segura de ello? —se burló Eleonor—. Te recuerdo que te has criado lejos de tu clan, ¿por qué ibas a importarles?

Por unos segundos me quedé sin palabras, no entendía nada, pero Eleonor podría tener razón ¿Por qué iba a importarles? Apenas los conocía, no tenía ese vínculo de la crianza que tenían con mis hermanos, puede que no les importase que yo falleciese, pero a mi si me importaban mis hermanos. Alexander y Shophie, no podía dejar que les pasara nada, debía de ponerlos en sobre aviso.

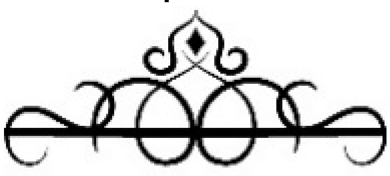
—Por lo menos me consuela saber que mi boda te hará tan desdichada a ti como me lo hará a mí.

—Pobre Barclay, lo que le espera con una serpiente venenosa como tú. —La señalé—. A diferencia de ti Eleonor, no te deseo ningún mal, y espero que seáis muy felices, pero lejos de este castillo por supuesto, y cuando todo esto se arregle me ocuparé de que no vuelvas a poner un pie en está casa.

Me di la vuelta y abandoné la estancia con la clara intención de hablar con Ian con urgencia.

Sí mi destino era quedarme en aquella época, y resultaba que no podía regresar, me ocuparía de que aquella venenosa estuviese alejada de mí y de Ian por siempre.

Capítulo 18



Thurso, en las Highlands de Escocia, año 1612

Zeltia

—Por favor, te prometo que te obedeceré en todo.

—No digas cosas que no puedas cumplir *sassenach.*

—Lo cumpliré. Iremos en carro, y pararemos a descansar todas las veces que sea necesario, pero por favor, Oscuro, llévame a la Isla de Skye. Necesito saber de ellas, la incertidumbre me está matando.

—En tu estado sería peligroso, no arriesgaré la vida de nuestro hijo. —Robertson colocó sus grandes manos sobre mi vientre.

—Calculo que debo de estar de unos cuatro meses, y estoy genial. Los mareos del principio ya pasaron, y me siento fuerte. Además, si no me llevas me escaparé. Tú eliges. —Me crucé de brazos.

—¿No serias capaz?

—Sabes que sí.

—Te pondré escolta de día y de noche.

—¡Maldito demonio! —Busqué a mi alrededor, y le lancé un libro que estaba sobre su mesa.

Él lo esquivó como si nada y me miró con esa sonrisita maliciosa que tanto me gustaba. Busqué otra cosa que lanzar, había tantísimos cachivaches en su despacho que poder usar como proyectil que me costó decidirme. Al fin opté por un sello que parecía muy pesado y caro.

—¡No *boireannaich,* eso era de mi abuelo!

Emití un gruñido rabioso, tenía ganas de partirle la crisma, pero necesitaba otra cosa de menor valor sentimental. Dejé el sello sobre la mesa de nuevo y le lancé un abrecartas que estaba justo al lado, pero él como siempre lo esquivó.

—¡Te odio!

—No, claro que no, Bruja de pelo rojo. —Se acercó a mí lentamente—. No puedes odiarme porque me amas, al igual que te

amo yo.

Se atrevió a agarrarme por la cintura y unir sus labios contra los míos en un intenso beso que aplacó algo mi ira. Sus manos se deslizaron hasta mi trasero, y lo amasaron con intensidad.

—Oh *sassenach*, no sabes cuanto te deseo ahora mismo.

—Ya veo —contesté al notar la dureza de entre sus piernas presionando contra mi cuerpo.

Sus besos se trasladaron a mi cuello, y una de sus manos buscó la protuberancia de mis pechos entonces todavía más llenos por el embarazo. Sentí que un calor inmenso se apoderaba de mí por completo, literalmente estaba en llamas, entonces caí en su treta.

—No creas que el sexo arregla esto Robertson —le aclaré mientras lo empujaba—, no volveré a yacer contigo hasta que me complazcas.

—¡Dios, qué testaruda eres, mujer! Si yo lo que quiero es complacerte.

—Así no.

Abrí la puerta del despacho y anduve por el largo pasillo que me condujo hasta las escaleras mientras Robertson me seguía de cerca, las bajé, y seguí andando hasta el exterior. Afuera me esperaba un carro en la puerta.

—¿A dónde te crees que vas? —me retuvo por el brazo.

—A ver a tu hermana, estoy harta de estar en estas cuatro paredes, ¡no soy un mueble!

—¿Al clan MacKenzie? ¿Y sin mí?

—Voy con Flora y con Leonor, bajarán enseguida.

—Leonor es una mujer recién casada, ¿estas segura de que a Ronal le parece bien?

—Pregúntaselo tú mismo, por ahí vienen.

—¡Dios *sassenach*, no puedo contigo! Está bien, te llevaré a Skye.

—¿De verdad?

—Sí, pero se hará como yo diga.

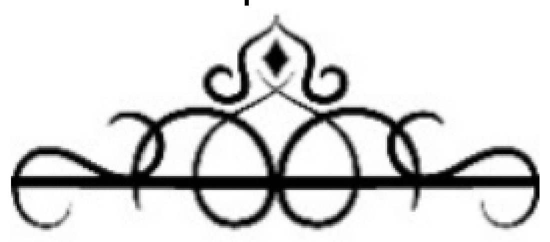
—¡Ay Oscuro, sabía que me llevarías! —Lo abracé eufórica—. ¿Y cuándo será eso?

—Necesito al menos tres días para organizarme.

—Prometo que seré paciente.

—No prometas algo que no puedes cumplir *boireannaih*, ya te lo he dicho.

Capítulo 19



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

Encontré a Ian sentado sobre una roca con la mirada perdida en del río que se mostraba agitado ante él. Las lluvias de aquellas semanas lo habían hecho crecer, y un gran afluente de agua descendía por su cauce. Caminar hasta aquella zona rocosa atravesando el valle me supuso un gran esfuerzo y me hizo sudar ya que todavía sentía un dolor punzante en mi hombro.

—Por fin te encuentro, parece que has estado esquivándome demasiado tiempo. —Ian se volteó para mirarme tranquilamente, como si me hubiese estado esperando.

—Es cierto que te esquivo Herea, pero porque vas a querer preguntarme cosas que yo no quiero responder.

—Lo sé todo.

—¿Qué sabes? —interpeló intrigado.

—Sé que pretendes acabar con mi clan con la ayuda de Harris, por eso él está aquí.

—Así es, Herea. Ya está decidido.

—Por favor no lo hagas, te lo ruego. —Me acerqué a él y lo agarré por las manos mientras sentía que mis lágrimas se derramaban.

—Herea, tu familia te atacó. Fueron ellos los que te hicieron eso. —Señaló mi hombro—. Tu padre es un ser despreciable, te contaré algo que no sabes. Él mismo mató a su propio padre para ocupar su puesto como jefe del clan. A Braden no le importa nada ni nadie, no es como tú crees.

Escuchar aquello me sorprendió, ¿quién es su sano juicio podría matar a su propio padre?

—Pero mi madre y mis hermanos… Ellos no tienen la culpa.

—Te prometo que ellos no sufrirán mal alguno, y si tu hermano

demuestra ser diferente lo dejaremos gobernar a su clan y se firmará un nuevo tratado, pero tu padre debe morir. —Sentenció.

¿Qué podía hacer yo ante aquello? Debía escapar, ayudarlos. Ellos seguramente estaban buscando a Amara y a Zeltia por petición mía desconocedores de que pronto les caería todo un ejército encima. Debía de buscar la forma de avisarlos.

—Lo entiendo —Mentí—, pero me gustaría acompañarte hasta allí. Necesito asegurarme de que cumplirás tu promesa.

—Está bien, pero te quedarás donde yo te diga. Te quiero lejos de la batalla.

Me resultó extraño que accediera tan fácilmente a mi petición, puede que ya estuviese harto de pelear contra mi cabezonería.

—Gracias. —Le sonreí tímidamente.

Él se mordió el labio inferior y reprimió una sonrisa en un gesto que me pareció encantador. El viento sopló de pronto despeinando mi cabello, e Ian me colocó un mechón tras la oreja, al hacerlo, el tacto cálido de sus dedos me abrasó por completo.

Que fácil hubiese sido amar a aquel hombre en cualquier otra situación, que fácil hubiese sido sucumbir al deseo que invadía mi interior. A esas llamas descontroladas que ardían sin control calentando mi cuerpo cada vez que él estaba cerca. Sentía la necesidad de hacerlo mío, de devorarlo por completo hasta saciar mi hambre. ¿Y por qué no hacerlo? ¿Por qué no dejar de pensar…? Quién sabe si después de todo regresaría a mi hogar y aquello se vería como una lejana pesadilla.



No podía dormir, hacía horas que ya estaba metida bajo las sábanas y el sueño se negaba a invadirme. La oscuridad apenas estaba iluminada por una vela que amenazaba con extinguirse. No podía dejar de pensar en Ian, ¿por qué no acudía a mi cama? ¿Es que acaso ya no le interesaba? Desde la noche de bodas no había dormido ni una sola vez más conmigo, ni siquiera lo había intentado.

Decidí ir a buscarlo y hablar con él. Bajé de la cama y me puse una bata por encima. Deambulé por la casa intentando averiguar en cual de todas aquellas habitaciones podría estar durmiendo.

Una luz al final del pasillo llamó mi atención, así que me dirigí hacia ella para averiguar de quién se trataba. La puerta del despacho de Ian estaba entornada, y desde su interior emanaba la luz intermitente que me había llevado hasta allí.

Abrí con sigilo, pero la puerta crujió con el movimiento de esta

despertando a Ian que se había quedado dormido sobre su mesa en una posición bastante incómoda.

—¿Pasa algo Herea? —me preguntó mientras hacía movimientos laterales con la cabeza para estirar su cuello.

—No, nada, solo que no conseguía dormirme y pensé en que podías estar despierto.

—Es tarde, deberías de irte a descansar. —Se levantó y cogió el único candelabro que estaba prendido. —Vamos te acompañaré.

Seguí a Ian en silencio hasta la puerta de mi habitación esperando a que dijera algo, pero eso no fue lo que ocurrió.

—¿Duermes en tu despacho?

—Buenas noches, pequeña rebelde. —Depositó un tierno beso en mi mejilla como despedida.

—Espera, no te vayas. —Lo sujeté por el brazo, y sus ojos se clavaron en mí con intensidad. —Esta es tu habitación Ian, ¿por qué no duermes aquí?

—Herea, ¿qué deseas? —su rostro se endureció, me recordó al Ian que me asustó e intimidó la primera vez que lo vi.

—Yo…

—¿Crees que puedo dormir a tu lado simplemente? No dejaré que me rechaces de nuevo, mujer. —Él se acercó tanto a mí que empujó mi cuerpo contra la puerta, colocó sus brazos sobre los laterales de mi cabeza, y acercó su boca a la mía—. Eres mi esposa y podría obligarte a yacer conmigo, pero no es mi estilo. Si quieres que cumpla con mis obligaciones maritales tendrás que pedírmelo.

Sus labios rozaron los míos, y con aquella caricia se llevó gran parte del oxígeno que inundaban mis pulmones.

Se dio la vuelta para marcharse y mi corazón comenzó a palpitar con intensidad. No deseaba que se fuera, lo quería entre mis piernas. Necesitaba que se hundiese en mí con intensidad hasta que me hiciese olvidar mi nombre.

—No te rechazaré Ian MacLeod. Te deseo, te deseo como nunca antes había deseado a alguien.

Él volteó para mirarme y sus ojos cargados de peligro me excitaron por completo. Tenía la misma mirada que un jaguar que ha divisado a su presa.

Se abalanzó a mi boca, y sus manos recorrieron con ímpetu mi cuerpo. La pasión que desprendía y la dureza de su cuerpo pegado al mío despertaron a la mismísima reina afrodita que hasta entonces había estado dormida. Mis manos incontroladas arrancaron los botones de su camisa dejando un torso que parecía esculpido en piedra a la vista.

—Pagarás por esto también, pequeña rebelde. Ya van tres camisas con esta.

—Estoy deseando saber cual será mi castigo —susurré entre sus labios.

Ian me cargó entre sus brazos con energía y me llevó hasta el interior de la habitación. Una vez dentro, y frente a mí mientras nuestros ojos se devoraban, deslizó mi bata por mis hombros y dejó que cayera al suelo, luego se agachó para coger el bajo de mi camisón, y tiró de el hacia arriba hasta que me lo quitó por completo dejando mi cuerpo desnudo ante él, que me miraba con detenimiento.

No pude evitar llevarme las manos al pecho para cubrírmelos ante tal exhausto escrutinio.

—No vuelvas a hacer eso, mujer. No quiero que te cubras ante mí. Te prometo que te miro así porque pareces una diosa salida del mismo cielo para torturarme.

No pude evitar sonreír ante aquel comentario.

Ian me atrapó entre sus brazos y cubrió mis pechos con sus manos, los masajeó y succionó haciendo que todo mi cuerpo entrara en un calor abrasador. Entre besos y caricias nos deshicimos de su ropa, y por fin pude ver su gran erección. Cuando mis manos se posaron en ella y comprobé su envergadura, mi deseo se incrementó por momentos deseosa por que se anidara en mi interior.

Ian me tumbó con delicadeza sobre la cama, todo su cuerpo temblaba y ardía como el mismo infierno. Se estaba conteniendo, estaba segura. Quería ser tierno y delicado conmigo, y yo deseaba al guerrero.

—Ian, deja que me ponga arriba.

Bajo su mirada de asombro rodé sobre él sin esperar respuesta y me puse a horcajadas. Con cuidado tomé su miembro entre mis manos y lo puse en la abertura de mi sexo. Ian sujetó mis caderas y las presionó ligeramente para introducirse en mí lentamente, pero yo deseosa de esa plenitud no pude hacer otra cosa que dejarme caer con brusquedad. Un jadeo de placer salió de la boca de mi amante, y aquello fue la señal para que mis movimientos comenzaran. Galopé a mi guerrero, primero lento y profundo, y después tan intenso que hasta me temblaban las piernas. Sentí que todo el calor se acumulaba de golpe para ser liberado, y mientras Ian masajeaba mis pechos me dejé ir a la vez que lo demostraba con mis jadeos intensos.

—Oh pequeña rebelde, ¿ves como sí que eres una diosa? —dijo mientras besaba mis pechos.

Sentí como su miembro se hinchaba dentro de mí, sabía que él estaba cerca, pero deseaba alargar el momento.

Me levanté bajo su atenta mirada, y gateé por la cama exponiendo mi sexo y mi trasero a su merced. Y esperé que después de aquello no pensara que era una libertina.

—¡Dios, mujer! Vas a acabar conmigo —exclamó con una voz

ronca y llena de deseo.

Ian se introdujo en mi interior y comenzó a bombear con intensidad mientras masajeaba mi culo. Con cada una de las arremetidas de mi guerrero se intensificaba mi deseo y mi goce.

Su cálida mano tocó el botón de mi placer y un gruñido escapó de mi garganta. Con cada estocada nuestros gritos lujuriosos inundaban la estancia. Deseé que aquella deliciosa tortura no cesase jamás.

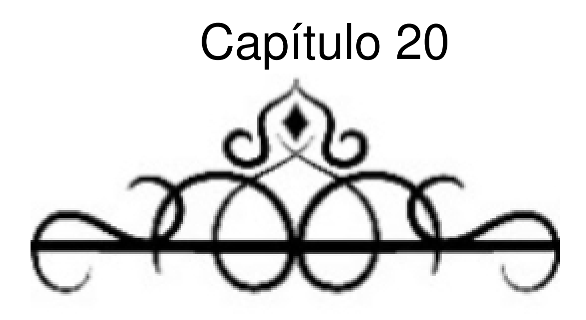
Ian tiró con suavidad de mi pelo y mi sexo se contrajo atrapando al suyo y succionándolo con intensidad. El clímax llegó de nuevo seguido de la semilla de Ian que se derramó en mi interior por completo.

Nos quedamos en aquella posición unos segundos mientras todavía sentíamos las palpitaciones de nuestros cuerpos, y nuestras respiraciones se restauraban.

Ian salió de mí y se tumbó en la cama arrastrándome junto a él, me envolvió con sus fuertes brazos y me besó con ternura.

—Descansa pequeña, porque me temo que esta noche será larga. No creo que me sacie de tu cuerpo en meses.

Capítulo 20



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

Cuando desperté Ian ya no estaba en la cama. Las cortinas que se encontraban descorridas me dejaron ver la escasa luz del sol. Me levanté y al asomarme al ventanuco pude comprobar que el día estaba nublado, e imaginé que afuera la temperatura sería muy fría en contraste a la calidez de la habitación en la cual la chimenea ardía con intensidad.

Aquel fuego me hizo recordar la noche tan intensa que pasé con el guerrero, y no pude evitar morderme el labio inferior. Ian era un buen amante, tan ardiente y cálido como las mismas llamas del sol en agosto.

Mientras me calzaba observé que la silla de mi escritorio estaba tirada sobre el piso y, el corazón me latió de pronto con tanta intensidad que tuve que llevarme las manos al pecho al recordar que el frasco que contenía el veneno estaba en su interior. Rápidamente me acerqué a ella y busqué debajo del asiento, justo en la zona donde la tela estaba rasgada.

«¡No estaba, el veneno no estaba! Seguramente Ian lo habría encontrado».

Al intentar abrir la puerta para ir en su busca me di cuenta de que esta estaba cerrada con llave. La aporreé con fuerza y grité todo lo que mis pulmones dieron de sí, pero nadie contestó y comencé a ponerme muy nerviosa.

Miré a mi alrededor para buscar algo que me ayudase a abrirla, cuando caí en la cuenta de que sobre la mesa había una bandeja con comida y una carta. Rápidamente la desdoblé, y me sorprendí al descubrir lo que allí estaba escrito.

Es cierto que una MacKinnon siempre será una MacKinnon, incluso después de casarse con un MacLeod. Que iluso he sido al pensar que lo nuestro podía funcionar cuando tus intenciones distaban mucho de las mías. Me he dejado engatusar por tus astucias de mujer, y por tu belleza que es capaz de eclipsar hasta a la misma luna plena.

Ahora sé que lo único que pretendías era acercarte a mí para acabar con mi vida, o con la de mí familia. No volverá a pasar Herea, puesto que no confiaré de nuevo en ti.

Por el momento permanecerás encerrada en tu habitación sabiendo que tendrás que convivir con el que puso fin de una vez por todas al clan de los MacKinnon.

Ian MacLeod

«¿Qué? No, no, ¿se había ido a las tierras de mi familia?».

Me asomé a la ventana y pude observar cómo apenas había movimiento en el patio.

«¿Cómo había sido tan estúpida? Tendría que haberme deshecho del veneno si no pensaba usarlo».

Comencé a desesperarme al verme atrapada, no podía dejar que acabara de aquella manera con mi clan. Tenía que ayudarlos y para eso tendría que salir de la habitación.

Abrí de par en par las puertas del ventanuco y asomé la cabeza para mirar la distancia que había hasta el suelo. Desde luego que eran unos cuantos metros, pero bajaría por ahí como fuese. Pensé en atar las sábanas como había visto en tantas películas, y eso fue lo que hice. Cuando ya estaba todo listo busqué mi ropa —esa que tanto odiaba Ian, pero que a mí me resultaba tan cómoda—, y comprobé que todo estuviese bien anudado.

La cuerda improvisada la até al pie de cama de madera y tiré de ella con fuerza para comprobar que aguantaría mi peso. Parecía que así sería.

Cuando me aseguré de que no había nadie en el patio, me colgué el carcaj y mi arco a la espalda, y dejé caer la sábana por la fachada de la fortaleza. Por desgracia para mí no llegaba hasta el suelo, así que tendría que saltar sobre unos setos con los que esperaba que mi caída no fuese tan brusca.

Me senté sobre la repisa y me deslicé con cuidado por la sábana. Cuando divisé la altura fui consciente de que si me caía de allí me rompería prácticamente todos los huesos, pero estaba decidida, ya no había vuelta atrás. Con mucho esfuerzo descendí hasta que la tela se acabó, después me dejé caer sobre los matorrales que arañaron mi cuerpo, pero que absorbieron el impacto. Me permití unos segundos para recuperarme del golpe, respirar, y pensar en cual sería mi próximo paso. Necesitaba un caballo —de eso no había duda—, o

tardaría muchísimo en alcanzarlos.

Caminé con sigilo hasta las caballerizas escondiéndome cada vez que pasaba alguna persona, no podía arriesgarme a que me viesen y me encerrasen de nuevo. Estaba segura de que Ian había dado la orden de que me mantuviesen bajo llave hasta que él regresara.

Los establos se veían prácticamente vacíos puesto que todos los equinos estaban con los guerreros del clan, pero un caballo tordo que relinchaba en su cuadra llamó mi atención. Era un animal grande y fuerte, no entendí porque habían decidido dejarlo allí, parecía tan ágil y veloz…

En el guadarnés encontré todo lo necesario para vestir al equino, así que rápidamente le puse la silla y el bocado mientras el animal se movía con nerviosismo.

Sin pensarlo demasiado lo monté y clavé los estribos con suavidad, esperando a que saliese a un paso tranquilo que no llamase mucho la atención, pero eso tampoco fue lo que pasó. Apenas rocé los laterales del animal, este salió a pleno galope hacia el exterior. Tiré de las riendas con fuerza hacia atrás para que aminorara el paso, pero este lejos de obedecer ladeó la cabeza para omitir mis órdenes.

Estaba completamente descontrolado, así que mi única opción fue agarrarme con fuerza de las crines y dejarme llevar por él que parecía el mismísimo demonio. Pronto alcanzamos las inmediaciones de las enormes puertas de la fortaleza las cuales me conducirían a mi libertad, estás estaban abiertas pero custodiadas por dos guardias. En cuanto me vieron aproximarme a toda velocidad trataron de cerrarlas, pero el animal parecía un toro embravecido, y las traspasó sin problemas llevándose a uno de los guardias por medio. Apunto estuve de caer con aquellos movimientos tan bruscos, pero me sujeté con todas mis fuerzas, había llegado hasta allí y no pensaba detenerme.

El caballo atravesó un llano sin problemas, y continuó con su galope descontrolado hasta una zona donde los árboles comenzaron a espesarse.

—Vamos pequeño, para. —Acaricié su cuello para tranquilizarlo—. Sé que sabes cómo hacerlo, así que para de una vez o acabaremos como una pegatina en uno de estos árboles.

Volví a tirar de las riendas y esta vez aminoró el paso mientras relinchaba.

—Eso es, buen chico.

Parecía que el sonido de mi voz lo tranquilizaba. Continué hablándole hasta que conseguí que llevara un paso tranquilo.

—No sé si tienes nombre, pero necesitas uno especial. Te llamaré Angus, como el caballo que montaba Mérida en la peli de Disney.

Media hora después Angus se había relajado y parecía que

comenzábamos a entendernos.

Observé a mi alrededor y fui consciente de que la vegetación poco a poco se iba aclarando, hasta que llegué a una zona completamente despejada de árboles. Desde allí pude divisar la fortaleza de Dunscaith, en una de sus torres una gran hoguera que desprendía una humareda blanca llamó mi atención. Parecía una especie de señal, quizá ya los estaban atacando y había llegado tarde.

Espoleé a Angus y juntos salimos a galope hacia el castillo, atravesamos unos campos de alfalfa, y nos adentramos en una zona frondosa pegada a un lateral de la fortaleza. Una vez allí, desmonté y até al animal a un árbol.

—Espérame aquí, te prometo que regresaré a por ti.

Angus relinchó como si me entendiera, y consiguió sacarme una sonrisa en aquella situación tan complicada. De pronto escuché unos gritos, y el sonido de las espadas al chocar. Cogí mi arco, preparé una flecha, y anduve con sigilo entre la maleza hasta la zona de donde provenía el ruido. Cuando divisé lo que allí estaba pasando, por un momento pensé que estaba soñando, que aquello era del todo imposible.

Mi madre luchaba contra dos enormes guerreros, desde mi posición pude observar como golpeó a uno de ellos en el rostro y este se dobló compungido. Cuando el otro hombre fue a atacarla, tiré de la cuerda de mi arco para tensarlo, pero justo en ese momento apareció Amara de entre la maleza, y utilizando una daga con soltura, le cortó la yugular desde atrás. El guerrero que quedaba con vida levantó su *claymore* enfurecido para atacarlas y, entonces fue cuando dejé libre a unas de mis flechas que rápidamente lo alcanzó e hizo que cayera ante ellas muerto.

En aquel mismo instante apareció un hombre corpulento y atractivo seguido por un pequeño grupo de guerreros montados a caballo. Mi desconfianza ante aquellos desconocidos me hizo cargar otra flecha en mi arco y apuntar directamente a la cabeza de aquel tipo. Descabalgó ágil y se acercó hasta Amara con cara de preocupación. La cogió por los brazos, parecía que trataba de asegurarse de que estaba bien, y eso hizo que me relajara.

—¡Maldita mujer! ¡Podrían haberte matado! —le dijo.

—Estoy bien.

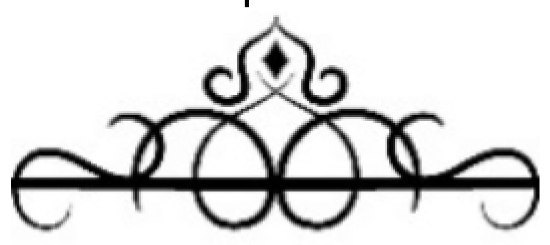
—Ya lo veo. ¿Y tú Evelyn? —Mamá asintió y se incorporó, entonces caí en la cuenta de que cojeaba.

Salí de la maleza y caminé hacia el lugar donde se encontraban mientras observaba sus caras de asombro tras verme.

—¡Mamá, estás bien! —exclamé emocionada.

—¡¿Mamá?! —preguntó Amara sin dejar de mirar a Evelyn.

Capítulo 21



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunscaith, año 1612

La mejilla me ardía, había sido un buen puñetazo por parte de Amara, y en el fondo sabía que me lo merecía.

—¡No sé cómo voy a poder perdonarte esto, Herea! —me gritó muy enfadada—. Y tú Evelyn, ¿no podrías haberme contado que eres su madre?

—Te dije que no era yo la indicada para darte tales explicaciones.

—¡Te salvé la vida, joder! ¡Podría haberte dejado en aquella cárcel mugrienta! —Amara estaba colérica.

—¿Qué cárcel? —No entendía nada.

—¡Me apresaron Herea, por bruja! Podría haber muerto, me trajiste aquí engañada y me dejaste sola. —La miré a los ojos y supe que estaba al borde del llanto.

—Lo siento, mi *avoa* me dijo que teníais que viajar conmigo.

—No podéis hablar esto aquí. —Me cortó el hombre que estaba junto a Amara, mientras señalaba con la cabeza a sus guerreros que nos observaban todavía sobre sus monturas.

Y era cierto, no podíamos hablar ante desconocidos sobre viajes en el tiempo o nos tomarían por brujas, o peor aún; dementes.

—Tiene razón Amara, te lo explicaré cuando todo termine. Ahora debo salvar a mi familia, la están atacando. Aunque te diré solo una cosa… Jamás imaginé lo que nos ha pasado o por el contrario os lo hubiese contado.

—Nos lo tenías que haber contado igual maldita cabrona, y no sé si podré perdonarte por esto. —Se cruzó de brazos y se alejó unos pasos de mí.

—Está bien, ódiame si quieres, pero ahora no tengo tiempo para esto. —Me acerqué a Evelyn—. Veo que estás herida, ¿podrás montar?

—Por supuesto.

—Bien, porque los MacLeod atacan la fortaleza de Dunscaith y nos necesitan. Tengo a mi caballo a unos pocos metros de aquí, vamos.

La sujeté por la cintura y le ofrecí mi cuerpo como apoyo. Juntas nos dirigimos en busca de Angus.

—Ah no, no he llegado hasta aquí para quedarme mirando. —Amara montó a su caballo.

—Mi pequeña hada, creo que lo correcto es que esperemos en la posada junto al resto de mis hombres, esta guerra no pertenece a los Rose y podría crear un conflicto.

—Fergus, no tienes por qué seguirme.

—Sabes que te seguiría hasta los mismos confines de la tierra si fuese necesario.

¿Qué había entre aquellos dos? Desde luego que era algo muy fuerte, pues Amara lo miraba de una forma especial que llamó mi atención.

—Id a buscar al resto de los guerreros, los quiero preparados de inmediato en las afueras de Dunscaith por si tuviésemos que intervenir. —Se dirigió a uno de sus hombres.

—Así se hará señor.

El guerrero espoleó a su animal y salió a la carrera por el bosque desapareciendo en segundos de nuestra vista.

Amara complacida asintió en un gesto cómplice, y le regaló una amplia sonrisa.



Atravesé las puestas de Dunscaith a pleno galope mientras sujetaba mi arco con una de mis manos. De cerca me seguían Evelyn junto con Amara, y Fergus. Aquello era un caos absoluto. Los guerreros peleaban por las inmediaciones sin descanso, el sonido de las espadas, y los gritos de los hombres resonaban por todas partes. La sangre manchaba el suelo empedrado, y ya se veían algunos caídos que yacían muertos.

—Vamos, es por aquí. —Señalé unas escaleras en un lateral que conducían al interior del castillo.

Quería evitar a toda costa el conflicto, porque si me atacaba alguien, ¿de que bando se supone que me pondría? Estaba claro que era una MacKinnon, pero me había casado con un MacLeod, y descontando a Eleonor, todos los miembros del clan me habían acogido y respetado. Había entrenado junto a los guerreros de Ian, y mis lazos con ellos se habían fortificado.

Las escaleras nos llevaron a una terraza, la atravesamos y entramos por una gran puerta de madera que daba directamente a unos de los salones. Seguimos con sigilo hasta que llegamos al pasillo donde escuchamos unas voces junto con el llanto de alguien.

Asustada corrí en esa dirección e irrumpí en la estancia, era la sala donde se reunían con los arrendatarios y resolvían los conflictos internos. Mi sorpresa al encontrarme tal escena fue absoluta.

Alexander estaba tirado en el suelo, mientras que Shophie sostenía su cabeza en su regazo, parecía inconsciente. Un par de metros a la derecha, Ian sostenía su *claymore,* frente a mi padre que se encontraba arrodillado ante él.

—¡No! ¡Alexander! —chilló Evelyn mientras acudía junto a mis hermanos.

Yo, de una forma automática cargué mi arco con una de mis flechas y apunté directamente a Ian que me miraba desconcertado.

—¡Hazlo de una vez mujer, parece que eso es lo que siempre has querido! —me gritó.

—¡Mátalo hija, mátalo! —imploró Braden que seguía arrodillado frente a él.

—Por favor, Ian, deja que se vaya. No puedo permitir que lo mates. —Comencé a andar muy despacio hasta él mientras los demás se quedaban junto a la puerta.

—Herea, no es como tú crees. Acabaría contigo si fuese necesario para salvar su vida —habló Ian.

—Por favor —Bajé mi arco y me puse entre él y mi padre—, yo no quería hacerte daño Ian. No podría, aunque quisiera. Creo que me he enamorado completamente de ti.

Él pareció sorprenderse por mi confesión, pero pronto volvió a fruncir el ceño.

—¿Y el veneno?

—Alguien me lo hizo llegar, pero no pensaba usarlo. Sabes al igual que yo que he tenido oportunidad de hacerlo y no lo he hecho.

—Pero ¿querías matarme?

—Eso fue antes de conocerte. Me gustaría contarte tantas cosas Ian, quizás así entenderías por lo que he tenido que pasar todo este tiempo.

—Cuéntamelo…

—¡Ya está bien de palabrerías insulsas y sin sentido! —gritó Braden a la misma vez que sentía que colocaba algo frío y afilado en mi cuello mientras me sujetaba por la espalda.

—¿Qué estás haciendo, papá?

—¿Papá? Lo siento niña, pero yo no soy tu padre, ¿es que acaso no te lo ha contado tu madre? Ella es una ramera, y no la he matado porque es la madre de mi heredero, y no deseo que Alexander se

revele contra mí.

—¿Como tú hiciste con tu padre? —lo acusé.

—¿Quién te ha contado eso?

—¡No importa quien me lo contara, pero tenía que haberlo creído!

—¡Cállate, o te rajaré el cuello sin importarme las consecuencias!

—Suéltala Braden, si le ocasionas algún daño te prometo que tu muerte será lenta y dolorosa —escupió Ian con una voz repleta de ira.

—Escúchame cretino, sé que la amas y que no permitirás que la mate. Quiero que repliegues a tus hombres y abandones mi castillo de inmediato.

—No puedo hacer eso.

—Pues morirá. —Apretó el cuchillo contra mi garganta y sentí un dolor horrible que me hizo gritar.

Sentí como un pequeño hilo de sangre recorría desde mi cuello hasta el pecho.

—¡No, Herea! —gritó entre lágrimas Amara mientras Fergus la sujetaba con fuerza—. Suéltala, maldito.

—Tranquila Amara, estoy bien —dije apenas con un hilo de voz para tranquilizarla.

Evelyn se levantó lentamente del suelo donde había permanecido junto a Alexander y a Shophie, empuñó su *claymore* y trató de llegar hasta a mí.

—Ni lo intentes esposa, sabes que no me temblará el pulso, ya huiste una vez de mí, ¿recuerdas? Aquella vez tuviste suerte, esta no tendrás tanta.

—Está bien Braden, me marcharé, y mis hombres también —dijo Ian mientras enfundaba su *claymore* en el cinturón—, pero te advierto de que si le haces daño reduciré este castillo a cenizas.

—¡Fuera de aquí, y no te olvides de Harris!

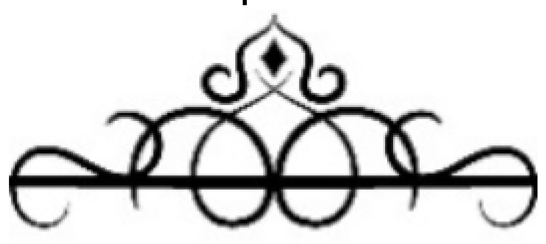
Ian me miró con tanta intensidad que todos mis sentidos se paralizaron al instante, por un momento pude sentir el miedo que me transmitieron sus ojos, jamás lo había visto tan vulnerable. ¿Era posible que él también me amara?

—Volveré a por ti Herea, buscaré la forma de recuperarte.

—Eso ya lo veremos MacLeod. —Ian le dedicó una mirada llena de rabia e impotencia a Braden.

Apretó la mandíbula, y sus pupilas se dilataron casi al instante, estaba segura de que si pudiera le hubiese quitado la vida casi sin pensarlo.

Capítulo 22



Inverness, en las Highlands de Escocia, año 1612

Zeltia

—¡Detén la carreta de inmediato! Conozco a esa mujer que anda sola por el camino.

—Por desgracia para mí también sé de quien se trata *sassenach*, y no creo que sea buena idea que paremos.

—He dicho que pares o me tiro en marcha.

Robertson resopló y dio un par de golpes sobre el techo del carruaje mientras ordenaba al mozo que manejaba a los caballos que se detuviese de inmediato. Una vez que lo hizo, me apeé y caminé con determinación hasta la mujer que, al verme, me sonrió levemente. No parecía sorprendida.

La señora Faith Williams presentaba un aspecto lamentable. Llevaba una capa que cubría por completo su cuerpo, pero por la parte de delante una pequeña abertura dejaba ver sus ropas sucias y desgastadas. Pareciese que hubiese estado durmiendo a la intemperie durante varios días. El pelo lo tenía enmarañado y muy sucio, y su nariz y su rostro estaban enrojecidos por el viento frío que hacía a aquellas horas tan tempranas.

—Señora Williams, ¿está usted bien?

—Señora Sinclair, no sabe lo que me alegra verla. —me agarró por las manos.

—Acompáñeme, por favor. En nuestro carruaje podrá entrar en calor y descansar, parece que lleva días caminando.

—Y así es querida. También me alegra verlo a usted, señor Sinclair.

—Venga conmigo, mi mujer tiene razón, parece agotada.

Robertson le tendió su brazo, la ayudó a llegar hasta el carruaje, y

una vez arriba cubrió su cuerpo con una gruesa manta.

—¿Hacia a dónde se dirige señora Williams? —preguntó mi esposo.

—Tengo que llegar lo antes posible a la isla de Skye, debo reunirme con mis sobrinos, ellos podrían estar en peligro.

—Nosotros también vamos para allá, la llevaremos —afirmé.

—No quiero ser una molestia.

—No lo será. ¿Recuerda cuando nos conocimos? Me prestó su ayuda sin obtener nada a cambio. Sus palabras fueron: hoy la ayudo yo, mañana me ayuda usted a mí, y eso es lo que estoy haciendo. —Miré fijamente a Robertson y levanté las cejas esperando a que no me contradijera.

Él hizo una mueca, y a continuación golpeó la madera del carro exigiendo que reanudaran la marcha.

—Pero cuénteme, ¿qué es lo que le ha pasado? ¿Y el señor Williams? —quise saber.

—Él… —se le quebró la voz—. Mi querido esposo ha sido asesinado.

—¡¿Qué?! ¿Por qué? —me sorprendí.

—La guardia lo mató cuando trató de retenerlos para que yo consiguiese escapar. Me delataron, alguien me acusó de brujería, pero yo sé quién ha sido. He conseguido averiguarlo. —Limpió sus lágrimas y continuó hablando—. Cuando la guardia irrumpió en mi casa, mi hermana estaba conmigo. Fue su marido, él quiere deshacerse de ella. Por eso viajó…

—¿Y su hermana está bien?

—Ella no tuvo tanta suerte como yo. La guardia la apresó, pero he sabido recientemente que ha conseguido escapar y creo que ha regresado a su hogar. Por eso necesita mi ayuda. Verá, hay algo en lo que no le fui sincera. —Miró a Robertson como cohibida.

—Hable por favor, entre mi esposo y yo no existen los secretos. —Robertson agarró mi mano complacido por mi respuesta.

—¿Recuerda cuando le dije que no conocía a nadie personalmente que hubiese viajado en el tiempo?

—Por supuesto que lo recuerdo.

—Sí conozco a una viajera, y ella es mi hermana.

—¿¡Su hermana!?

—Así es, ella vino a verme porque por lo visto, las piedras por las que ella viajó la primera vez no funcionan, y quería saber por qué. Además, estaba buscando a dos viajeras más por encargo de su hija.

—Espere un momento, a ver si lo estoy entendiendo bien. —Tanta información estaba colapsando mi cabeza—. Su hermana es una viajera del tiempo, y ha venido en su busca para averiguar como regresar ¿al futuro? Pero a la misma vez esta buscando a dos viajeras

más por encargo de su hija.

—Zeltia, mi hermana es la madre de Herea.

—¡Herea, ¿mi Herea?! —Aquello no podía ser cierto.

—Herea del futuro, sí —aclaró.

—¡Pero eso es imposible! Yo misma conocí a sus padres.

—Mi hermana viajó estando en cinta, Evelyn estaba poniendo la vida de Herea a salvo. Su marido Braden quería deshacerse de ella.

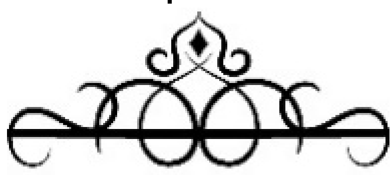
—¿Por qué querría matar a su propia hija y a su mujer?

—Zeltia, esto es muy largo de contar, y estoy segura de que Herea y Evelyn te explicarán cada detalle en cuanto las encontremos.

—¿Y qué quería decir con que las piedras no funcionaron? —Ella respiró profundamente, pensando en su respuesta.

—Te explicaré todo lo que sé, el camino es largo, tendremos tiempo de sobra.

Capítulo 23



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunscaith, año 1612

Ian MacLeod

—¡He dicho que no! Necesitamos un plan mejor, uno en el que mi esposa no sufra daño alguno. —Le recriminé a mis hombres.

—Tranquilo Ian, pensaremos en algo. Ese maldito MacKinnon no se saldrá con la suya. —Harris puso su mano sobre mi hombro para reconfortarme, y después se marchó para comprobar como estaban sus hombres tras el enfrentamiento.

Nos habíamos establecido a unas cuantas millas de la entrada principal de Dunscaith, con la clara intención de que el *laird* de los Mackinnon no se sintiera seguro y recordase que no abandonaría a mi esposa. Estaba convencido de que desde su cómoda posición dentro de su fortaleza nos observaba, mi idea era que sintiera el gélido aire de mi respiración tan cerca que rozara su nuca, y lo atormentara de tal forma que no se atreviera siquiera a pensar en tocar un solo cabello de Herea.

—Señor, el *laird* de los Rose desea hablar con usted. —Se acercó uno de mis hombres.

—¿El *laird* de los Rose? Dígale que se aproxime hasta aquí. —Él asintió en respuesta y fue en su busca.

Al poco tiempo Fergus Rose se plantó ante mí acompañado por una bella mujer de cabellos castaños.

—Buenas noches, señor. Permítame que le presente a Amara Clark, ella es curandera —dijo Fergus formal.

—Encantada señora Clark —Le tendí la mano y ella me la estrechó—. Por qué no vienen y se sientan conmigo junto al fuego, esta noche es bastante fría.

Ellos agradecieron mi cortesía y se acomodaron junto a mí frente a la lumbre.

—El tema que vengo a tratar con usted es bastante complicado…

—Perdona que te interrumpa Fergus, pero ¿podríamos tratarnos sin formalismos? A estas horas no me siento con fuerzas para etiquetas.

—Por su puesto —aceptó—. Estoy aquí para ofrecerte mi ayuda para salvar a Herea, ella es…

—Es como mi hermana —interrumpió la mujer con lágrimas en los ojos.

—¿Sois compañeras de la escuela de señoritas en la que se crío?

—¿Es que acaso no te ha contado nada?—Ella se extrañó.

—¿Contarme el qué? —quise saber.

—Amara, no es necesario entrar en detalles. —Fergus la observó con intensidad.

—Sí que lo es Fergus, es su marido. Y por lo que parece está preocupado por ella.

—Por supuesto que lo estoy, yo la amo. —Aquella afirmación salió de mí de una forma tan natural que me sentí liberado.

Hasta aquel momento me había negado a admitirlo, pero Herea ocupaba todos mis pensamientos y me había robado la cordura. Aquella rebelde de cabellos rubios y fuego en los ojos se había apoderado por completo de mi corazón.

—Ian, nosotras venimos de muy lejos. No te puedo contar demasiado puesto que yo tampoco sé la historia completa, pero lo que si puedo asegurarte es que con ese hombre la vida de mi amiga no está a salvo. Ella apenas lo conoce.

—Lo sé, mi esposa ha estado casi toda su vida internada en una escuela para señoritas en Francia.

—No, eso no es cierto. —Su rostro me pareció sincero—. Herea no pertenece a este tiempo, ni yo tampoco.

—No comprendo lo que quieres decir con eso.

—Ian, a mí también me costó creerlo, pero cuando la escuches te darás cuenta de que no miente —intervino Fergus.

—Venimos del futuro, concretamente del año 2023.

—¡Pero eso es imposible! —exclamé incrédulo.

—Cuando viajamos éramos tres, y se supone que apareceríamos juntas en esta época, pero algo salió mal y cada una acabó en una punta diferente del país. Hemos pasado unos meses horribles, yo misma fui acusada y encarcelada por brujería.

—Disculpa mi franqueza, pero si le contaste esto a alguien más no me extraña que te acusaran.

—Fergus enséñale el mechero y el reloj.

Él asintió y rebuscó en su limosnera hasta que sacó los dos artilugios.

—¿Habías visto alguna vez algo así?

—No, ¿qué son? Parecen muy frágiles, el artesano que elaboró esto debía de ser muy bueno con las manos —comenté mientras observaba una esfera con dos tiras de cuero de cerca.

—Eso que sostienes sirve para medir el tiempo, y esto otro para prender un fuego. —Fergus tocó el artilugio y una llama se prendió de la nada como si se tratase de magia.

—¡Es impresionante! —Aquello era algo muy útil, pues me pareció sencillo su uso. —Pero no lo comprendo. ¿Cuál fue el motivo de vuestro viaje?

—No lo sé, yo ni siquiera sabía que vendría, pero por lo visto Herea me trajo engañada.

—Me imagino que uno de los motivos que te trae hasta aquí hoy es que la buscas para poder regresar a casa.

—Necesito averiguar lo que ha pasado, por supuesto, y lo de volver a casa… Este no es nuestro tiempo, aquí corremos peligro y sí se diera la oportunidad…

—Tranquila Amara, lo primero es poner a salvo a Herea, después tendremos tiempo de hablar del resto. —habló Fergus ante las dudas de ella.

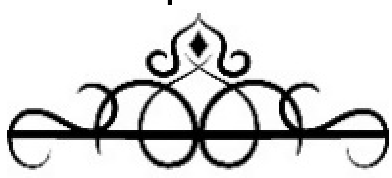
Si aquella descabellada historia era cierta, ¿qué pasaría después de que recuperara a mi preciosa rebelde, la volvería a perder? Aquello era algo difícil de creer puesto que eran dos extraños para mí, pero lo que si me pareció sincero es que querían liberar a Herea tanto como yo.

—Te agradezco tu ayuda Fergus, me vendrá muy bien. ¿Has traído hombres contigo?

—Así es, pero son un grupo reducido, he mandado a buscarlos puesto que me esperan en la posada cerca del puerto de Ord.

—Perfecto, pues tracemos un plan el tiempo corre en nuestra contra Braden es del todo impredecible, y si decide que Herea es prescindible podría acabar con ella de inmediato.

Capítulo 24



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

—Sabía que me traerías problemas desde que llegaste. —Braden me empujó, e hizo que me sentara en una silla junto a Shophie, que rápidamente agarró mi mano mientras reprimía las lágrimas—. Te dije que te comportaras como una esposa, ni eso has podido hacer.

—Te recuerdo que fuiste tú quien mandó a quemar los barcos de mi marido. ¿Qué esperabas? ¿Qué no hubiera represalias por su parte? Además de que uno de tus hombres me disparó una flecha y estuve a punto de morir.

—Ese era el plan, que tu murieses por accidente. Jamás permitiré que un MacKinnon y un MacLeod se unan en ninguna circunstancia.

—Pensaba que creías que no era una MacKinnon.

—Por supuesto que no lo eres, pero mis enemigos no lo saben. Ellos solo ven un líder débil que ha accedido a las peticiones de su clan enemigo acérrimo, y no lo toleraré. ¡Antes muerto!

Unos pequeños gruñidos llamaron nuestra atención, parecía que Alexander estaba despertando. Fui a levantarme para acercarme junto a él y a Evelyn, pero Braden me lo impidió.

—Quédate ahí, no quiero que te muevas. Sé que eres peligrosa Herea, vi como matabas a mis hombres sin que te templara el pulso.

—¿Estabas allí? —pregunté pero no contestó, tan solo se carcajeó en respuesta, después se dirigió a uno de sus hombres—. Vigílala, y al menor indicio de que trame algo acaba con ella.

El guerrero me sonrió y se colocó junto a mí mientras posaba su mano sobre la empuñadura de su arma que reposaba en su cinturón de cuero.

—¡Padre! No serias capaz de hacerle daño a mi hermana ¿verdad?

—Shophie, no deberías estar aquí. Llévala a su estancia y avisa a una de las empleadas para que se quede a su cargo, no debe salir de

allí bajo ningún concepto. —Ordenó a otro de sus hombres.

El guerrero agarró con rudeza a Shophie, y la sacó de la sala bajo las protestas de ella y la mirada endemoniada de Evelyn, que todavía estaba tratando de despertar completamente a Alexander con unos golpes en la cara.

—¿Madre? —Alexander abrió los ojos y le costó centrar la vista en su progenitora.

—¡Por fin despierta mi heredero! —se jactó Braden—. Siempre supe que serías un blandengue.

—¿Blando? Me has golpeado por la espalda como el cobarde que eres. —Alexander apenas tuvo fuerzas para incorporarse.

—Respétame muchacho o el clan MacKinnon se extinguirá conmigo, te desheredaré y no sentiré remordimiento alguno.

—Sé que será así, pues has demostrado que no te importa nadie salvo tú mismo. Deja que ellas se vayan, yo me quedaré contigo y obedeceré todas tus órdenes, pero a cambio ellas se irán.

—¿Me crees estúpido? Obedecerás mis órdenes porque ellas estarán bajo mi custodia, y si no lo haces las mataré una a una lenta y dolorosamente, y te haré testigo de cada uno de sus gritos para que su dolor acabe también siendo el tuyo.

—¡Eres un ser despreciable! —Evelyn se levantó con energía del suelo a pesar de su cojera, desenfundó su *claymore* y atacó a Braden con furia.

Braden esquivó su arma de milagro, y también desenfundó su *claymore* comenzando así una lucha encarnizada.

Intenté levantarme, pero el guerrero que me custodiaba desenvainó su espada y la sostuvo muy cerca de mi pecho anulando todos mis movimientos.

Desde el suelo Alexander contemplaba la escena horrorizado, se levantó algo torpe, y caminó hacia ellos, pero volvió a caer de nuevo. Estaba muy débil. En ese momento pude vislumbrar su camisa ensangrentada por la parte de la espalda debido al golpe tan fuerte que había recibido en la cabeza, seguramente tendría una conmoción.

Braden luchaba contra una Evelyn enfurecida, ambos eran igual de duchos con la espada y las fuerzas estaban muy igualadas. El sonido de las armas al chocar alertó a los guardias que entraron rápidamente en la sala.

—¡No! ¡Atrás! Esto es cosa mía —les dijo a sus hombres—. Hoy será el día en que está perra pague por todas sus humillaciones.

Los hombres obedecieron a su *laird* y no intervinieron, pero si retuvieron a un exhausto Alexander para que tampoco pudiese hacerlo.

Evelyn aprovechó el momento y consiguió herirle en un brazo. Braden gruñó por el dolor y sostuvo su herida mientras la miraba de

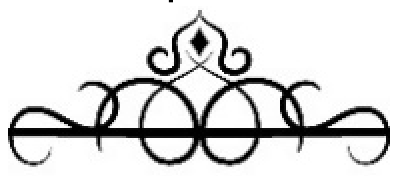
una forma bélica y con la respiración agitada.

Con todas sus fuerzas lanzó un ataque que Evelyn amortiguó a duras penas con su *claymore*, después le propinó una fuerte patada sobre la pierna ya herida que la hizo perder el equilibrio y caer al suelo de rodillas frente a él. Su *claymore* cayó al suelo y el movimiento de esta deslizándose por el pavimento se me hizo como en cámara lenta, mientras todos los sonidos desaparecían a mi alrededor. Evelyn me miró por unos segundos en los que me procesó su amor, era una de esas miradas llena de orgullo y que te calientan el alma, tan profunda y genuina que cuando la ves sabes que será la última que veas por mucho tiempo. Y entonces entendí que lo peor estaba por llegar.

Braden atravesó su pecho y hundió su espada hasta la empuñadura mientras la miraba a los ojos y vislumbraba como su vida la abandonaba. Un grito salió de lo más hondo de mi ser al sentir que mi corazón fue atravesado por el dolor de igual forma que el suyo. La impotencia y la rabia anidaron todos mis sentidos por segundos y no me importó morir con ella. Quizás ese era mi destino. Agarré la espada del guerrero que me apuntaba por el filo y la aparté con fuerza a la misma vez que sentía que el acero desgarraba mi carne. Nada dolía como haber contemplado a mi madre caer ante mis ojos, es un dolor apenas descriptible, y era la segunda vez en la vida que lo estaba experimentando.

Golpeé duramente en el rostro al guerrero que me custodiaba, y corrí hacia Braden que apenas estaba sacando su arma del cuerpo de mi madre. Quería estrangularlo con mis propias manos, quería que sufriera tanto o más como nos había hecho sufrir a nosotros, su familia. Apenas me faltaban unos metros para alcanzarlo sentí un golpe sordo sobre mi cabeza que dejó mi cuerpo laxo, después solo había oscuridad, el dolor había desaparecido…

Capítulo 25



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunscaith, año 1612

—Vamos pequeña, vuelve conmigo. —La voz de Alexander llegaba lejana hasta mis oídos.

Intenté abrir los párpados, pero me pesaban como si hubiese estado días sin dormir, a eso se le sumó un horrible dolor de cabeza, y el frío que se me había instalado en el cuerpo y que me hacía tiritar.

—Herea, abre los ojos por favor, te necesito, hermanita. —La voz se le quebró y supe que debía recomponerme.

Apenas conseguí abrir los ojos me encontré con una mirada miel expresiva y llena de preocupación. Entonces recordé a mamá y mis lágrimas salieron todas de golpe a la superficie.

—Lo sé pequeña —Alexander me abrazó y hundió su cabeza en mi pelo—. Estoy contigo, y cuidaré de ti y de Shophie tal y como te prometí.

—Me duele tanto… apenas he podido conocerla —expresé devastada.

—Claro que la conoces, eres igual a ella. Tan fuerte y valiente como ella. —Negué con la cabeza mientras sentía como me temblaba el labio inferior—. Mamá vivirá por siempre en nosotros, somos parte de su esencia Herea, un pedacito de su corazón. No quiero que lo olvides, prométemelo. —Puso su mano sobre mi pecho.

—Te lo prometo. —Apenas pude articular palabra.

—Y ahora sécate esas lágrimas hermana —sentenció—, porque las guerreras no lloran a sus muertos hasta que ha terminado la batalla.

Alexander se puso en pie y me tendió la mano para que yo también me alzara. Respiré profundamente y supe que tenía razón. Mi corazón estaba roto, pero era tiempo de lucha y de venganza.

Miré a mi alrededor y en aquel momento fui consciente de que nos encontrábamos en una celda pequeña poco iluminada. Alexander se acercó a los barrotes y llamó al guardia que custodiaba nuestra

puerta.

—Arran escúchame, amigo. Mi padre ha perdido la cordura. Atenta contra su familia, y pronto también lo hará contra su pueblo.

—Siento que las cosas hayan salido de este modo Alexander, pero me debo a mi *laird* —contestó el hombre que se había acercado hasta nosotros.

—¡Yo soy el legítimo *laird*! Mi abuelo materno ostentó ese cargo, padre lo obtuvo a través del matrimonio porque mi abuelo no tuvo varón. Ayuda a tu legítimo señor a recuperar a su pueblo que pronto caerá en decadencia. Afuera está el ejército de los MacLeod y los Harris, ¿cuánto crees que tardarán en atacar estando la esposa de uno de estos encarcelada? —lo miró fijamente esperando una respuesta que no llegó—. Avisa a Boyd, es uno de los guerreros de mi confianza, solo te pido eso. Necesito hablar con él.

—Está bien señor, lo haré por la memoria de su abuelo.

Arran se marchó y un pequeño hilo de esperanza despertó en mi interior.



—Alexander, he venido lo más rápido que he podido. —Boyd se acercó a los barrotes y agarró el antebrazo de mi hermano a través de estos como saludo.

—Tranquilo amigo, gracias por venir. —Le sonrió amargamente—. Arran puedes marcharte a menos que quieras cooperar con nosotros.

—Me quedaré señor, lo he pensado mejor.

—Bien, toda ayuda es poca, y cuando todo termine serás recompensado, te doy mi palabra. —Entonces se dirigió de nuevo a Boyd—. Mi hermana y yo necesitamos salir de aquí, debemos llegar con el ejército de los MacLeod y los Harris antes de que ataquen el castillo. Debo negociar con ellos un nuevo acuerdo, y después derrocaré a mi padre para proclamarme nuevo *laird* por derecho.

—Puedo reunir a un gran número de hombres.

—No es necesario, no pretendo salir luchando, sino que utilizaré los túneles que solo conocemos los familiares más cercanos. Quiero causar las mínimas bajas, recordemos que esta es nuestra gente. Nuestra familia. Shophie está en su estancia, quiero que la saques de allí de forma discreta y la traigas junto a nosotros.

—Por supuesto, no será un problema.

—Ten mucho cuidado por favor, es la vida de mi hermana de la

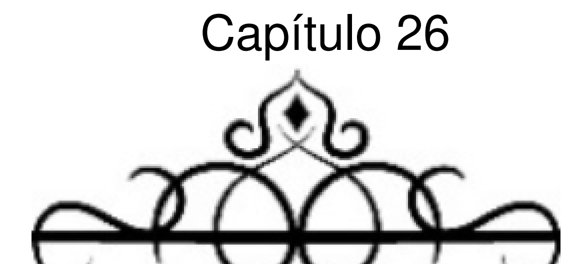
que estamos hablando.

Oír hablar a mi hermano de aquella forma me llenó de orgullo. Sabía que seria un buen *laird,* uno justo y clemente que se preocuparía por los suyos.

—De acuerdo, lo prepararé todo para esta noche —aseguró Boyd.

—Que así sea amigo mío.

Capítulo 26



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunscaith, año 1612

Zeltia

Tras nuestra llegada al puerto de Ord en la isla de Skye, tuvimos que alquilar otra carreta que nos trasladara hasta las inmediaciones del castillo de Dunscaith. La travesía desde Thurso había sido muy larga, pero supe que merecería la pena en cuanto me reencontrase con Amara. Ella abría sufrido al igual que yo y comprendería mis incertidumbres y mis miedos.

A lo lejos divisé la fortaleza de los MacKinnon, sus grandes y altos muros llamaron mi atención pues parecían infranqueables. Unos metros antes de llegar se levantaba todo un campamento de guerreros con los colores de los MacLeod tal y como los identificó mi esposo.

—¿Qué es lo que sucede Oscuro, porque hay todo un ejército a las puertas de Dunscaith?

—Tratándose de los MacLeod no puede ser nada bueno —contestó Faith—. Son clanes enemigos desde siempre.

—Tengo buena relación con ellos, conozco a su *laird*. Será mejor ir a visitarlos antes de que anochezca que pasar por su lado sin ser corteses, puede que incluso nos impidan el paso —comentó Robertson.

Ordenó al hombre que manejaba la carreta para que se dirigiese al campamento de los MacLeod, y una vez allí —tras indicarnos que nos quedásemos en el interior del vehículo—, se adentró junto a un par de hombres MacLeod en una de las tantas tiendas que había allí establecidas.

No pude evitar mirar por la ventanilla con nerviosismo mientras desapareció de mi vista. Tras unos minutos de incertidumbre, una mujer de cabellos castaños salió del interior de la misma tienda donde

momentos antes se había adentrado Robertson, seguida por un hombre alto y robusto. Su esbelta y delicada figura se me hizo familiar.

La mujer que inició su carrera hacia mi posición, poco a poco se hizo clara bajo la escasa luz de las hogueras que ardían frente a las tiendas. Mis lágrimas escaparon al reconocerla. Era ella, no había duda.

Decidida abrí la puerta y bajé para recibirla, en cuanto me vio sus lágrimas se unieron a las mías. No sé en qué momento mis brazos envolvieron su cuerpo, porque por unos segundos me sentí inmersa en un sueño. Por primera vez desde que llegué a Escocia me sentí comprendida, alguien que pertenecía a mi mundo, que había pasado por lo mismo que yo.

—Dime que no estoy soñando Amara, por favor.

—No estás soñando Zeltia, estoy aquí contigo.

Lloramos en silencio dejando que aflorara todo lo que no habíamos sacado durante todo aquel tiempo en el que tuvimos que sobrevivir. Su olor me trasladó a mi hogar, a las bellas tierras gallegas que tanto había extrañado.

—Herea va a tener que darnos muchas explicaciones, pero para ello tenemos que liberarla.

—No te entiendo ¿Dónde está?

—Es largo de explicar, ven conmigo.

—Yo también tengo muchas cosas que contarte —aseguré.



En el interior de aquella tienda y sentados alrededor del fuego con una buena jarra de cerveza caliente, escuché junto con Robertson, Ian, y Faith la historia que nos narraron: Amara y Fergus.

Una historia tan terrible que no pude evitar que se me helara la sangre al pensar que mi amiga estuvo a punto de ser quemada en la hoguera. Una lágrima resbaló por mi rostro, y Amara no pudo evitar consolarme.

—Tranquila Zeltia, ahora estoy bien.

—Solo pensar en que podrían haberte matado me rompe el corazón en mil pedazos. ¿Por qué nos ha hecho esto?

—He llegado a la conclusión de que no tenía otra opción, sino no puedo entenderlo.

—Eres demasiado buena Amara. ¿Sabías que intentó marcharse sin nosotras?

—Sí, y le pediremos las explicaciones pertinentes. —Asentí reafirmando sus palabras.

—Te diré quién es la mujer que nos acompaña. —La señalé—. Como te he dicho antes ella es Faith Williams, la hermana de Evelyn MacKinnon.

—¿Su hermana? —se interesó Ian.

—Así es señor. He venido para ayudar, mis sobrinos están ahí dentro y sé que corren peligro, lo he visto.

—¿A qué se refiere con que lo ha visto? —preguntó Amara.

—Verás, ella es una *bana-bhuidseach*, y puede ver cosas —les expliqué.

—¿Qué clase de cosas? —quiso saber Amara.

—Puedo ver presente, pasado y futuro. Las imágenes acuden a mí como si se tratasen de sueños.

—¿Y qué es lo que ha visto tan grave como para que esté aquí? —indagó mi amiga.

—Muerte.

—¡¿De quién?! —Me levanté de golpe y me acerqué a ella.

—He visto a mi hermana caer luchando, y a Herea atravesada por una espada.

—¡¿Muerta?! —exclamó Ian muy preocupado.

—No estoy segura, solo vi el momento en el que el arma atravesaba su cuerpo.

—Puede que se equivoque, ¿sus visiones siempre se cumplen? —interpeló Amara.

—Sí. —Confirmó de forma rotunda.

—¡Mierda, joder! —Amara pataleó el suelo frustrada.

—¡Tenemos que entrar ya! No podemos esperar más. —Ian se dirigió a Fergus—. Avisaré a Harris para que prepare el asedio de inmediato.

—Señor, no creo que sea lo correcto. —Faith se acercó hasta él—. Conozco una forma de entrar sin armar tal revuelo y que les pillará por sorpresa.

—¿Y qué forma seria esa? —Ian se interesó.

—Existen unos túneles secretos que solo conoce la familia, se diseñaron para huir. Son algo estrechos, por lo que no pueden entrar demasiados hombres por ellos, pero si unos cuantos se colaran podrían facilitar la entrada a los demás.

—Está bien, así se hará. No hay tiempo para más opciones, si le pasa algo a Herea no me lo perdonaré jamás —explicó Ian.

—¿Pues a qué estamos esperando? —pregunté.

—Lo siento *sassenach*, pero tú no irás. Esperarás aquí en el campamento con los demás guerreros. Necesito saber que estáis a salvo. —Puso sus manos en mi cintura con delicadeza.

—No lo haré Robertson, no te obedeceré. No he llegado hasta aquí para quedarme atrás. —Empujé sus manos con brusquedad.

—Zeltia… ¿estás embarazada? —preguntó Amara sorprendida.

—Así es Amara, con todo lo acontecido no he tenido tiempo de contártelo.

—¡Oh Dios mío, voy a ser tía! —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Avanzó un par de pasos y no pudo evitar tocar mi vientre mientras contenía el llanto.

—Su esposo tiene razón debería quedarse con los hombres, ellos cuidaran de ella —reafirmó Fergus.

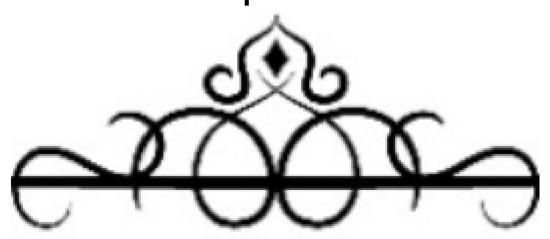
—¡Cállate! Está embarazada, no invalida. —No pude evitar reír por su comentario.

—Amara hemos llegado hasta aquí por algo, sé que no me pasará nada. No puedo abandonar ahora.

—Lo sé. Cuidaremos la una de la otra. Además, tal y como te mira Robertson estoy segura de que nadie se acercará a ti. —Me sonrió.

Robertson hizo una mueca de disgusto, pues me imaginé que se acababa de dar cuenta de que nada podía hacer en contra de mi terquedad.

Capítulo 27



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunscaith, año 1612

—Tengo miedo hermana, esto está muy sucio y oscuro.

—Lo sé Shophie, pero Alexander nos protegerá. No conozco a nadie tan fuerte como él —dije mientras apartaba unas telarañas del techo con la mano.

El túnel por el que estábamos escapando era muy estrecho e irregular, allí la temperatura estaba baja, y la humedad era tanta que pequeñas gotas de agua resbalaban por las paredes y techos. Al estar oscuro y tan solo iluminado por nuestras antorchas, parecía que aquella cueva carecía de fin y que paso tras paso nos adentrábamos más hasta los mismísimos confines de la tierra.

—Los primeros metros son más dificultosos, pero pronto llegaremos a una zona más amplia, allí hay una gran recámara que utilizaba mi abuelo para guardar cosas de valor, y que no quería que nadie encontrara —dijo Alexander mientras quemaba las telarañas y raíces que aparecían ante él con su antorcha—. Él era un tanto excéntrico y desconfiado.

Sonreí apara mis adentros al imaginar al viejo MacKinnon bajando por aquel entramado de túneles para disfrutar a solas de su cámara de los horrores. ¿Quién sabe que guardaría allí el viejo chiflado?

Tras nosotras iban Boyd, y Arran, los dos guerreros que ayudaron en nuestra huida, con ellos en la retaguardia me sentí algo más segura.

—¿Y madre? —Aquella simple pregunta que hizo Shophie, retumbó entre las paredes de tal forma que deseé que se diese el fin del mundo con tal de no darle tales explicaciones, las cuales sabía que la dañarían tanto como me dañaron a mí.

Alexander se volteó serio y se acercó a la pequeña. Se arrodilló

frente a ella y mientras sujetaba su manita la miró a los ojos y le dijo la verdad. Una verdad que dolió tanto que sus pequeñas piernitas se doblegaron ante su peso, y que la hizo caer al suelo de inmediato desconsolada.

Aquello me golpeó tan fuerte como la misma muerte de mamá. ¿Cómo podía ser la vida tan injusta? Privar a una pequeña inocente del cariño de su madre.

Yo lo había vivido por partida doble con mis padres, y después revivido con Evelyn. Ya había saboreado aquella amargura que te desgarra por dentro, y odiaba que Shophie también tuviese que hacerlo.

Odiaba a Braden MacKinnon con todas mis fuerzas, y odiaba todo lo que nos había hecho.

—Shophie, sé que eres fuerte. Una MacKinnon que se recompondrá para derrotar a nuestros enemigos, recuerda las palabras de madre —le dijo Alexander.

—Una guerrera no llora hasta que ha terminado la guerra. —Apenas un hilo de voz salió de su interior.

Alexander se levantó ante ella con una nueva energía que me dejó perpleja.

—¡Levántate MacKinnon y repite lo que has dicho, apenas he podido escucharte!

—¡He dicho que una guerrera no llora hasta que ha finalizado la batalla! —gritó mientras se levantaba todavía con el rostro lleno de lágrimas.

Al ver a Shophie levantarse de aquel modo, tuve que reprimir las lágrimas de inmediato y las ganas que tenía de abrazarla y consolarla. Aquella fuerza que demostraban mis hermanos era realmente increíble, ni de lejos yo me hubiese comportado así con su edad.

—Y ahora pongámonos en marcha, tenemos que salir de aquí.

Tras caminar unos minutos, Alexander detuvo el paso de golpe y levantó uno de sus brazos.

—¿Habéis oído eso? —Negué con la cabeza sin dejar de mirar al frente—. Parece que se aproxima alguien.

—Señor, avancemos entonces. Pueden que estén en la sala, si los abordamos nosotros allí tendremos ventaja. Aquí apenas podemos movernos.

—Tienes razón Boyd, vamos.

Reanudamos la marcha de inmediato y nos desplazamos con mucha más rapidez que segundos antes. De pronto divisamos algo de luz a lo lejos. Yo, de una forma automática saqué mi arco, cargué una de las flechas y me situé frente a mi hermana. Si alguien nos atacaba y aquello era el fin, moriría luchando. Defendería a la pequeña Shophie con uñas y dientes si fuese necesario.

De pronto Alexander tras irrumpir en la zona más amplia rompió el silencio con una exclamación que me hizo contener el aliento.

—¡Dios Santo! De todas las personas que imaginé encontrarme aquí tú serías la última MacLeod.

—Créeme que si hubiese conocido este túnel antes lo hubiese utilizado hace mucho en mi propio veneficio.

—¿Ian? —Aparté a mi hermano y pude ver a mi esposo.

—Pequeña rebelde, me tenías tan preocupado. —Él se quedó plantado frente a mí con aquella mirada de preocupación que hizo que todo mi ser vibrara—. ¿No vas a decir nada?

¿Qué podía decir? Al verlo me di cuenta de lo mucho que lo había extrañado, de lo mucho que lo amaba, de que todo mi cuerpo me pedía que me lanzase a sus brazos y que no pensase en nada más, pero después de mi huida…

—Te recuerdo que me encerraste en mi recámara porque pensaste que quería acabar con tu vida.

—¿Y no era así?

—Sí lo fue en un principio Ian, no lo negaré, pero no me contrariarás cuando te digo que las circunstancias que nos unieron no fueron las idóneas, luego todo cambió.

—¿Qué cambió?

—Que yo…

—¡¿Herea?! —Una voz femenina que reconocí al instante resonó en aquella cueva como si se tratase de un eco lejano.

Ella apareció de la nada seguida por: Amara, dos hombres más, y una mujer.

—¿Zeltia? ¡Es imposible! ¿Cómo has llegado hasta aquí? —fui a abrazarla mientras las lágrimas me invadían—. Espera, ¿no iras a golpearme tal y como lo hizo Amara?

—No, no lo haré, aunque bien sabes que te lo mereces. Si no estuvieras en esta situación te odiaría, y no prometo no odiarte si tu explicación carece de sentido, he pasado mucho miedo todo este tiempo. Mucho miedo por las dos.

Me abrazó tan fuerte que casi me cortó la circulación. No podía creer que por fin las tres nos encontrásemos en el mismo lugar y en el mismo tiempo.

—Lo siento Zeltia, perdóname por favor. Jamás quise haceros daño, pero fue una decisión que tuve que tomar apenas sin pensar.

Amara que nos miraba de cerca no pudo evitar emocionarse también y se unió a nuestro abrazo. Nos quedamos así unos segundos bajo la tenta mirada de los que nos rodeaban.

—Mi *avoa* me dijo que, si no os traía mi misión aquí fracasaría—les dije nada más separarme de ellas.

—¿Qué misión es esa? —preguntó Zeltia.

—Salvar a mí familia, aunque he fracasado en ello.

—¿Qué quieres decir? —Amara agarró mis manos al darse cuenta de mi tristeza.

—Mi madre ha muerto. —Aquellas palabras quemaron en mi garganta—. Braden la mató a sangre fría.

Shophie comenzó a llorar, y entonces caí en la crueldad de mis palabras ante ella. Tan solo era una niña y yo lo había olvidado por un momento al ver como minutos antes se había recompuesto.

La abracé, y me juré hacer venganza fuese como fuese.

—Lo siento Shophie, no quería recordártelo.

—Lo sé, hermana. —Pasó del llanto a la rabia—. ¡Lo detesto, detesto a padre, y solo deseo que tenga un destino peor que el de madre!

—Te prometo que así será Shophie —Aseguró Alexander mientras la cargaba entre sus brazos—, pero ahora debemos huir. No podemos perder tiempo, seguramente ya nos estén buscando.

—Es cierto, tendremos tiempo de explicaciones y presentaciones después —dije a la vez que me ponía en marcha y miraba a las personas que los acompañaban.



Cuando salimos de aquel túnel aspiré profundamente el oxígeno puro que arrastraba unas notas del aroma de los pinos que nos rodeaban. Ya era completamente de noche, y la luna menguante se alzaba ante nuestras cabezas como si se tratase de la uña de un dedo que señalaba nuestro camino.

En las inmediaciones nos esperaban un gran número de guerreros MacLeod y Harris que eran los que asegurarían nuestra huida.

Dougal se encontraba entre ellos, y cuando posé la vista en él, sentí como hinchaba el pecho y asentía con aprobación. No hicieron falta las palabras del hombre que me entrenó, pues supe que se alegró nada más verme, al igual que muchos de los que estaban allí.

De la carreta bajó una mujer visiblemente emocionada que no pudo evitar correr hacía nosotros.

—¡¿Tía?! —Shophie se lanzó a sus brazos en cuanto la reconoció—. ¿Qué haces aquí?

—He venido por vosotros, mi niña. Estaba muy preocupada.

—Madre… —rompió a llorar.

—*Shhhhhh*, no digas nada pequeña, lo sé. Ahora estoy contigo y me quedaré todo el tiempo que me necesites.

Alexander depositó un tierno beso sobre la frente de la mujer la cual no se había separado todavía de Shophie.

—Bienvenida tía, me alegra verte.

—Mi muchacho, siento vuestra pérdida.

Alexander apretó la mandíbula y simplemente se limitó a asentir por sus palabras de aliento.

La mujer me miró y su rostro me transportó a unos escasos recuerdos que se me hacían amargos. Su parecido con mamá era innegable.

—Hola, Herea, estaba deseando conocerte, aunque quizá esta no sea la situación más idónea.

—¿Faith? —Ella asintió—. Madre me habló de ti, y yo creo que no podrías haber aparecido en mejor momento, me alegra que hayas venido.



Cuando llegamos al campamento ya estaba todo recogido y nuestros caballos esperando para ser montados. Entonces recordé a Angus, y la pena me invadió por completo. Lo había dejado amarrado en la fortaleza y me sentí ruin por ello.

—¿Me imagino que montarás a aquel salvaje? —me susurró Ian al oído mientras señalaba a aquel tordo imponente que estaba amarrado a un gran árbol.

Con todo el revuelo de hombres preparando nuestra partida no había reparado en él.

—No puede ser, ¿cómo lo sabías?

—En cuanto lo vi en el patio del castillo supe que lo habías traído tú, no hay nadie en este ejército lo bastante temerario como para montar a Rompehuesos. Ese animal es indomable.

—No lo es, simplemente hay que entenderlo. Y no vuelvas a llamarlo así, su nombre es Angus.

—Es un nombre horrible para un caballo tan bravo —me dijo mientras sostenía una amplia sonrisa que lo hacía todavía más atractivo.

Ian rozó mi cintura y me hizo recordar el calor que causaba en mi interior.

—¿Piensas besarme de una vez Ian MacLeod?

—Creía que serías tú la que se arrojaría a mis brazos en el túnel tras verme, y más sabiendo que he arriesgado mi vida y la de mis hombres para salvarte a pesar de que quisieras envenenarme. Que

correrías asustada buscando mi refugio.

—Yo no soy de las que se asustan Ian MacLeod.

—Por supuesto que no, tú eres Mérida de Esgos, una gran guerrera, y es por eso y mucho más que te admiro y te respeto, mujer. Aunque sí me haces repetir esto ante alguien lo negaré.

—¡Oh, cállate ya, cretino arrogante!

Avancé hacia él y tras sujetarlo por la nuca, me puse de puntillas y dejé que mis labios hicieran el resto. No me importó las miradas indiscretas de quienes nos rodeaban, permití que mis sentimientos se adueñaran de mi cordura y lo besé con pasión.

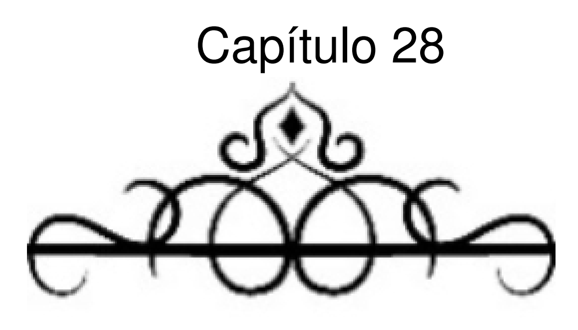
Nuestros cuerpos se hicieron uno y nuestras bocas bailaron al son de una melodía que solo nosotros escuchábamos. Miles de mariposas atravesaron la boca de mi estómago y se posaron en mi bajo vientre avisándome de que aquel hombre no me era indiferente.

Ian MacLeod anulaba mi buen juicio y hacía que me olvidase del resto del mundo.

—Te amo, mi pequeña rebelde. Y te juro que hasta ahora no conocía ese sentimiento.

No pude contestar a aquello, pues sabía que pronto nuestros destinos se separarían, y estaba segura de que si confesaba mis sentimientos se me haría más difícil la partida.

Capítulo 28



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

Tras los muros de Dunvengan pude respirar algo aliviada al pensar que Alexander y Shophie estarían a salvo.

En el interior, Fletcher, junto a Judith y Eleonor, nos recibieron con verdadera alegría.

—Hijo mío, sé que el éxito no ha sido completo, pero me alegra ver que tornas con vida. —El *laird* golpeó con cariño la espalda de Ian. —Veo que regresas bien acompañado.

Miró a Alexander y a Shophie.

—Padre, Alexander es un aliado que ha sufrido por las decisiones de su progenitor, y es nuestro deber ayudarlo a instaurar la paz en su clan. Sé que él desea tanto como nosotros la tregua entre nuestros pueblos.

—Así es señor, nuestros dominios no podrán crecer mientras estemos enfrascados en una antigua guerra que no nos deja prosperar. Estoy dispuesto a firmar un acuerdo de paz y a compartir el puerto de Ord, los MacLeod son mis aliados desde que mi hermana forma parte de ellos.

—¡Por fin alguien con algo de cordura! —Alzó los brazos de forma teatral—. Entremos y descansad, recuperad las fuerzas, porque los días venideros serán duros para todos. Pronto recuperarás a tu clan, eso te lo aseguro.

—Padre, deja que te presente al *laird* Fergus Rose, y a Robertson Sinclair, que vienen acompañados por sus mujeres. —Amara se sonrojó—. Ellos son aliados de mi esposa.

—Sean bien venidos a mi hogar señores, hoy es un día importante, pues jamás hubo tantos clanes albergados por este castillo si no era para celebrar algún festejo.

—Estoy seguro de que pronto tendremos algo que celebrar señor —comentó Fergus.

—Así se habla, muchacho.

—Loraine, acomoda a nuestros invitados en sus habitaciones, estoy segura de que desean adecentarse y descansar antes de cenar —ordenó Judith mientras paseaba su vista de Amara a Zeltia.

—Por supuesto señora. Si me acompañan… —Amara y Zeltia me miraron y yo asentí dando mi confirmación.

—Nos veremos en la cena —les dije para su tranquilidad.



Ian irrumpió en la alcoba como un torbellino sorprendiendo a las muchachas que estaban llenando la tina para mi baño.

Loraine que estaba desanudando las tiras de mi corsé se detuvo al instante.

—Pueden marcharse, yo mismo atenderé a mi esposa —ordenó mientras sus ojos se clavaban en los míos.

Las risitas de las jóvenes las acompañaron hasta la salida de la habitación, y dejaron de ser sonoras una vez que cerraron la puerta tras ellas.

—Eres un descarado Ian MacLeod, has escandalizado a esas mujeres.

—Esas mujeres saben lo que pasa en esta alcoba mejor que tú y que yo. —Sus manos buscaron las cintas de mi corsé y tiraron de ellas con brusquedad—. Odio estás cosas, son una pérdida de tiempo.

—Estoy de acuerdo contigo —dije con picardía y una sonrisa traviesa.

—¿Entonces no te importará que me deshaga de todo esto? —Negué con la cabeza.

Ian sacó un afilado cuchillo de su cinturón y lo paseó por encima de las cintas mientras me observaba de una forma tentadora. En un rápido movimiento que no esperé, cortó las tiras que cerraban mi desnudez, dejando mis pechos erguidos ante él y mi respiración entrecortada.

Su boca abordó la redondez de mis senos, y sus grandes manos calentaron mi torso desnudo con sus caricias. La falda y las enaguas resbalaron por mis piernas con tal rapidez que apenas tuve tiempo de darme cuenta.

—Entra en el agua Herea, no quiero que te enfríes.

Hice lo que me pidió y mi cuerpo lo agradeció cuando me

envolvió el calor del agua destensando mis músculos por completo. No había sido consciente hasta entonces de lo cansada que estaba.

Ian avivó el fuego añadiendo un par de tarugos, y comenzó a desvestirse bajo mi atenta mirada.

Su cuerpo desnudo iluminado por las llamas del fuego me pareció tan hipnótico como tentador. El guerrero entró en el agua y se colocó sentado tras de mí. Sus manos recorrieron mis hombros y mi cuello en un agradable masaje que activó todos mis sentidos. El roce de su piel junto a la mía erizó mis pezones, y él al ser consciente los acarició y les prestó la atención necesaria.

Besó mi cuello y mordisqueó con delicadeza mi mandíbula, recorriendo así los centímetros que le llevaron a mis labios, los cuales saboreó como el amante entregado que era. Enjabonó mi cuerpo y el suyo, y dejó que el peso de mi ser reposara sobre su pecho mientras nos dábamos unos minutos para relajarnos.

—¿Es cierto que vienes del futuro? —preguntó de pronto sorprendiéndome.

—¿Quién te ha hablado de eso? —me volteé para mirarlo a la cara.

—Tus amigas.

—No tenían derecho a contártelo.

—¿Es que acaso no querías que me enterara?

—No.

—¿Pensabas largarte sin más, desaparecer de mi vida como si nada hubiese pasado?

—Exacto, eso era lo que pensaba hacer Ian MacLeod. —Me levanté ante su mirada de reproche y salí de la bañera para colocarme una bata de algodón.

Ian me siguió e impidió que me vistiera cogiéndome por la cintura y pegando mi cuerpo al suyo.

—Haré que te quedes a mí lado, mujer.

—¿Cómo?

—Te amaré de tal forma que no podrás abandonarme.

Me besó y anuló todos mis pensamientos al instante. Sabía que Ian MacLeod era el amor de mi vida, que no existiría otro hombre después de él, que mi cuerpo cedía al suyo casi de una forma inconsciente, pero también sabía que mi lugar estaba donde estuviese mi *avoa*, la mujer que me crio.

Ian me cargó entre sus brazos y me llevó a la cama donde me tumbó y se acomodó junto a mí. Su boca recorrió cada centímetro de mi cuerpo y se deleitó con cada uno de mis gemidos de placer. Sus caricias hicieron de mi cuerpo gelatina bajo su tacto. Agarró mi mano y la puso en su pecho.

—¿Lo sientes? Mi corazón late por ti, y sé que el tuyo también lo

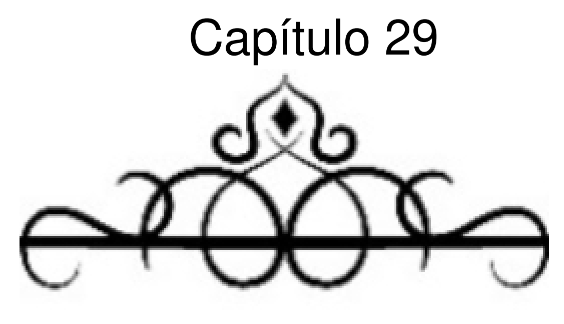
hace por mí, eso no puedes negármelo.

—No se me ocurriría… —Apenas susurré.

Ian MacLeod me envolvió con su cuerpo y selló entre aquellas sábanas de lino un acuerdo transparente pero irrompible, uno donde los sentimientos eran más poderosos que las mismas palabras.

Prometió amarme por vida, y yo prometí que jamás me entregaría a otro que no fuese él, pues sabía que le pertenecía de varias formas, aunque el tiempo se interpusiese entre nosotros.

Capítulo 29



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

Amara.

—Mírala ahí sentada como si no pasara nada —le dije a mi amiga muy enfadada mientras me llevaba un trozo de carne a la boca, y lo masticaba con desgana.
Herea estaba sentada a la mesa principal, junto a su «familia política» y sus hermanos.

Zeltia me miró y torció el gesto con desagrado, pero no dijo nada.

¿Cómo podía estar cenando tan tranquilamente entre aquellos desconocidos sabiendo que nos debía una explicación? Nos habíamos jugado la vida buscándola y no pensaba tolerarlo.

Apoyé las manos sobre la mesa para levantarme, pero Fergus que estaba a mí lado me lo impidió.

—No hagas un escándalo mi pequeña hada, ella hablará con vosotras cuando sea el momento.

—La conozco y sé que nos está evitando.

—Es cierto Amara, nos evita. Y yo también quiero saber el por qué.

—*Sassenach,* Fergus tiene razón debéis esperar. —sugirió Robertson.

—¡Al demonio con la espera! —exclamé mientras me levantaba y me acercaba a la mesa de los anfitriones.

—¿Todo bien Amara? —Herea me sonrió dulcemente.

—No, y lo sabes perfectamente, así que si no quieres que me arrepienta de haber venido en tu busca, levanta el culo de ese bonito sillón y ven a hablar con nosotras.

—¡Dios santísimo! ¿Qué maneras son estas de hablar? —Judith se

escandalizó.

—¡Jovencita esas no son formas en casa ajena! —El *laird* golpeó la mesa.

—No se lo tomen en cuenta, Amara es muy bromista. —Herea se levantó y se puso junto a mí—. Estaremos en la biblioteca. —Se dirigió a su esposo y este asintió con aprobación.

Zeltia se unió a nosotras y seguimos a Herea por los pasillos que nos llevaron a la biblioteca, una vez dentro cerró la puerta y por fin pudimos tener libertad de expresión.

—¿Estás loca? ¡no puedes hablar así ante nadie! —me recriminó.

—¡Hablaré como me de la real gana! Nos estás evitando Herea, ¿qué ocultas? —pregunté mientras la encaraba y la apuntaba con mi dedo índice.

—Nada.

—No te creo. Hemos estado meses sin vernos, hemos pasado por un infierno por tu culpa, merecemos una explicación.

—No hay explicación que valga, la cagué —se excusó.

—¿A qué te refieres? —Quiso saber Zeltia.

—Yo no quería traeros sin vuestro conocimiento, mi *avoa* solo me dijo que el éxito de mi misión tan solo existiría si vosotras veníais conmigo.

—¿Y por qué no nos lo contaste? Quizás hubiésemos accedido a ayudarte. —Zeltia posó su mano sobre su hombro.

—No había tiempo para convenceros, mi abuela me despertó de madrugada y me contó todo: que la historia de la viajera era real y que se trataba de mi madre, que mi familia estaba en peligro y que debía acudir. Solo se podía viajar en aquella época del año y justo cuando estaba atardeciendo; de ahí las prisas. Se suponía que las tres apareceríamos juntas en el mismo año y en la misma localización. Os juro que cuando cruzamos los arcos deseé que fuese todo un cuento de mi *avoa,* y me arrepentí al instante.

—Arrepentida o no nos engañaste y rompiste nuestra confianza —solté con los ojos empañados en lágrimas.

—Lo siento Amara, ya no sé que más decir, solo que os devolveré a casa. Sé cómo regresar.

—¿Estás segura de eso, o es otra mentira? —preguntó Zeltia.

Herea desvió la vista incapaz de mantenerle la mirada.

—Sabemos que intentaste marcharte sin nosotras, Evelyn nos lo contó. ¿Qué tienes que decir a eso? —interpeló la pelirroja muy enfadada.

—No fue exactamente así. Mi madre me llevó hasta una cueva en la playa de las focas, ella quería que memorizara el camino, ahora entiendo el por qué —Se entristeció—. Cuando llegamos a las piedras que nos devolverán a casa me sentí atraídas por ellas, tienen un

magnetismo que no soy capaz de explicar, es como si la gravedad tirara de ti hacia ellas, eso y el recuerdo de mi *avoa* fueron lo que me incitaron a entrar. Pero no era mi intención dejaros atrás, eso nunca.

—Deja que dude de tu palabra «amiga» —dije sin poder evitarlo.

—Te entiendo Herea, todas lo hemos pasado mal, y te creo cuando dices que no pensabas abandonarnos. Sé que no harías algo así —comentó Zeltia mientras me miraba con reproche.

—Gracias Zeltia.

—Yo puedo deciros porque no funcionaron las piedras. —Recordé algo de pronto—. Evelyn me lo contó, por lo visto la última vez que estuvo con Faith le dijo que solo tendríamos una oportunidad cuando la luna se cubra de rojo.

—¿Cuándo la luna se cubra de rojo? Eso es un eclipse ¿verdad? —quiso saber Herea.

—Eso parece —contesté—. Pero en el tiempo en que nos encontramos va a ser misión imposible averiguar cuando será el próximo eclipse lunar.

—¿Y qué me decís de Faith? Quizás ella pueda decirnos. —Sugirió Zeltia.

—Hablaremos con ella, puede que lo sepa y pronto estemos de regreso en casa. —Herea se mostró optimista.

—Chicas yo… —Zeltia parecía dudosa—. No voy a regresar.

—¿¡Que!? —exclamó Herea incrédula—. No entiendo, ¿por qué? —Herea la cogió por los hombros para poder mirarla a los ojos—. Es por Robertson, lo amas ¿verdad?

—Mucho, y estoy segura de que mi sitio está aquí junto a él —Se llevó las manos al vientre—, y junto a nuestro bebé.

—No puede ser. —Herea comenzó a llorar—. Os he jodido la vida.

—No digas eso, yo soy muy feliz, más feliz que en Ourense. —Zeltia limpió sus lágrimas—. Aunque extraño mucho a mi madre.

—No puedes criar a un hijo aquí Amara, ¿es que has perdido la cordura? Este lugar es peligroso —insistió Herea.

—Tiene a su padre y me tiene a mí, no le ocurrirá nada.

—Díselo tú Amara, estudiabas medicina. Parir a un hijo en este siglo puede ser toda una proeza. Podría morir en el parto.

No tuve tiempo de contestar, pues Zeltia ya se estaba cansando de la insistencia de nuestra amiga.

—¡Herea! Está decidido, no regresaré. Además, no sabemos cuándo será el próximo eclipse lunar, podrían pasar años. Si mi pequeño naciese antes jamás lo expondría al peligro de viajar en el tiempo. ¿Y si nos separásemos y cada uno acabase en un siglo? Por otro lado, tampoco privaría a un padre de su hijo.

—De acuerdo, ¿y tu madre? —le preguntó Herea.

—Le escribiré una carta, y tú se la entregarás.

—¡Genial, una carta y todo arreglado! ¿es que no tienes nada que decir Amara?

—Sí, que es su vida y debemos respetar sus decisiones.

—¡Dime que no es verdad! —Herea se me encaró.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que lo sabes ¿Tú también piensas quedarte?

—Todavía no lo he decidido —respondí—. No quería tomar la decisión hasta haber hablado contigo y entender que hacemos aquí.

—¡Definitivamente os habéis vuelto locas! ¡Te recuerdo que te encerraron por brujería y que casi te prenden fuego en la hoguera!

—Eso no volverá a pasar —le aseguré.

—De acuerdo, se acabó la conversación por hoy. Necesito tomar el aire. —Herea salió de la biblioteca, y dio un sonoro portazo.

—¿Se puede saber por qué acaba ella enfadada cuando tendríamos que estarlo nosotras? —pregunté indignada.

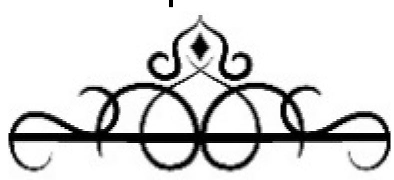
—Déjala, estoy segura de que se siente mal por habernos traído, y si nos quedamos se odiará —resolvió Zeltia.

—Tendría que odiarse por poner nuestra vida en peligro, y mentirnos.

—Está arrepentida, creo que debemos avanzar. Averiguaremos cuando es la próxima luna roja, y quien desee marcharse se marchará.



Capítulo 30



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

Bajé las escaleras principales mientras buscaba con la mirada a algunas de mis amigas. Deseé que ellas al menos hubiesen pasado mejor noche que yo, pues apenas dormí nada gracias al sentimiento tan grande de culpa que me envolvía por dentro, mezclado con la impotencia de saber que Zeltia deseaba quedarse, y que Amara lo estaba valorando.

Era mi culpa, que ellas se quedasen atrapadas en aquel tiempo en el que corríamos peligro casi a diario. Me odié por haberlas llevado hasta allí, y creí que aquel sería mi castigo, mi karma; el que me abandonasen de aquella forma.

Sentí que la cabeza me estallaría de un momento a otro, y eché en falta aquellos analgésicos del futuro tan efectivos.

Afuera el clima era realmente frío, y el cielo gris amenazaba con descargar su furia en cualquier momento. El viento estaba agitado, y agradecí la gruesa capa de pelo que me había sugerido Loraine que me pusiera. Caminé por el exterior en dirección a las caballerizas, supuse que mi esposo estaría preparando la partida de los hombres junto con Alexander, para mediar con Braden su rendición tal y como me explicó la noche anterior.

Se supone que yo esperaría bajo la protección de los enormes muros de aquel castillo y no intervendría a menos que entrásemos en guerra. Lucharía junto a los que ya consideraba «los míos», nadie me lo impediría.

—Hermana, por fin te encuentro. —Alexander me sorprendió desde atrás.

—Hermano, ahora mismo iba a buscaros.

—¿Necesitas algo, estás bien? —se preocupó.

—Solo quería veros partir y pediros que tuvieseis mucho cuidado. —Acaricié su mejilla—. Después de lo de mamá…

—Hermana tranquila, voy a hablar con él. Quiero darle la oportunidad de que abandone nuestras tierras por su propio pie. Tenemos familia en las Lowlands, puede pedir asilo allí.

—Eres demasiado bueno.

—¿Crees que Braden preferirá morir?—Observe que no se dirigió a él con el apelativo de padre.

—Apenas lo conozco, pero por lo poco que he podido ver de él estoy segura de que sí.

—Pues si pone en peligro a las dos mujeres más importantes de mi vida acabaré con él sin titubear, hermana.

—Cruzo los dedos porque no tengas que cargar con ese peso de por vida Alexander.

—¿Cruzo los dedos?

—Cosas del futuro, te explicaré eso y muchas cosas más cuando regreses, sé que te gustan mis historias.

Él sonrió, y besó mi mejilla con cariño.

—Despídeme de Shophie, no quise despertarla.

Asentí y caminé con él hasta las caballerizas.

Ian ya estaba montado en su caballo, y hablaba con un grupo numeroso de hombres de cómo iban a proceder una vez que llegaran a las tierras MacKinnon.

Me acerqué hasta él y esperé a que acabara de dialogar con los guerreros.

—Bien, estás aquí Herea, me alegra verte antes de partir.

—Llevas muchos guerreros para una mediación.

—Ambos sabemos que Braden no es de fiar, aunque Alexander tenga la esperanza de que se muestre colaborador.

—Lo sé, y por eso te pediré que no dejes que le pase nada.

—No necesitas pedirme eso, pequeña rebelde. Sé lo mucho que te importa, cuidaré de él. —Me miró sincero y supe que no mentía.

Desvié la mirada y pude observar a dos guerreros más montados que llamaron mi atención.

—Veo que Robertson y Fergus también van.

—Toda ayuda es poca. Cuantos más seamos, más acorralado se sentirá Braden, quiero que ceda y no le quede más remedio que huir.

—Entiendo, esperaré vuestra llegada con impaciencia.

—Herea, comprendo del esfuerzo que haces por no venir, por eso te prometo que haré todo lo que esté en mi mano por no entrar en conflicto. Te necesito aquí al cuidado de las mujeres y el *laird*. Dejo un grupo de hombres a tu cargo, además de que tenemos ojeadores por los alrededores que te avisarán si divisan algo extraño. Rompehuesos está en su cuadra por si lo necesitas.

—Angus, se llama Angus —insistí.

—No pienso llamarlo así, es ridículo. —Ian se inclinó—. Acércate

y dame un beso, *mo dhroigheann milis ceannairceach.*

—¡Primero dime que significa eso! —Crucé los brazos y él se carcajeó al instante.

—Mi dulce espina rebelde, ¿me besas ahora?

Suspiré y me acerqué para degustar aquellos labios que tanto me gustaban.

—Ya hablaremos después de eso de *mo dhroigheann milis ceannairceach.*

El *laird* Fletcher, acompañado por Amara y Zeltia, acudió al patio para despedir a su hijo y a los hombres, y después se colocó junto a mí.

—Es mi mayor orgullo Herea, y gracias a él y a ti pondremos fin de una vez por todas a años de guerra.

—También es mi deseo, señor. Creo que por eso estoy aquí.

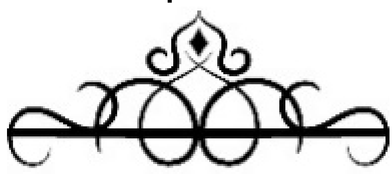
Él sonrió, y por fin todo cobró sentido para mí, aquel era mi sino. Llevar la paz a aquellas tierras en las que la sangre no había dejado de manchar sus suelos desde hacía siglos, pues la enemistad de los MacLeod y los Mackinnon era casi tan antigua como sus montañas y sus valles.

Dejaría una estabilidad que perduraría de por vida con Alexander al mando de las tierras de los MacKinnon.

Desde mi posición pude observar en como Amara y Zeltia se despedían de Fergus y de Robertson, parecían realmente preocupadas, y lo que era todavía peor; enamoradas.

Tenía que arreglar las cosas con ellas, cerrar aquella brecha que se había creado entre nosotras gracias a mi comportamiento. Las quería, y no soportaba el pensar que pudiesen odiarme.

Capítulo 31



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

El silencio incómodo que se había instalado entre nosotras solo era interrumpido por las risas y preguntas incesantes de Shophie, curiosa por saber hasta el más mínimo detalle de cómo había sido nuestra infancia y, curiosidades que tenía sobre el futuro.

Rememorar nuestra niñez, y nuestras travesuras me hizo recordar lo mucho que las quería y lo importantes que eran para mí.

Sentadas a la orilla del río, dejamos que el sol calentara nuestros cuerpos y alimentase nuestras almas, mientras que el trinar de los pájaros y el sonido del agua nos invitaban a relajarnos. Pareciese mentira que un par de horas antes el cielo amenazase con su gris habitual, pero había descubierto que Escocia era tan cambiante como lo podía ser yo misma.

—No me gusta que estemos enfadadas —solté de golpe tras tirar una piedra al agua—. Os quiero, y cuando me contasteis que estabais pensando en quedaros, me sentí abandonada y culpable de desmoronar vuestra vida.

La parlanchina de Shophie fue a abrir la boca, pero con un movimiento brusco de mi cabeza comprendió que no era el momento y guardó silencio.

—Desde luego que eres culpable por traernos aquí sin nuestro consentimiento, pero olvidando eso, no es tu responsabilidad si decidimos quedarnos aquí o no —contestó Amara.

—Sí lo es, tú hubieses sido una médica excelente, y Zeltia una gran artista.

—De todas formas, aquí en las Highlands el arte de poco me sirve —Zeltia sonrió—, pero Amara puede hacer grandes cosas, puede ayudar a mucha gente.

—Está bien, comprendo que es vuestra decisión, aunque no perderé la esperanza de que en el último momento regreséis conmigo.

—No regresaré Herea, pero no dejaré que te marches pensando que he dejado de quererte, o que sigo enfadada contigo. —Zeltia me abrazó y no pude evitar que mis sentimientos salieran a flote con mis lágrimas.

—Lo siento.

—Deja de decir eso, ya te he perdonado, y te prometo que soy feliz.

—Lo sé. —Puse mis manos sobre su vientre—. Solo espero poder conocerla antes de irme.

—¿Crees que será niña?

—Estoy segura, y será igualita a ti. Ese será tu calvario. —Me carcajeé entre lágrimas.

Amara se acercó y esperó su turno para abrazarme.

—A mí me costará algo más perdonarte Herea, no se me olvida que apunto estuve de ser quemada en la hoguera, pero te quiero, y eso no lo puedo negar.

Por el rabillo del ojo observé a una Shophie, que no dejaba de morderse las uñas mientras nos miraba nerviosa.

—Shophie ya puedes opinar, pequeña.

—Gracias al cielo, hermana. Creí que me iba a dar algo. —Pasó la mano por su frente toda teatral—. Yo también creo que será niña, pues las niñas somos mejores, estoy encantada con que Zeltia se quede y espero y deseo que las demás también os quedéis, sobre todo mi hermana. No pensaras abandonarme ¿verdad? Alexander y yo te necesitamos. ¿Y qué hay de Ian?

Shophie soltó todo aquello casi de carrerilla y sin respirar.

—Shophie, son demasiadas preguntas. Comienzo a arrepentirme de haberte dado la palabra.

Ella fue a rechistar mientras cruzaba sus brazos sobre su pecho, pero una voz femenina interrumpió nuestra tertulia.

—Buenos días, llevo un rato buscándolas. Uno de los hombres me dijo que os encontraría aquí. —Faith se acercó a nosotras y se sentó sobre una gran piedra que tenía la altura de un taburete.

Parecía cansada.

—Faith, no queríamos despertarla. Sabemos que su travesía a sido larga y tediosa y queríamos dejarla descansar, pero agradecemos que esté aquí, necesitamos hablar con usted de inmediato. —Me acerqué hasta ella.

—Es por la luna roja ¿verdad?

—Así es, ¿sabe algo al respecto? —Quiso saber Amara.

—Será mañana —confirmó rotundo.

—¡¿Tan pronto?! —Me sorprendí.

—Me temo que sí, el próximo será en un año.

—Bueno un año no es tanto tiempo —dijo Zeltia.

—No para vosotras, pero para mi *avoa* puede ser demasiado, sabéis que ella está muy mayor y yo…—no pude evitar emocionarme—, me castigaré de por vida si no paso sus últimos años de vida junto a ella.

—Lo entendemos —Amara sujetó mi mano—, y te ayudaremos a volver.

—Cuidaremos de que todo esté bien aquí con tu familia, para que puedas irte tranquila —me aseguró Amara.

De pronto unos gritos procedentes del castillo llamaron nuestra atención. Una gran humareda blanca se hacía protagonista en un lateral, justo donde estaba la torre del este que albergaba las reservas para el invierno.

—¡¿Qué demonios está pasando?! —preguntó Amara mientras miraba con asombro hacia el castillo.

—Parece un incendio, y tiene pinta de ser grave —respondió Zeltia.

—Faith, necesito que escondas a Shophie. No quiero veros por el castillo hasta que todo vuelva a la normalidad, podría ser una trampa —le ordené—. Amara, ven conmigo tenemos que ayudar a apagar el fuego, y Zeltia…

—¡Como se te ocurra decir que me quede con ellas te patearé el trasero!

—No, no era eso lo que iba a decir, te conozco mejor de lo que piensas, y sé que no te harás a un lado. En las caballerizas hay armas, ve a por ellas mientras nosotras averiguamos que pasa.

—De acuerdo, enseguida me reuniré con vosotras —contestó enérgica.

Cuando Amara y yo llegamos a la torre del este nos sorprendió descubrir que el incendio era peor de lo que nos imaginábamos, puesto que además de estar en llamas gran parte de la torre, también lo estaban varias de las casas colindantes.

La gente corría de un lado para otro de una forma descontrolada, tratando de sofocar el fuego con cubos de agua que se afanaban por llenar. Los pasaban de unos a otros en una larga cadena conformada con personas de todas las edades, desde los más pequeños hasta los más ancianos.

Aprovechando el desconcierto y el miedo de aquellas gentes a perder sus reservas de invierno y sus hogares, los guerreros de los MacKinnon encabezados por Braden, aparecieron de la nada como los crueles rateros sin escrúpulos que eran.

Atacaban sin piedad a cualquiera que se interpusiese en su camino, aquello era una barbarie se mirase por donde se mirase. Varios de los guerreros que dejó Ian, salieron a la defensa de los nuestros junto a su *laird,* que empuñaba su *claymore* como uno más.

Miré a mi alrededor y divisé una espada entre las manos de un hombre que yacía muerto a pocos metros de mí. Sin pensarlo la agarré y comencé a luchar contra quien osaba cruzarse en mi camino.

Zeltia llegó con un arco y dos espadas, que nos dio de inmediato en cuanto se colocó junto a nosotras. Entre las tres nos abrimos paso hasta el *laird* que luchaba contra dos hombres en evidente desventaja. Cargué mi arco y disparé de una forma automática atravesando a uno de los hombres, la siguiente flecha hizo diana de una forma tan rápida que hasta a mí me costó asimilarlo.

Fletcher me miró agradecido mientras nos instaba a refugiarnos dentro de la fortaleza para poder asegurarnos de que Judith y Eleonor, estuviesen a salvo de aquellos que habían invadido las tierras de los MacLeod.

En nuestra retirada mis ojos se cruzaron con los de Braden que me miraba triunfador desde lo alto de su montura. Había sido una muy buena jugada por su parte esperar a que el ejército de los MacLeod saliese en su busca, y aprovechar que el castillo se quedaba apenas protegido para atacarnos.

Si conseguía apresar a el *laird*, o incluso a mí, tendría una ventaja clara ante Alexander e Ian.

Una vez que entramos en el interior de la fortaleza, trancamos las puertas y subimos a la primera planta, desde donde tenía una buena perspectiva para poder disparar con mi arco a quien tratase de adentrarse en el castillo.

Varios hombres se apostaron junto a mí con sus arcos, y esperamos a que los MacKinnon intentaran acercarse hasta las puertas para disparar. Si jugábamos bien nuestras cartas, aguantaríamos hasta que el resto de los hombres regresaran. Estaba segura de que alguno de los ojeadores habría salido en su busca.

—¡No disparéis si no es necesario, debemos conservar las pocas flechas que tenemos! —les grité a los guerreros que apuntaban hacia la puerta principal.

—¿Crees que conseguiremos retenerlos? —preguntó Amara.

—Tan solo unos minutos, somos pocos y no disponemos de muchas armas, recemos porque nuestro ejército regrese de inmediato.

El *laird* que acababa de llegar, se colocó junto a mí mientras miraba a sus enemigos con furia.

—Judith y Eleonor ya están a salvo —aseguró—. El único inconveniente es que no he podido encontrar ni a Shophie ni a Faith.

—No se preocupe, ellas están bien, se han escondido.

—Bien —contestó sin dejar de mirar al frente—. Será mejor que os lleve junto a mi esposa y mi sobrina, es mi deber cuidar de vosotras.

—Señor, no nos moveremos de aquí. Hemos venido a luchar y eso

es lo que haremos.

—Así es, no nos pasará nada —confirmó Zeltia.

—Los que deben temer son aquellos que están allá abajo, sobre todo aquel despreciable ser. —Amara señaló al *laird* de los MacKinnon.

Entonces divisamos un movimiento extraño entre los hombres que estaban allí abajo. Cuatro fornidos guerreros sujetaban en paralelo al suelo y entre ellos, lo que parecía un enorme y grueso palo de madera acabado en una punta de hierro.

Corrieron con él hacia la puerta mientras otros guerreros sujetaban escudos sobre sus cabezas para que nuestras flechas no los alcanzaran.

—¿Qué demonios es eso? —pregunté al *laird*.

—Es un ariete. Piensan derribar nuestras puertas con eso.

—¿Es eso posible? —quiso saber Amara.

—Me temo que sí. —El *laird* puso cara de circunstancia.

—¡Disparad, ahora! —grité con fuerza a los hombres.

Una lluvia de flechas cayó sobre los MacKinnon que corrían hacia nuestra entrada para golpear la puerta. Uno de los que sujetaba el ariete cayó al suelo abatido, pero rápidamente su puesto fue repuesto por otro.

La primera arremetida sobre aquella enorme puerta de madera, fue tan sonora que retumbó entre aquellos muros de tal forma que parecía que todo se desmoronaría en cualquier momento, y entonces fue cuando tuve la certeza de que pronto estarían dentro.

—Me entregaré, lo haré a cambio de vuestras vidas.

—¿¡Qué! No hemos llegado hasta aquí para esto Herea —protestó Amara.

—Desde luego que no —Corroboró Zeltia—. Lucharemos.

—Zeltia, no puedo dejar que la vida de tu bebé corra peligro. Debes ponerte a salvo, y ahora no hay réplica que valga. —Ella torció el gesto con desagrado sabiendo que mis palabras eran ciertas—. Usted también debe ponerse a salvo, si el *laird* cae, también lo hace su clan, y estoy segura de que mi esposo pensaría al igual que yo si estuviese aquí.

Fletcher negó con la cabeza.

—¿Quién eres jovencita? Jamás he conocido a una mujer como tú.

—Sí salimos con vida de esta prometo contarle todo señor, pero ahora salve su vida y la de mi amiga.

—Lo haré. —Fletcher tendió su mano a Zeltia, y esta me miró como si se tratase de un cervatillo asustado.

—Te quiero Herea, eres mi hermana y siempre lo has sido. —Ella me abrazó y sentí su cuerpo temblar al igual que una hoja de papel

acariciada por el viento—. Y lo mismo te digo a ti Amara.

—Que volvamos a vernos, mi preciosa pelirroja. —Amara besó su rostro y la apretó entre sus brazos.

—Que volvamos a vernos —repitió mientras caminaba junto a Fletcher hacia las escaleras del piso superior con el rostro empapado por su tristeza.

Limpié mis lágrimas y me centré de nuevo en la situación que pronto empeoraría.

—¿Qué tienes pensado? —interpeló Amara.

—Aguantar, nada más. Esperaremos a que derriben la puerta y lucharemos hasta la muerte. —La miré deseando que se arrepintiera—. Todavía estás a tiempo de huir.

—¿Me ves con cara de huir?

Ella agarró su *claymore* entre las manos y se encaminó hacia las escaleras principales. La seguí de cerca con mi arco preparado, y nos colocamos en una zona de la escalinata desde donde podíamos divisar desde la altura la puerta principal.

Tras un par de golpes más la puerta acabó cediendo, y en pocos segundos la entrada se llenó de guerreros del clan enemigo luchando contra los nuestros.

Mis flechas volaban certeras una tras una sin dar tregua a los intrusos —que deseaban nuestra muerte—, hasta que se me acabaron. Desenfundé mi *claymore,* y junto Amara descendimos por las escaleras enfrentándonos entre las dos a cada guerrero que se interponía en nuestro camino.

—¡Allí está Braden, ese es el objetivo! —exclamé a mi amiga.

—Nos escurrimos por un lateral y rodeamos el foco de hombres que estaban enfrascados en una batalla brutal y desmedida, hasta que llegamos a Braden.

—¡Tú! ¡Solo has traído desgracia a mi casa! —Braden me señaló con su *claymore*—. Eres como una maldición, ¡eso es! —se dijo a sí mismo—. Eres la maldición de la isla de Skye.

—¡Aquí el único que está maldito eres tú! La sangre de mi madre mancha tus manos, y te aseguro que pagarás por ello.

—¿No pensarás que puedes matarme?— se jactó.

—Lo pienso y lo haré.

Sin más palabras me abalancé contra él y nuestras espadas chocaron bruscamente. Recordé todo lo que Dougal me había estado enseñando, y una frase que no paraba de repetirme: «No se ganan batallas con rabia, sino con la mente fría y despierta».

Respiré profundamente para calmar las pulsaciones de mi corazón, y busqué los puntos débiles de mi oponente, mientras conseguía apartar los recuerdos de mamá muriendo entre sus brazos y que me desgarraban el alma.

Conseguí rozar su brazo izquierdo con mi arma, pero él se defendió con una patada en mi estómago que me lanzó hacia atrás con una fuerza increíble al suelo. El oxígeno me abandonó y me costó unos segundos el volver a incorporarme. Segundos que Amara aprovechó para enfrentarse a él.

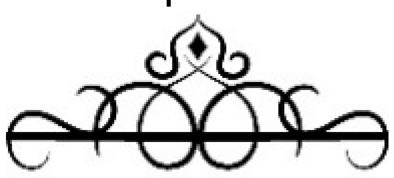
Ella esquivó con agilidad y valentía las arremetidas de aquel hombre que la doblaba en tamaño y altura, y atacaba con su *claymore* sin descanso como si fuese un animal rabioso, jamás la había visto así. Braden vio la oportunidad y golpeó a Amara en el rostro con su mano abierta haciéndola caer de rodillas, ella se defendió cortando uno de sus muslos con un pequeño cuchillo que llevaba escondido entre la ropa.

Braden gruñó y se llevó la mano a la pierna ensangrentada mientras la miraba con verdadera furia. Alzó su pesada *claymore* y se preparó para dar su estocada final.

Aquella escena que ya había vivido no podía repetirse, no dejaría que ocurriera. Corrí hacia él, y con mi espada lo ataqué con fuerza haciendo que retrocediera, él lanzó un nuevo ataque en su defensa, y entonces fue cuando lo sentí. Sentí como el hierro se hundió en mis costillas y atravesó la carne mientras Amara me observaba con el terror instalado en el rostro.

El dolor recorrió mi cuerpo como si se tratase de un rayo, y las imágenes de mi madre aparecieron como en una película en mi mente. Mis rodillas tocaron el suelo, y el grito desgarrador de Amara, me hizo saber que todo había llegado a su fin ante la mirada de desprecio del que me había engendrado.

Capítulo 32



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

Zeltia

—Tío estoy asustada, ¿y si descubren dónde nos escondemos? —Eleonor se abrazó a Fletcher.

Se veía tan preocupada, que no pude evitar compadecerme de ella.

—Tranquila querida, nadie conoce este lugar, ni siquiera los más allegados —contestó el *laird*.

—Pronto mi hijo y tu prometido llegarán y acabará esta tortura. —Judith intentó consolar a su sobrina.

¿Qué demonios estaba haciendo yo entre aquellos extraños? No conocía a aquellas personas, y estaba segura de que no estaba haciendo lo correcto quedándome en aquel lugar, algo en mí me lo decía.

—Señor debo irme, creo que Herea y Amara me necesitan.

—Pero eso es imposible, prometí que te pondría a salvo, y eso es lo que he hecho.

—Usted no va a entender lo que voy a tener que contarle, pero si no salgo de aquí no habrá paz. Estoy segura, he viajado desde muy lejos para esto, no debí obedecer a mis amigas ahora sé que no me sucederá nada.

—Pero si tan solo eres una niña, y además estás en cinta, ¿qué podrías hacer tú ante guerreros entrenados para la batalla?

—Parece una locura lo sé, pero si no salgo ahí todo acabará mal, créame por favor —le supliqué.

—Está bien jovencita, te creo. Hay algo en vosotras que es diferente… no sé lo que es, pero desde luego que lo noto. —Fletcher se llevó la mano a su cinturón y sacó su espada—. Siempre he pensado que esta *claymore* es especial, que me protege de todo mal, y ahora

hará su función contigo. Era de mi abuelo.

—Gracias, prometo devolvérsela.

—Úsala bien, y no pienses, solo actúa. —Asentí en respuesta mientras sentía el frío del arma entre mis manos.

El *laird* apartó el gran y pesado muro que hacía de puerta en aquella pequeña habitación, y dejó el paso libre para que yo saliera.

—Ten cuidado, por favor —me dijo Eleonor con lágrimas en los ojos.

—Lo tendré.

Salí al oscuro pasillo y caminé a tientas los metros que me separaban de la entrada secreta que daba a la biblioteca. Una vez que llegué, la empujé y abrí tan solo un poco para poder mirar si todo estaba despejado, no deseaba que nadie me viese salir de allí y descubriera aquella habitación tan bien escondida. Cuando me cercioré de ello, empujé la pesada estantería, salí de mi escondite y la volví a cerrar tras de mí.

Con sigilo me encaminé hacia las escaleras, desde allí se podían escuchar los gritos de la batalla. Bajé por ellas y no me costó distinguir a mis amigas entre aquella masa de gente que luchaba sin descanso.

Amara estaba de rodillas frente a Braden, parecía indefensa, y él alzaba su espada para atacarla sin piedad. Herea que se encontraba unos pasos más lejos en el suelo, al contemplar aquella escena, se alzó con furia en los ojos y se abalanzó contra él de tal forma que lo hizo retroceder. Braden, ducho en batalla, contraatacó sin descanso y sin ninguna contemplación, a sabiendas de que la mujer que se enfrentaba a él era su propia hija.

Comencé a bajar las escaleras sin descanso, debía de ayudarlas. En mi recorrido fui testigo de algo que jamás podía haber imaginado. Braden, en un movimiento ágil e inesperado para mi amiga, clavó su espada en el costado de Herea. Atravesó su pequeño cuerpo sin ningún miramiento y con la furia instalada en el rostro.

Al contemplar tal barbarie, sentí que todo mi cuerpo temblaba, y el corazón me latió con tanta fuerza que tuve que agarrarme con solidez a la barandilla para no caer escaleras abajo. Traté de aguantar el tipo, ella había resultado gravemente herida y me necesitaba, no podía desvanecer, tenía que llegar hasta allí, así que continué corriendo sin saber de donde salieron mis fuerzas.

Cuando estaba a tan solo unos pasos de aquel ser despreciable, grité su nombre como si estuviera invocando al mismísimo demonio. Él se volteó casi al instante y, pude ver como en su rostro sostenía una sonrisa malvada.

Sin apenas pensarlo, y movida por la venganza, dejé que el arma se deslizara entre mis manos, y haciendo uso de todas mis fuerzas, le

inserté la *claymore* de Fletcher en el pecho, tan hondo que nuestros cuerpos se hicieron uno. Pude mirar a ese ser despreciable a los ojos mientras todavía figuraba el desconcierto en ellos.

Braden cayó ante mí inerte, y el sonido de su cuerpo cayendo al suelo, me trajo a la realidad de una Herea tumbada a pocos metros de mí, mientras que Amara sostenía su torso entre sus manos.

—¡Dime que no ha muerto por favor! —exclamé entre lágrimas mientras me situaba junto a ellas.

—No, pero es muy grave. Vamos a necesitar ayuda para trasladarla sin dañar todavía más su cuerpo. Necesito llevarla a algún lugar donde pueda valorar su estado.

—Buscaré a alguien —dije desesperada.

Me alcé para encontrar ayuda, y justo en ese momento comenzaron a llegar guerreros MacLeod en gran cantidad. Mis ojos se abrieron de una forma desmesurada en cuanto divisé a Ian irrumpir en el castillo, seguido por Fergus y Robertson.

En cuanto el Oscuro vio mi rostro supo que algo no andaba bien.

—¿Qué sucede *sassenach*? ¿Estás bien? —Fue lo primero que me dijo nada más acercarse.

Él agarró mis manos, y observó mi cuerpo y mis brazos, como cerciorándose de que no estuviese herida, puesto que mis ropas estaban ensangrentadas

—Contéstame Bruja, dime que nada te sucede —insistió.

—Yo estoy bien, es Herea. —Apenas pude decir con un hilo de voz.

Me hice a un lado y los tres hombres miraron horrorizados la escena.

—¡Mi pequeña rebelde! —Ian se arrodilló junto a ella y acarició su rostro.

Herea permanecía inconsciente ajena a sus caricias.

—Tenemos que llevarla a su habitación, allí trataré de ayudarla —pidió Amara.

Ian miró a su alrededor, todavía los hombres luchaban entre sí ajenos a la muerte de su *laird*.

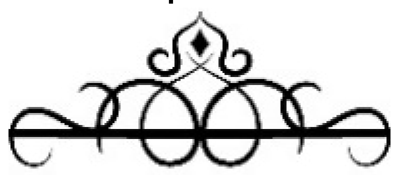
—Ve tranquilo amigo, yo me ocuparé de que los hombres dejen de luchar —dijo Fergus quitándole la presión de la responsabilidad.

El guerrero asintió con agradecimiento, cargó a su mujer entre sus brazos, y la alzó como si apenas pesara nada. Subió las escaleras y se dirigió hacia su habitación.

—Ve con ellos Zeltia, nosotros esperaremos a Alexander que no tardará en llegar, él iba en la última partida junto a los Harris. Trataremos de detener esta masacre hasta entonces. —Robertson me agarró por la cintura y depositó un fugaz y tierno beso en mis labios—. Se pondrá bien, estoy seguro.

Mi labio inferior tembló reprimiendo las lágrimas deseosas por salir mientras asentía corroborando sus palabras. Se pondría bien, de eso estaba segura. Herea era fuerte, una guerrera, y sobreviviría.

Capítulo 33



Isla de Skye, Escocia.
Castillo de Dunvengan, año 1612

Ian MacLeod

—¡Cúrala, haz algo te lo ruego! —le supliqué a Amara mientras no soltaba la mano de mi amada que todavía yacía inconsciente sobre nuestra cama.

—No puedo, lo he intentado todo. He cosido su herida, con eso no perderá más sangre, pero los daños internos necesitan de intervención en un hospital.

—¡No comprendo nada de lo que dices!

—Tenemos que llevarla al futuro, Ian, solo allí podrán salvar su vida. —Intervino Zeltia—. Debemos trasladarla a la playa de las focas, allí oculta se encuentra una cueva que alberga las piedras por las que podremos viajar. Mañana la luna se cubrirá de rojo y será el momento, no habrá otra oportunidad hasta el siguiente año.

—Sí eso salva su vida será lo que haremos. Organizaré todo para la partida —aseguré.

Estaba dispuesto ha hacer todo lo posible con tal de salvar la vida de mi amada. Cualquier precio sería una minucia con tal de conseguir que regresara de la muerte, aunque solo fuese por unos minutos junto a mí.

—Hay un problema —Zeltia se acercó hasta a mí—, solo ella sabe donde está oculta la cueva, Evelyn se la mostró, y como mañana no esté despierta no podremos encontrarla.

—Sé cómo despertarla —dijo Amara mientras sacaba un pequeño bote de cristal de uno de los bolsillos interiores de su falda—. Son sales amoniacales. Funcionarán, ya lo he comprobado antes.

—¿De dónde las has sacado?— quiso saber Zeltia.

—Eso ahora no importa. Lo único importante es que viva hasta mañana —contestó Amara mientras acariciaba el pelo de Herea con

cariño y lágrimas en los ojos.

—Y lo hará, ella es una luchadora. Ya ha luchado antes contra la muerte y volverá a hacerlo —aseguré convencido de mis palabras.

Faith irrumpió en la alcoba con timidez.

—¿Cómo está?

—Sigue igual —contesté.

—Necesita descansar. He preparado algo para ella, ¿puedo? —me mostró un frasco pequeño de cristal.

—Adelante. —Me hice a un lado confiando en ella.

Faith entreabrió los labios de Herea, y dejó caer en su boca unas gotas de aquel brebaje ambarino.

—Mañana despertará, ya lo veréis —aseguró convencida, y yo quise creerla.

—Ojalá tengas razón —comentó Amara mientras colocaba su mano sobre el hombro de la mujer—. Vamos, iremos a hablar con Alexander, está muy afectado por lo de su madre y ahora lo de su hermana, él te necesita. —Faith asintió—. Por ahora Herea está estable, si hubiese algún cambio manda a buscarme —se dirigió a mí.

Las tres mujeres salieron de la estancia dejándome junto a mi esposa.

Una vez en la soledad de aquellas paredes me permití llorar, sacar mi rabia y mi frustración por haber sido tan estúpido de haberla dejado sola y con tan pocos hombres a merced de Braden, y me juré que si vivía jamás volvería a alejarme de ella.

Contemplé su rostro, parecía un ángel caído del cielo, y supe que era demasiado hermosa como para ser real. Su nariz redondeada y tan perfecta, conjuntaba a la perfección con sus labios carnosos y sonrosados. Sus largas y rizadas pestañas imitaban a las olas de un mar bravío, y su pelo, tan largo y espontáneo, me recordaban a los primeros rayos del sol cuando amanece. Toda ella emanaba divinidad, y de pronto me sentí dichoso de ser su esposo, a la vez que un amor tan grande como inimaginable me embargaba por completo, y deseé que aquello fuese suficiente como para hacerla despertar…



—Ian, Ian querido, despierta. —Noté que alguien me zarandeaba—. ¿Has pasado toda la noche aquí?

Me estiré y sentí que todos los huesos del cuerpo me dolían. Me había quedado dormido junto a la cama de mi esposa en una dura silla de madera.

—Tenía la esperanza de que despertase —dije sinceramente.

—Lo siento mucho, puedo imaginar lo que estas sufriendo —Madre me abrazó fuertemente—. Es una gran mujer, valiente e inteligente. Será una buena compañera de vida para ti.

—Crees que…

—Por supuesto, no lo dudes, eso le dará fuerza —aseguró convencida—. Tu padre me ha mandado para informarte de que todo está listo para vuestra partida.

—¿Sabes a dónde la llevo? ¿Padre te lo ha contado?

—Sé que anoche estuvisteis hablando por largo tiempo, y lo único que necesito saber es que a dónde va la salvarán, nada más.

—Puede que ella no regrese madre.

—Sí no regresa y tú decides ir con ella lo entenderé. —Sus ojos se inundaron en lágrimas—. Eres mi hijo, y siempre te voy a amar estés donde estés, y si tu felicidad está con Herea también será mi felicidad.

Sus palabras me atravesaron por dentro, y no pude emitir palabra alguna, solo dejé que mi cuerpo hablara por mí atrapándola entre mis brazos y aspirando el aroma de su pelo tal y como lo había hecho tantas veces de niño.



Miré por la ventana de la carreta y pude ver que faltaba poco para llegar a la cala donde nos esperaba la embarcación que nos llevaría a la playa de las focas. Sí Herea no despertaba tal y como había dicho Faith, nos llevaría horas investigar toda la costa hasta dar con la cueva que seguramente estaría bien oculta, y el tiempo jugaba en nuestra contra.

Zeltia que estaba sentada junto a Herea, miró por la ventana y sonrió a su esposo que montaba a su animal, junto con Fergus y Amara que nos seguían de cerca.

Alexander y la pequeña Shophie iban en otra carreta, justo detrás de la nuestra. La pequeña con su insistencia había conseguido que la trajésemos, quería despedir a su hermana, y nadie allí se atrevió a negárselo.

Herea emitió un pequeño gemido que llamó mi atención, y acto seguido se llevó la mano al rostro.

—No puede ser, ¿está despertando? —Zeltia no daba crédito.

—Eso parece. —La alegría me inundó por completo—. Herea, despierta pequeña, estoy aquí contigo.

Ella abrió los ojos con dificultad y centró la vista en mi rostro,

extendió su mano para que se la cogiera, y apenas pudo sonreír.

—Ian —carraspeó—, ¿qué ha pasado?

Mis lágrimas emergieron sin control al ver que mi amada respondía después de tantas horas de incertidumbre.

—No te preocupes por nada, todo está bien. Vamos de camino a la playa de las focas, debes de regresar a tu tiempo de inmediato.

Ella trató de moverse, y emitió un pequeño quejido al ser consciente de su dolor.

—Me duele el costado.

—Herea, estás gravemente herida. Braden…

—Lo sé, Zeltia, lo recuerdo. Mi propio padre trató de asesinarme. —Las palabras se atragantaron en su garganta—. ¿Y mis hermanos?

—Están bien, ellos van en otra carreta.

—¿Shophie también? —se sorprendió.

—Esa niña es testaruda Herea, se parece mucho a ti. —Zeltia se carcajeó entre lágrimas.

—¿Y Braden? —quiso saber.

Zeltia me miró como pidiendo permiso para hablar y yo asentí en respuesta.

—Está muerto Herea, yo misma lo maté —Zeltia agachó la cabeza mostrando arrepentimiento—. Lo siento mucho, espero que no me odies por eso, era tu padre…

—Shhhh, ese era tu sino Zeltia. Es como tenía que pasar, por eso tenías que estar aquí. El mundo será mejor sin Braden MacKinnon. —Herea acarició la mejilla de su amiga—. Y Amara también ha cumplido con su cometido, sin ella ahora mismo estaría muerta. Con suerte regresaré a casa y estaré bien.

—Por supuesto que vas a estar bien, estoy segura de ello —aseguró convencida mientras no podía contener su emoción.

De pronto la carreta se detuvo y supe que habíamos llegado. Cargué con mucho cuidado a Herea entre mis brazos y la llevé a una de las barcas que nos esperaban.

Cuando los demás la vieron despierta un hilo de esperanza se tejió entre nosotros, aquello era bueno, muy bueno.

Herea recordó la zona donde debíamos atracar, según ella estábamos a pocos metros de la entrada a la cueva. La mala noticia era que debíamos meternos en el agua, y temí por su vida, estaba demasiado débil. Así que yo la llevaría junto con Alexander.

Amara reforzó su vendaje bajo la atenta mirada de Shophie que no se separaba de su hermana bajo ningún concepto. Ella trataba de pasar el máximo tiempo junto a su hermana, pues sabía que aquella podría ser la última vez que la viese, al igual que todos.

Cuando nos metimos al agua, Herea no pudo evitar gritar por el

dolor, y aunque tratamos de trasladarla lo mejor que pudimos, los movimientos de las olas cerca del risco eran demasiado fuertes, y hacían de su travesía un verdadero calvario.

Herea señaló la zona correcta y divisamos la entrada a la cueva, de no haber sido por eso jamás la hubiésemos encontrado.

Encendimos una antorcha que estaba allí preparada junto con un artilugio del futuro que emitía fuego, era parecido al que me había mostrado Fergus la vez que me contaron que ellas eran viajeras del tiempo. Herea nos dijo que Evelyn lo había puesto allí para facilitarnos el camino, y agradecí en silencio que lo hubiese hecho.

Cuando las piedras se mostraron ante nosotros, fui consciente por primera vez que aquello era real. Que mi pequeña rebelde se marchaba, y mi corazón se sintió tan vacío que por un momento creí que no emitía latido.

Todavía faltaban unas horas para el anochecer, así que encendimos una hoguera con lo que encontramos para secar nuestras ropas, descansamos, y comimos algo de carne que habían traído las chicas envueltas en hojas de arce blanco y cuerda para evitar que se empapase en nuestra travesía.

Me acomodé junto a Herea, y la abracé para darle calor.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por todo —sonrió—. Sin ti no hubiese podido poner a salvo a los míos.

Ella miró a Alexander y a Shophie que estaban al otro lado de la hoguera charlando mientras degustaban la comida.

—De nada —Sonreí abiertamente—, pero ahora me debes una, y pienso cobrar tu deuda.

Se carcajeó y después hizo una mueca de dolor.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Me buscarás en el futuro?

—Puede.

—No hablas en serio, ¿verdad? —fui a contestar, pero Amara se adelantó:

—No, no lo hace, porque yo regresaré contigo. Alguien tiene que llevarte a un hospital, quién sabe dónde aparezcamos esta vez.

Fergus apretó la mandíbula en un gesto de disgusto, sabía a la perfección como se sentía porque yo también estaba viviendo esa sensación amarga de saber que el amor de tu vida te abandona.

Zeltia se levantó y miró por la claraboya natural que se había formado sobre las piedras.

—Es la hora, la luna comienza a teñirse de rojo. —Sacó un collar de su bolsillo y lo extendió ante Herea—. Creo que deberías llevártelo, quién sabe si te haga falta en el futuro, y yo ya no lo necesito.

Ella miró a Robertson con auténtica devoción mientras rozaba su

pequeño vientre ya algo abultado por el embarazo.

—Lo guardaré con gusto, quizá algún día vuelva para devolvértelo.

Zeltia abrazó con cuidado a su amiga mientras sus lágrimas resbalaban por su rostro.

—Te quiero, no lo olvides. —Tras decir aquello sacó una carta que introdujo en la limosnera de Herea.

—Yo también te quiero. Cuida de mi sobrina y háblale de mí, dile lo mucho que la hubiese amado y cuéntale todas esas historias que nos contaba mi *avoa*.

—Lo haré, te lo prometo.

—¿A mí me extrañarás? —preguntó Shophie acercándose a su hermana.

—¿No ves que ya lo estoy haciendo? —Lloró—. Tú tienes la misión más importante hermanita, pues eres la niña más valiente que conozco.

—¿Una misión?

—Sí, cuidarás de Alexander y de tu clan como la auténtica MacKinnon que eres. Ahora eres la mujer más importante de Dunscaith, y debes dar ejemplo, es una gran responsabilidad.

—Lo es, y prometo que te enorgulleceré.

—Ya lo haces. —Herea abrazó a su hermana y besó su cabeza, después quitó de su dedo nuestro anillo de bodas y se lo puso en uno de sus pequeños deditos.

—Me hubiera gustado pasar más tiempo contigo hermana, pero me quedaré con los días que cuidaste de mí en aquella cueva cuando todavía no sabíamos que éramos familia. —Alexander agarró su mano y la besó con dulzura—. Recuerda que aquí hay quien te quiere, y regresa algún día, te lo ruego.

—Lo intentaré —contestó con pesar.

Amara se acercó a Fergus que permanecía en silencio y apoyado en una de las paredes de piedra.

—No me despediré de ti, me niego. —Cruzó los brazos y evitó mirarla a los ojos—. ¿Qué le diré a mi viejita?

—Ella entenderá mejor que nadie los sacrificios que debe de hacer una curandera, pues lo lleva haciendo desde hace años —respondió Amara.

—Egoístamente pensaba que al final te quedarías junto a mí, mi corazón lo anhelaba con fervor. Aunque entiendo lo que haces no puedo evitar que se me parta el alma.

—Fergus Rose, no pienso dejar de amarte nunca. Eres y serás el amor de mi vida.

Se besaron tan intensamente que se podía tocar el amor que se procesaban mutuamente.

Herea se levantó con dificultad y caminó hasta colocarse frente a las piedras. Amara tras despedirse de Fergus, se situó junto a ella y puso una de sus manos sobre el collar que llevaba al cuello.

—Te amo Ian MacLeod —pronunció mi pequeña rebelde mientras sus ojos me mostraban la sinceridad de sus palabras.

Las mujeres se movieron casi al mismo tiempo para entrar en las piedras, y un viento fuerte que salió de la nada nos envolvió a todos los que allí estábamos presentes.

La sensación de que el tiempo me robaba lo más valioso que tenía en la vida, me atravesó el pecho de tal forma que no pude evitar desplazarme hacia ellas tan rápido, que los pensamientos abandonaron raudos mi mente.

Mis manos arrebataron de un tirón la piedra que pendía del cuello de Amara, y tras empujarla lejos del círculo, agarré con fuerza a mi amada entre mis brazos y puse mis pies justo en el centro de la esfera, sobre una roca plana que tiraba de mi con tanta fuerza que creí que desaparecería bajo ella. Miré hacia arriba, y vislumbré la luna plena y enorme, teñida del mismo color de la sangre.

Entonces todo se tornó oscuro, y un silbido ensordecedor atravesó mis oídos. Sentía el cuerpo caliente de mi esposa junto a mí pecho, y me juré no soltarla como si mi vida dependiese de ello…

Capítulo 34



Galicia, Esgos, 12 de diciembre del 2025

Sentada frente a la chimenea mientras el calor de las llamas me envolvía, no pude evitar pensar en ella. Cada objeto, cada mueble, incluso cada planta del lugar me la recordaba y hacía que aquella enorme casa de piedra se sintiese vacía. Ni siquiera era capaz de llenarla con sus recuerdos, recuerdos inolvidables de una vida que ella se había encargado de llenar con sus historias y leyendas.

Miré la taza caliente que sujetaba entre mis manos, esa misma que mi *avoa* tantas veces me había preparado con su té especial de jengibre, limón y aguardiente. Levantamuertos le llamaba, no pude evitar reír al recordarlo.

Agradecí el haber regresado y poder pasar sus últimos años junto a ella.

—¿La echas de menos? —Ian salió de la habitación con tan solo una toalla en la cintura y el torso ligeramente mojado.

—Muchísimo, esta casa se me hace enorme sin ella.

—Lo sé, era una gran mujer, y celebro haberla conocido. —Se acercó hasta mí y posó un tierno beso sobre mi cabeza.

—¿No tienes frío? Cogerás una pulmonía.

—¿Pulmonía? —se jactó—. No me hagas reír, me ducho con agua caliente y sin tener que calentarla. Jamás me acostumbraré a eso.

—¿Es por eso por lo que te duchas tanto?

—Pues la verdad es que sí. —Sonrió y sentí que se detenía el tiempo.

—¿Echas de menos Escocia?

—Te mentiría si te dijese que no, mi pequeña rebelde. Aquí la vida es demasiado monótona, y no me gusta nada cuando enciendes ese cacharro, es demoniaco. —Señaló el televisor y no pude evitar

troncharme de la risa.

—¿Entonces te arrepientes? —quise saber.

—Ya sabes que no, mi sitio está donde tú estes mi *mo dhroigheann milis ceannairceach.*

—Amo cuando hablas en gaélico, me parece tan sexy…

—Yo te diré lo que es sexy. —Ian se abalanzó de improvisto sobre mí y me cargó entre sus brazos para llevarme a la habitación. Una vez allí me depositó sobre la cama y se tumbó junto a mí. —Esto es lo verdaderamente sexy.

Sus manos se deslizaron por debajo de la camiseta de mi pijama y con los dedos rozó la piel de alrededor de mi ombligo. Me besó con intensidad y colocó mi mano sobre su grandeza asegurándose de que entendiera lo que yo provocaba en él.

Todo mi cuerpo tembló al imaginar lo que vendría después, lo necesitaba.

—Quiero sentirte Ian, no puedo esperar y lo sabes.

Mi guerrero hizo lo que le pedí, fue rápido y a la vez tan ardiente como el mismo hierro fundido que forjó su espada.

Sus movimientos certeros me trasladaron al limbo del placer. Mis uñas se clavaron en su espalda y nuestros gemidos se acompasaron mientras retumbaban con energía entre aquellas cuatro paredes de piedra.

Palabras de amor emergieron de entre nuestros labios y se mezclaron con la pasión de nuestros besos enardecidos y desesperados.

Mi cuerpo fue tan suyo, y sentí de pronto el suyo tan mío, que supe con certeza que él era mi destino en un mundo donde el tiempo nos había unido de por vida de todas las formas posibles.

—Quiero volver Ian, las necesito —susurré contra sus labios.

—Sabes que atravesaría las mismas puertas del infierno por ti.

Fin

Epílogo

Galicia, Esgos, 13 de diciembre del 2025

—Por favor Herea, llevadme con vosotros. —supliqué con lágrimas en los ojos.

—No Elisabeth, y por favor no insistas más, si te lo conté fue porque tus padres y tú sois los únicos familiares que encontré con vida y necesitaba una tapadera. Por otra parte me sabía mal dejar la casa abandonada. —Miró a su alrededor—. Esta vivienda ha permanecido a nuestra familia desde generaciones, y estoy segura de que a mi *avoa* le hubiese encantado saber que tenía una prima tercera por ahí perdida que conservará su bien más preciado.

—Pero es que me muero por conocer a un *highlander* de esos.

—Escúchame. —Ella dejó de recoger sus cosas y se sentó sobre la cama—. Es peligroso. Ian y yo ya te contamos todo lo que pasó, cada una viajamos a una parte diferente de Escocia y nos vimos expuestas a muchas dificultades. Puede que esta vez suceda de la misma forma, pero con la ventaja de que estamos preparados. Si nos separamos ambos acudiremos a la isla de Skye, además llevaremos la ropa adecuada y dinero. Imagina por un momento en que tú nos acompañas y acabas extraviándote. ¡No quiero ni pensarlo!

—No soy una niña Herea, acudiré a Skye y os encontraré.

—Sí eres una niña Eli, y todavía tienes que terminar tus estudios.

—¡Cumpliré dieciocho el mes que viene!

—¡He dicho que no! —Herea se levantó y tras un par de respiraciones profundas, me abrazó—. Voy a echarte mucho de menos, los meses que hemos pasado juntas me han ayudado a superar la pérdida de mi *avoa*, has sido un gran apoyo para mí y nunca te olvidaré.

—Yo tampoco os olvidaré. —Herea me sonrió con cariño.

—¿Ya estás lista mi pequeña rebelde? —Ian apareció por la puerta vestido como un guerrero de esos que salían en las pelis históricas.

Llevaba una falda que me dejaba ver sus rodillas por delante, y por la parte trasera era algo más larga y estaba plisada sobre si misma. Una limosnera de cuero caía sobre la misma falda, y un cinturón sujetaba una gran espada. La camisa blanca parecía de lino, y aunque

se veía algo desgastada, le sentaba de maravilla. Lucia impresionante, su gran porte destacaba con aquellas ropas. ¿Todos los guerreros de su época serían tan guapos?

Ian estaba sonriente, jamás desde que lo había conocido lo había visto tan feliz. Me imaginé que no todos los días se regresaba en el tiempo al hogar de uno, y me alegré por él.

—Ya estoy preparada. Podemos irnos, aunque me he vuelto loca buscando algo… —Las palabras de Herea me tensaron al instante—. No importa, supongo que ya no lo necesitamos.

Salimos de la habitación y atravesamos el pequeño comedor hasta la puerta de salida de la casa. Afuera mis padres cuidaban el huerto mientras charlaban animadamente y compartían sonrisas cómplices, hacía tiempo que no los veía tan felices como desde que llegaron a Esgos.

—Ya es la hora de despedirnos familia, gracias por todo.

—Gracias a ti Herea, esta casa para nosotros ha sido como una bendición —contestó mamá.

—Que tengáis un buen viaje a Escocia, y espero que no tardéis mucho en visitarnos, aquí tenéis vuestra casa. —Papá abrazó a Herea visiblemente emocionado.

Cuando Herea llamó por teléfono a mis padres y les ofreció la oportunidad de vivir en la casa familiar, ya que ella se trasladaba a Escocia por trabajo, dieron saltos de alegría puesto que no estábamos pasando por un buen momento. Papá acababa de perder su empleo y los gastos nos consumían.

—Lo intentaremos —contestó Ian mientras le estrechaba la mano a papá.

Después se subieron al coche y desaparecieron.



Desde mi posición escondida entre la maleza, apenas podía vislumbrar la silueta de Ian y Herea, subiendo por los empinados peldaños que los llevarían a los arcos de piedra de monasterio de San Pedro de Rocas. Me deslicé por el suelo con sigilo y conseguí acercarme un poco más a una zona en la que los podía ver a la perfección.

Ellos esperaban al atardecer agarrados por las manos. Herea ya se había cambiado y llevaba un bonito vestido color vino con un apretado corpiño que realzaba su figura, el pelo se lo había dejado suelto y ondeaba desenfadado mecido por el viento. Se miraron, y tras besarse con pasión, caminaron juntos hasta desaparecer en el interior

de aquellas estructuras de piedra.

¡Era cierto, todo lo que me habían contado era cierto!

Corrí tras ellos y subí los peldaños de las escaleras de dos en dos, y cuando miré a través de los arcos no fui capaz de verlos, habían desaparecido, y lo único que allí se veía era al sol rozar los picos de las montañas. Entonces saqué el collar que le había quitado a Herea de su bolso aquella misma mañana y me lo colgué al cuello, se suponía que con él yo también viajaría. El cuerpo me tembló al pensar en la imprudencia que estaba punto de cometer, y por un momento retrocedí asustada.

—Vamos Elisabeth, estas cosas solo pasan una vez en la vida —me dije a mi misma.

Tan solo quedaban unos segundos para que el sol desapareciera, y como movida por un impulso salté al interior de los arcos.

Dentro solo había oscuridad y un sonido ensordecedor que atravesó mi cuerpo y se instaló en mi cabeza haciendo que me mareara. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados puesto que no distinguía forma alguna. No sentía mi cuerpo, y si gritaba no escuchaba el sonido de mi voz, era como caer por un abismo infinito, pero sin esa sensación que provoca en el estómago. Creo que perdí la conciencia un par de veces, y de pronto un duro golpe contra mi espalda me robó por completo el aliento.



Escocia, en algún lugar del mar, año 1535

Cuando conseguí abrir los ojos y enfocar con claridad creí que estaba soñando. Cinco cabezas me observaban desde lo alto, mientras yo todavía seguía tirada boca arriba en el suelo cual cucaracha. Cinco cabezas que pertenecían a cinco hombres cual, de todos más rudo, y desaliñado. Por encima de ellos, pude observar el cielo ennegrecido por una tormenta brava que descargaba su furia ante los presentes. La lluvia intensa comenzó a calarme la ropa, y tuve la sensación de que todo se movía a mi alrededor.

Me incorporé con cuidado para quedarme sentada, todavía no me sentía con fuerzas como para levantarme. Miré a mi alrededor y me sorprendí, porque allí habían mas de una veintena de «caballeros» —por mencionarlos de algún modo—, que parecían salidos de una película de *Piratas del Caribe*, observándome con sus caras roñosas, sus dientes podridos, sus ropas roídas, y sus pieles curtidas por el sol. Pero ¿dónde demonios estaba?

—¡Señor MacDonald, me temo que tenemos un polizón en nuestro navío! —gritó uno de los poco agraciados.

El hombre extendió su dedo índice hacia mi persona con la clara intención de tocarme.

—¡Ni se le ocurra rozarme con esa uña roñosa que parece que no ha visto el jabón en su vida, Jack Sparrow de pacotilla! —exclamé mientras le daba un manotazo.

El hombre abrió de forma desmesurada los ojos y retrocedió unos pasos atrás mientras las risas de los que allí estaban resonaban con fuerza por todo el lugar.

Entonces me di cuenta de que aquellos personajes salidos de las peores pesadillas de piratas iban armados hasta los dientes.

«¡Mierda, resulta que Herea iba a tener razón y aquello podría ser un viaje peligroso!».

Continuará…

Querido lector, gracias por haber llegado hasta aquí, si te ha gustado mi novela te pido con descaro y atrevimiento que me dejes una valoración en Amazon, con ello ayudas a la difusión de esta, y me haces un gran favor, sin más, te deseo un bonito día.



No me gustaría marcharme sin darte un pequeño detalle del cual solo podrás disfrutar tú como lector en exclusiva, y es la portada y el título de la próxima novela de la saga de los hermanos MacDonald I, espero que te guste.



Elisabeth es impulsiva, rebelde, y con un carácter de mil demonios, y eso la llevará a meterse en más de un problema, sobre todo cuando conozca a los hermanos MacDonald, dos guerreros muy diferentes, pero igual de peligrosos…

Próximamente podrás disfrutar de esta novela llena de pasión y

aventura.

Sígueme en mis redes sociales para no perderte ninguna de mis novedades.
@ladymacnoble

Agradecimientos

Queridas viajeras y viajeros, gracias por seguirme en esta aventura, leer vuestras opiniones y comentarios sobre la saga ha hecho que mi corazoncito se llene por completo de felicidad.

Cuando comencé este proyecto lo hice repleta de dudas, ya que normalmente suelo escribir otro tipo de géneros, pero vuestro apoyo ha hecho que mi motivación se eleve.

Me encantan los viajes en el tiempo, y sueño con esos *highlanders* que describo en mis libros, aunque jamás se lo confesaré a mi marido. Todavía me queda mucho que contar sobre este género, pues estoy deseando compartir con el mundo todas estas historias que me rondan por la cabeza sin parar.

Por otra parte, agradecer a una compañera del gremio todo su apoyo y ayuda, sé que su tiempo es limitado y que lo comparta conmigo me hace sentirme privilegiada. Gracias, amiga.